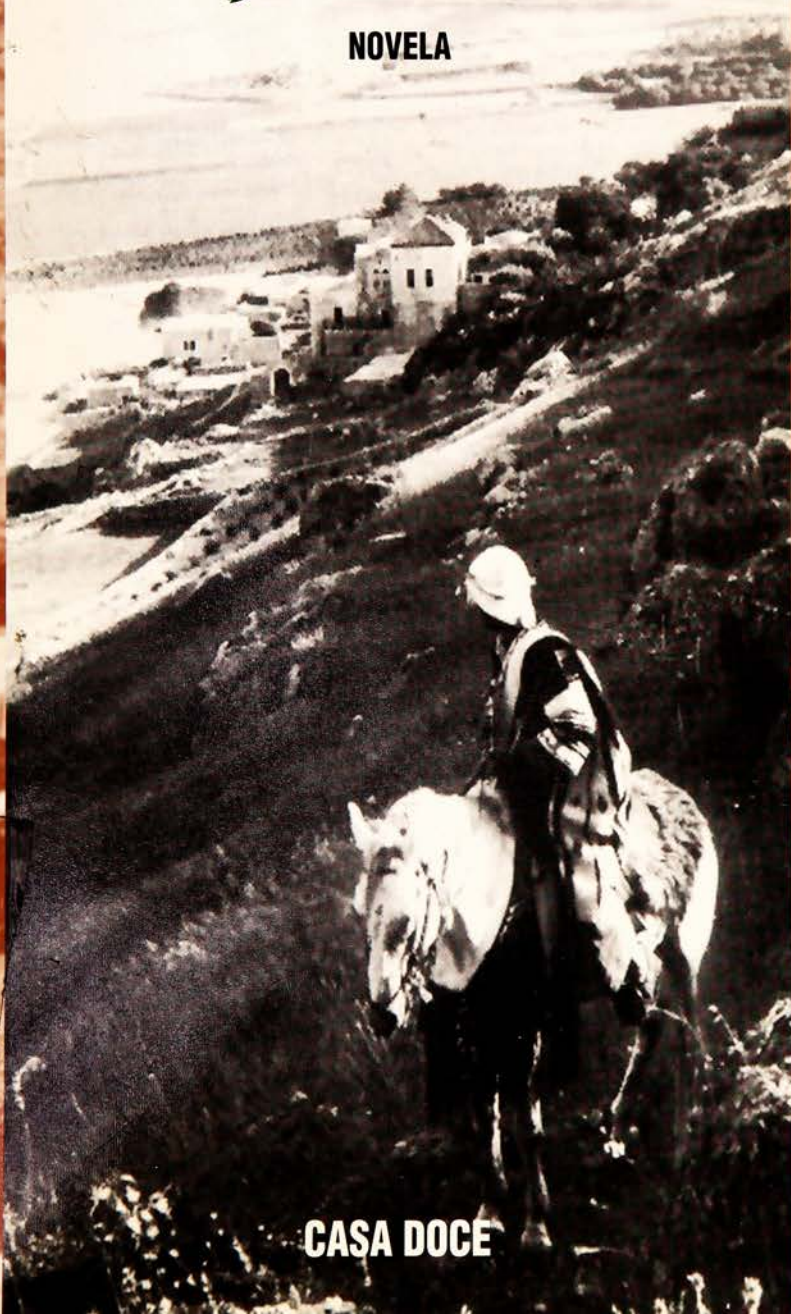


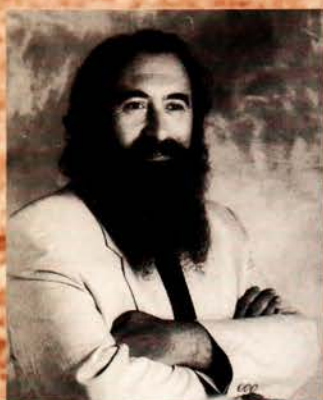
Jaime Hales

Peregrino de Ojos Brillantes

NOVELA



CASA DOCE



(60-31)

95 Copia 1

6844

27235

Jaime Hales nace el 21 de Marzo de 1948, primer día de la Era de Acuario, al decir de ciertos expertos. La vida es para él una aventura que vale la pena y se entrega con pasión a sus múltiples actividades. Hoy son la literatura, la universidad, el Tarot, la búsqueda de la trascendencia; como ayer fueron el trabajo gremial de abogados y escritores, la defensa de los derechos humanos, la actividad política.

Cree en el amor, en los derechos de las personas y en la presencia activa del espíritu en la realidad cotidiana. Con los años recorre los diversos géneros literarios, ganando en madurez y esperanzas. Se ha dicho de él que "es por sobre todo poeta", lo que resulta evidente en sus textos plagados de imágenes, todas entrelazadas, finalmente, pues está convencido que cada una de sus obras es sólo una parte de una mayor que está escribiendo en esta vida.

Se autodefine como un fundador, un descubridor, un indagador incansable del trasfondo de las cosas, de las conexiones que parecen misteriosas, de la magia de las coincidencias. Ello le ha permitido hacer muchas cosas, cumplir diversas tareas e ir construyendo una cadena de amistades que van más allá de los estrechos límites de las creencias, las opiniones políticas o las actividades profesionales.

**Peregrino
de Ojos
Brillantes**

Novela

156344

156344

Peregrino

de Ojos

Brillantes

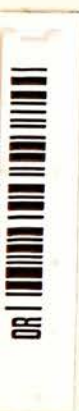
156344

Jaime Hales

Peregrino de Ojos Brillantes

Novela

CASA DOCE
Editora de las Casas S.A.



CASA DOCE: En el Zodíaco, es la casa de las trampas, de los enemigos, de los engaños a sí mismo, de los frenos y las limitaciones autoimpuestas a los proyectos personales. Conocerla, relacionarse con ella, es un verdadero desafío y toda una tarea de desarrollo personal.

(Nombre original: "José del Carmelo")

Inscripción de propiedad intelectual © 87.374, Jaime Hales, 1993

ISBN 956-7380-03-01

EDITORIA DE LAS CASAS S.A.

Marchant Pereira 2086, Providencia.

Diseño de portada: **Antares Publicidad**, Dublé Almeyda 2420, Ñuñoa

Las fotografías de portada corresponden a paisajes de Palestina central

Diagramación: Maria Soledad Quiroz Cortés

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del titular de los derechos.

Primera edición de 1.000 ejemplares

Impreso en: Alfabeta Impresores, Lira 140

Santiago de Chile, Mayo de 1995

El **Tarot** comienza con la carta sin número: **EL LOCO**.

Es como un papel en blanco, que deja a la persona a punto de partir: todo será posible en el futuro, simplemente dependerá de los pasos que cada cual dé.

Cuando resuelvo publicar esta novela, pienso en todos aquellos que abrieron las compuertas para que fuera capaz de cruzar el Arco de los Arcos y atreverme con mi pasado y mi futuro, a asumir las tareas pendientes: Gina, Rolando, Paulina, Leontina...y sobre todo Ana María y mis hijos Pablo, Mariana y Sofía.

Y a aquellos que, con sus ojos, trazaron un esquema para revelar una historia que se ha plasmado en este texto.

Un especial agradecimiento a Virginia Vidal, por su cariñoso e importante aporte profesional.

UNO

"El poeta es omnipotente: puede matar por medio de la palabra. Puede curar mediante la palabra. Puede, con sus versos, traer la alegría o la tristeza; puede desencadenar la cólera, la venganza, la guerra. El poeta puede suscitar la tranquilidad de espíritu, la amistad, el amor y la paz. El poeta puede entusiasmar y puede desmoralizar. El poeta es un personaje sagrado".
(Virgil Gheorghiu, "La vida de Mahoma")

UNO

En el Tarot, el Arcano Mayor I representa al Mago: es el comienzo de todo, el primer paso que se da cuando el destino, Dios, la vida, pone a disposición de la persona los instrumentos que necesitará para cumplir con su tarea.



Te veo con mis ojos de adolescente, mientras tú, abuelo, mueres lentamente en tu cama de hospital. Las horas pasan plácidas, suaves, sin angustia.

Todos esperamos tu muerte. Nos han llamado para que vengamos a acompañarte.

Sé que no voy a llorar con desesperación, sino sólo con ese dolor tranquilo de quienes ya sabemos que no es posible seguir viviendo en esta tierra para siempre. ¡ Y tú estuviste tanto tiempo!

Estoy aprendiendo. ¿ No crees?

Has caminado, has recorrido mucho, nos has amado con toda tu fuerza y sabiduría.

Me miras y sonríes. Hay picardía en tus ojos. Sabes que te vas a morir y vuelves a mirar la cruz de mi pecho, la que me identifica como seminarista. Recuerdo esa mañana, hace tan pocos meses, cuando me fuiste a ver al seminario. Estabas en el patio, de pie, con tu

eterno traje gris, ¡tan viejito!, tan hermoso como siempre, con mi abuela de tu brazo (¿quién sujetaba a quién?). Tú ya sabías que pronto ibas a morir y quisiste verme. Noté, en el brillo de tus ojos esa mañana, algo más intenso de siempre, una suerte de felicidad traspuesta, ésa que mira de soslayo cuando estamos en medio de una situación solemne. Entonces, abuelo querido, vino tu pregunta sorprendente.

- ¿Para qué hijo, para qué todo esto?

¿Para qué?

No supe contestarte, abuelo, porque yo tenía mi discurso preparado para la otra pregunta: «¿por qué?»

Las nubes negras de la cordillera, en una mañana de pleno invierno, la víspera de la celebración de la Virgen del Carmen, parecían iluminadas por una sonrisa juguetona.

Tú, con los ojos, sin un sólo sonido, repetías la pregunta: ¿Para qué?

Sabías la respuesta.

Han pasado casi dos meses desde entonces. Ayer se celebró el día del nacimiento de María, la madre de Cristo.¹

Te veo viejito y a punto de morir. Acaricio tu mano, sé que me ves y me entiendes. Por eso te pregunto, abuelo querido, abuelo José:

¹ Nota del Editor: En Chile hay muchas fiestas religiosas de celebración popular. Una de ellas es la del 16 de Julio, en homenaje a la Virgen del Carmen. Otra es el 8 de Septiembre, el nacimiento de María, la madre de Jesús.

- ¿Para qué viniste a estas tierras?

Tus ojos sonríen con picardía. Estás a punto de reír.

- ¿Para qué, abuelo?

Tus ojos brillan.

Y me lo cuentan todo.

DOS

En el Tarot, el Arcano Mayor II representa a la Sacerdotisa: Se ha iniciado el camino. Ella es quien conoce la verdad, tiene el cuidado del manantial sagrado y el fuego que dará la energía. Sabe indagar en el futuro y enseña a los que llegan hasta su templo.



Suena el pito en la estación de trenes de Chillán y, desde su asiento en el carro de primera clase, don José mira hacia el andén.

La estación de Chillán es grande y hermosa, una explanada embaldosada, amplia, que se llena de viajeros y sus parientes, que reciben o se despiden llorosos, como en todas las grandes estaciones del mundo, durante los agitados tiempos de la primera veintena del siglo. La amplitud de las construcciones no es suficiente en los momentos culminantes del quehacer ferroviario, pero en el caso de la chillaneja, ello no logra afectar su hermosura. Por el contrario, su arquitectura se realza con las multitudes.

Un tenue frío, traído por el viento del sur, obliga en las mañanas, aun en esta época benigna del año, al uso de las mantas y los sombreros.

Don José ve desde su carro los rostros chillanejos. Se ha ido acostumbrando a ellos con fa-

cilidad. De una sola mirada puede distinguir los oficios y las profesiones, los niveles sociales, adivina las aspiraciones e intuye las esperanzas, los motivos de los viajes, el lugar de dónde vienen o cuál es la razón de la llegada a la ciudad. En los ojos de esos hombres y mujeres se relatan historias que su silencio ancestral no logrará jamás revelar de otro modo. Los habitantes de la ciudad son cautelosos con las palabras, pero aún más parcos son los campesinos de los alrededores que llegan hasta Chillán, para ellos gran urbe, a vender sus animales y sus productos agrícolas y a comprar las mercaderías para su vida diaria.

Don José mira desde el carro de la primera clase, sentado en un sillón de cuero, fino, cómodo, con marcos metálicos muy limpios. En el carro todo está impecable antes de iniciar el viaje, salvo las briznas de cenizas que él mismo ya ha dejado caer de su cigarro, en ceniceros también brillantes y dorados, como los asientos y las manillas de las ventanas.

Todo limpio, todo reluciente, todo recién preparado, como si éste no sólo fuese su primer viaje hacia el sur de Chillán, sino también el primer viaje de este carro, de este tren, de todos los trenes y de todas las estaciones, como si todos y cada uno de los que intervienen, maquinistas, conductores, inspectores, fogoneros, corteros, pasajeros, quisieran poner una nota de solemnidad.

Todo preparado para el momento, como su cigarrillo de tabaco negro, liado por él mismo, de olor fuerte, más que el carbón de la locomotora.

Es curioso lo que pasa con el olor del carbón:

es picante y se graba en la memoria, pero no molesta, produce un gustito que, en instantes emotivos, puede ser rememorado con cierta nostalgia. Como el ají.

Y dando una chupada larga a su cigarro, final, sonrío y lanza la colilla por la ventana. Un segundo pitazo, largo y algo más ronco, le parece a don José, anuncia el próximo movimiento del tren.

- «En línea 1, Tren Expreso con destino a Temuco. Paradas en San Rosendo, ramales Concepción, Talcahuano, Lota y Coronel. Santa Fe, ramal Los Angeles. Renaico, ramales Angol, Los Sauces, Traiguén. Victoria y destinos.»

La misma voz de siempre, habitual, fuerte para ser oída, rítmica para ser reconocida, repitiendo su letanía oficial, sin posibilidades de improvisación o cambio y pese a ello el hombre de negro, con su bocina en la mano y el pitocolgando del pecho, parece satisfecho, como quien interpreta a un clásico o recita a alguno de los poetas de estas tierras.

Los ojos de don José sonrén.

Todo listo, piensa, todo dispuesto para iniciar este viaje esperado, el primer viaje desde que se instaló en Chillán.

Es decir, primer viaje formal de don José, con destino y tareas, luego de haber llegado a esta urbe sureña.

Don José era un viajero incansable, en busca del puerto final, donde debería recalar para siempre. Venía desde tierras lejanas y exploraba en los mundos que se abrían ante sus ojos y sus ansias, pues aun sin

conocer con certeza las coordenadas de su meta, sabía que se acercaba a ella.

Dicho de otro modo: don José no era un pasajero del espacio infinito ni un vagabundo en busca de horizontes.

El olor del carbón, el ruido del tren, el vozarrón del Jefe de Andén, lo transportaron por décimas de segundos a esas estaciones de Europa, donde llegó sin entender nada del idioma. Iba avanzando hacia el poniente sólo guiado por su instinto, en busca de un destino que se ponía a su disposición en esta vida.

Don José sonríe.

¿Contento, nervioso?

El tren resopla para partir. ¿Cuánto queda: uno o dos minutos?

Y desde el andén, le devuelve la mirada su amigo Jorge, de sonrisa amplia, cachetón, barba bien afeitada, pero tan tupida que el rostro siempre se veía sombreado; alto y grueso, vestido de elegante azul, zapatos brillantes; el sombrero en la mano, la calva ya manifiesta.

Jorge también venía de Palestina y había sabido acoger a este paisano que llegaba desde el oriente del Mediterráneo. Y el apoyo que le brindó resultó clave para don José; se sentía orgulloso, contento, mucho más que satisfecho: esa sonrisa, su mirada brillante, la firmeza de la mano en el sombrero, la parada sólida como si fuera el dueño de la estación, del tren, de Chillán y de las esperanzas propias y las de su amigo, revelaban su estado de ánimo.

No quedaban palabras pendientes: la presencia de Jorge en la estación era por sí misma el discurso, no de despedida sino de «hasta pronto», pues es sólo el primer viaje. Ya todo dicho: las recomendaciones cariñosas y los deseos de felicidad, de éxito, de paciencia, de confianza.

Nada más que decir: todo se había dicho en días y meses anteriores, hasta la noche previa a la partida de este viaje programado y esperado.

∞

En la comida de las vísperas, Jorge había percibido el nerviosismo de don José, lo que éste no reconocería jamás.

Arreglando sus bigotes, negaría cualquier atisbo de vacilaciones, temores o nervios, manifestando total seguridad en sí mismo, solidez en sus recursos, certeza de sus éxitos.

Con este viaje -así por lo demás lo pensaba y lo decía Jorge, que hablaba todo lo que pensaba- se daría comienzo a una serie triunfal.

Tal vez era el viaje que don José estaba esperando. Podía ser.

- Si no es así, amigo mío, por lo menos ganará usted mucho dinero, sentenció Jorge.

∞

Sonó el tercer pitazo del tren, el de la partida. La campana, el grito del conductor, voces de niños que agitaban sus manos en despedida, la novia infaltable recogiendo una lágrima que a nadie puede ocultar. Y la figura sólida y contenta de Jorge, en el andén.

Jorge y don José sonreían en silencio, cuando el tren dio un sacudón fenomenal para iniciar la marcha.

Jorge levantó levemente la mano derecha y entregó su despedida y bendición, sin un solo sonido, que don José recogió con una sonrisa en sus ojos grises y un nuevo cigarrillo a punto de encender.

Al moverse el tren, don José musitó en árabe la palabra «gracias» y en su mente repetía la oración aprendida en su mixta formación cristiano-islámica: «Dios, Tú el Único, Tú el Más Grande, Tú el Misericordioso, guía mi mente, mis pies y mi corazón para aceptar con alegría el destino que me tienes deparado y ser fiel a la tarea que has dispuesto para mí».

Suspiró. Resopló, botó su angustia, en un ritmo propio, como el tren, avanzando en movimiento acelerado.

Una vez, dos, tres veces.

El tren ya salía de la ciudad y tomaba la primera curva para enfilarse en dirección al sur. Resoplaban juntos, igualaban el ritmo.

Entonces, encendió el cigarrillo pendiente, gozando la mezcla de humos, el de su cigarrillo y el del tren, que recorría sus pulmones, su boca, sus ojos. Combinación de olores, de sabores y de evocaciones.



Tantos años transcurridos, tan intensos los tiempos vividos, desde esa mañana helada en Palestina, el sol insinuándose más allá del desierto, primeros brillos de un amanecer, hasta esta partida tan formal desde Chillán al sur.

Poco más de quince años han transcurrido desde aquella madrugada cuando embarcó en el bote que lo llevó subrepticamente al barco que lo sacaría de San Juan de Acre, con destino a los puertos de Europa.

Don José, al comenzar la evocación, contenía el aire y lo botaba, alternativamente, llenos de angustia el corazón y la garganta, las emociones pugnando por salir, ahora que ya no tenía las aprensiones de aquella madrugada (si lo sorprendían, a la cárcel, a la muerte o al castigo; si no, a la aventura). Eran otros miedos nuevos, más sólidos, más adultos, más difíciles de confesar.

Temores guardados, sumándose a otros anteriores a esa partida clandestina o que se fueron acumulando con los paisajes y los recorridos, agobiando su alma. Ahora, solo, echando aires como el tren, ambos humeando en igual intensidad, ambos en movimiento al mismo ritmo, ambos en estricta soledad en un dramático acto fraterno, reconocía los miedos para sí, junto con sus penas no lloradas, todo lo que era parte de sus tareas hacia el futuro.

Todo se daba como era esperable: el movimiento acompasado del convoy, tan especial, fue entibiando la memoria y don José sintió una humedad delatora en sus ojos, el nudo en la garganta y la mano derecha temblando, suavemente, suavemente. Comenzó a tararear una canción:

- Ay Fátima, Ay Fátima, tu amor se ha perdido, Ay Fátima..., lará lari lará...



«Fátima» era una canción muy popular que se cantaba en las fiestas. José, un día, resolvió cambiar el nombre «Fátima» por «Rossana», adecuando levemente los acentos para que el ritmo lo permitiera y repetía «Ay, Rossana».

Rossana era la hija de un italiano radicado en el norte de Palestina, escribiente que trabajaba para muchos comerciantes relacionados con Europa. Conocedor de varios idiomas, traducía los contratos y las cartas desde el árabe al italiano, al francés, al inglés y viceversa. Rossana tenía poco más de veinte años, ayudaba a su padre en las cuentas y el orden, servía café y agua fresca a los visitantes, quienes la miraban con avidez mal disimulada, apreciando la belleza de sus formas y el atractivo de su personalidad.

José, cuando decidió que debía partir hacia América, se vio en la necesidad de poseer información sobre ese mundo que le era tan lejano. Lo primero, según los consejos recibidos, era aprender las letras del alfabeto usado en occidente. Para ello, fue hasta la casa del italiano.

Varios años menor que Rossana, José, que a la sazón aún usaba el nombre árabe, Youseff, fue cautivado por el atractivo de su voz y de sus pechos deslumbrantes.

La voz levemente ronca, seductora, que ella usaba con fruición, hablando siempre lento, repasando las letras con una especie de canto en la entonación.

Los pechos, enormes, duros, erguidos, un imán para los ojos grises de Youseff.

Aprendió sus primeras palabras en italiano y supo de las letras del alfabeto etrusco, pero lo que más le aprovechó, fueron las entonaciones del idioma nuevo y las pasiones, toda una novedad para su adolescencia. Rossana, sacando partido a una ausencia casual del padre, invitó al joven a su dormitorio y luego -en sucesivas lecciones ya programadas por ella- le enseñó a amar con pasión y deleite. Como aman las italianas. Posesiva y alegremente.

Desde aquella primera vez, Youseff visitaba a su maestro y a Rossana alternadamente o llegaba más temprano para saludar a su amante y luego pasar a las clases, hecho todo de manera que el padre jamás se enterara.

Cuando hacían el amor, Rossana le decía «Giuseppino mío» y él, con voz entrecortada, recitaba «Rossana, Rossana, Rossana» como si con eso bastara para considerarse un italiano hecho y derecho.

- Padre, llegó Giuseppe.

Y Youseff, que recién acababa de vestirse, iba a reunirse con su maestro.

- Rossana, decía el profesor enojado, no se llama Giuseppe, su nombre es Youseff.

Nuevas palabras, nuevas entonaciones, nuevas miradas, nuevas sensaciones; Youseff era un alumno de primera calidad.

Y salía de la casa de su maestro, cantando, medio en árabe, medio en italiano.

- Ay, Róssana, Ay Róssana, dame tu amor esta mañana, Ay Róssana, Ay Fátima, tu amor perdido en mi desierto...



- Ay, Róssana, Ay Róssana, dame tu amor esta mañana.,
Ay Róssana, Ay Fátima, tu amor perdido en mi desierto...

Y así, cantando, en medio de humos y olores de evocación, don José percibió que ya habían enfilado hacia el sur por la línea troncal del ferrocarril.

Se puso de pie, estiró su ropa y partió al coche comedor a tomar un café.

TRES

En el Tarot, el Arcano Mayor III representa a la Emperatriz: es la Madre, la Patria, la tierra de origen, los nexos más profundos con el mundo. Es el amor que se ha de buscar incansablemente.



Don José no había abierto la boca en toda la noche, sino para tragar.

Comió en silencio.

Jorge y Corina, sus anfitriones, sus amigos, no se sorprendieron, pese a que no era una conducta habitual. Entendían que esta noche don José no podía portarse normalmente.

En cualquier otra ocasión, el silencio de don José a la hora de comida hubiera llamado la atención.

Era un conversador entusiasta, empedernido, galante, muy ameno. Sus pláticas estaban siempre llenas de anécdotas, de historias verdaderas, adaptadas o inventadas. Don José acudía a los recursos más variados para impedir que una conversación decayera. Nada, ni siquiera sus dificultades en el manejo del idioma, conseguían limitarlo. Usaba palabras en árabe, en francés, en inglés, en italiano, pero siempre completaba cuanto su rudimentario castellano no le

entregaba. Sea como fuere, su voz llenaba el ambiente, salvo en aquellas ocasiones en las que su instinto - o su sabiduría- le indicaba que era tiempo de guardar silencio. Aunque siempre, entre hablar y callar, su preferencia era lo primero.

La voz de don José era gruesa y hermosa, tanto para hablar como para cantar. El tiempo transcurrido - ya iba a cumplir los treinta y seis- y la variedad de idiomas aprendidos o por lo menos escuchados, habían enriquecido sus tonalidades.

Esa noche, antes de su primera partida desde Chillán al sur, sin embargo, él no estaba ni para cantar ni para hablar. Y eso lo sabían Jorge y Corina, quienes preferían respetar la solemnidad del silencio. Ambos suponían, sin equivocarse, que don José estaba nervioso, sabiendo que no podían decirlo, porque él no lo reconocería.

A la mañana siguiente, don José iniciaría su primera gira de ventas al sur. Faltaban pocas horas para que emprendiera esta primera salida. Con un vaso en la mano, Jorge le hizo una seña simpática, una sonrisa afectuosa, un brindis sólo con las cejas, sin necesidad de decir «brindo por esto» o «brindo por esto otro», «que te vaya bien» o cualquier cosa que se le pareciera. Don José entendió y respondió con una leve inclinación de la cabeza y un sorbo que lo colmó de olores y evocaciones, transformando la agitación que sentía de ansiosa en nostálgica.



Nostalgia de todo un mundo recorrido, de espacios, de presencias y de ausencias.

Nostalgia de las tierras lejanas, pero sobre todo una añoranza próxima, la de su llegada a Santiago, su contacto con esa ciudad en la que sus paisanos, los árabes, comenzaban a instalarse, conociendo calles y costumbres; con una clase gobernante ansiosa de las novedades de Europa -que ellos traen- pero que se encadena pacata a ciertas costumbres, al menos apariencias, que él difícilmente reconoce como propias.

Para preparar el viaje, el propio Jorge lo había ayudado a seleccionar la mercadería. No le enseñó a regatear, pues ambos traían esa capacidad desde la cuna y la sangre, pero le dio a conocer algunos de los trucos o estilos más habituales de venta en estos lares. Jorge, era un adelantado respecto de don José y de muchos otros que, gracias a sus consejos, terminarían haciendo grandes fortunas.

No es fácil vender a los campesinos, indígenas y colonizadores de estas regiones. Tienen una enorme desconfianza por todo lo ajeno, aunque, al igual que esa burguesía de la capital, sienten gran ansiedad por las novedades.

No hace mucho tiempo se ha pacificado la zona sur de Chile y aun cuando las guerras terminaron, quedan bandoleros poderosos que se adueñan de tierras, de pueblos, de los montes y se convierten en hombres importantes.

Para los aborígenes, las experiencias de contacto con extranjeros siempre han sido malas. Ellos piensan que nada traen simplemente de regalo, las buenas artes esconden siempre terribles intenciones. Cuatrocientos años de guerras largas y de treguas

breves fueron forjando con experiencias esas desconfianzas. La paz tampoco ha traído cosas buenas para el pueblo indígena. Los huincas, chilenos y gringos, da lo mismo, pues sólo se diferencian en el idioma, han ido apropiándose de todo, arrasando bosques y cultura, depredando cuanto encuentran a su paso, echando al monte al puma y también a las aves bienhechoras, ensuciando los ríos y los lagos.

El engaño y la mentira están presentes en el diario vivir de unos y otros, engañadores y engañados, comerciantes y compradores, patrones y asalariados, huincas e indios. Y esto lo sabe Jorge, que se lo explica a su amigo. Ganarse la confianza de los indios y de los campesinos, de los mestizos, pero también de los gringos, será parte de la tarea difícil de cualquier inmigrante árabe, tan distinto en muchos aspectos a los habitantes de este mundo austral.



Jorge sonreía contento y observaba que los nervios forzaban a su amigo a perder las ganas de hablar, pero no las de comer. La víspera de su primera partida era una ocasión especial que Corina valoró preparando con esmero una cena adecuada: entrada de salmón ahumado, rodeado de lechugas, pepinos y aceitunas y de fondo un pato relleno con nueces y longanizas, acompañado de arroz con fideos tostados. Una fina combinación de las comidas chillanejas con los estilos y aliños árabes. Las pocas palabras de don José en la mesa expresaron reconocimiento a la preocupación de la dueña de casa y a la calidad de la comida.

Jorge y Corina habían salido de Palestina

mucho antes que don José. Sabían que para un inmigrante era de gran significación iniciar una primera tarea personal, un primer trabajo propio, en el que cada vez podría ir dependiendo menos de los que lo habían acogido.

Ellos habían recibido a don José en su casa de Chillán y eran, sin duda, los mejores amigos que él había hecho en el país hasta entonces. Percibieron en don José a un hombre distinto, fuera de lo común y eso mismo los inhibía de preguntar muchas cosas que hubieran querido saber. De pronto, él hablaba de sus planes, de ciertas búsquedas, pero en realidad, pese a toda la confianza que pudo haberse trabado en estos años, nunca supieron con exactitud de las esperanzas e ilusiones de su coterráneo.

Aunque el brillo de sus ojos, esas vísperas, les reafirmaba la idea de que don José no iniciaba solamente una empresa comercial. El creía lo mismo. Su instinto le indicaba que estaba en la dirección correcta.

Y mantenía su secreto.

El silencio y la comida eran la prueba de la discreción y del cariño que le profesaban sus paisanos y protectores.

Como lo hacían habitualmente, pasaron al salón para el postre y el café. Un delicioso flan de leche y el café azucarado, preparado al estilo árabe por Corina con singular maestría. Y una copita de arak, delicioso licor de anís enriquecido con aguardiente de la zona.

Cerca de Chillán había muchas destilerías clandestinas, en las que se producía un aguardiente

exquisito, que se bebía puro -por los más valientes o en casos de emergencia- o suavizado con diversos sabores de origen vegetal, anís entre ellos, por supuesto.

La mixtura de olores y sabores, fue un buen momento en el que Jorge resolvió romper su silencio.

- ¿Qué esperas encontrar, José?

El interrogado miró a su amigo con los ojos pícaros y encogió los hombros. Sin responder más que eso, tomó otro sorbo de café.

- ¿Tienes esperanzas de encontrar lo que buscas?

Jorge cambiaba la pregunta. Don José nunca había revelado sus secretos, pero tampoco se había cuidado de ocultar que efectivamente los tenía.

El no era un inmigrante más. Tenía algo distinto, que Jorge y Corina habían sabido captar, aunque no identificar completamente. Era como si la decisión estuviera, no en la necesidad de partir, sino en la de llegar.



También era sorprendente su origen.

Alguien sale de un pueblo, de una isla, de una zona, y muchos otros lo siguen. Entonces todos los de tal lugar llegan a un mismo emplazamiento. Así se hacen las migraciones, las colonizaciones.

Pero Youseff no es ni de Belén ni de Bedjallah, como otros palestinos, o de Homs, como los sirios o de Beirut, como los libaneses.

El es de San Juan de Acre. No se conocía otro árabe venido desde allí.

San Juan de Acre es un pequeño poblado instalado por los Cruzados a los pies del Monte Carmelo, sobre la antigua ciudad de Ake, en la puerta de contacto del Mar Mediterráneo y el desierto palestino. Es un emplazamiento geográfico privilegiado para fines militares, pues desde allí se vigila toda la costa, hacia el sur y hacia el norte.

Los ojos grises, hermosos, chispeantes y energéticos, permanecieron fijos en Jorge. Vigilantes.

- ¿Encontrarás lo que buscas?

∞

- ¿Encontrarás lo que buscas?

- Sí.

Y otro sorbo de café, de arak, de aire.

¿Tenía exactamente claro lo que buscaba?

¿Era esto un sueño o el despertar?

Todo había empezado aquella noche en su tierra palestina. ¡Tantos años! Así lo creía él.

∞

Poco después de la media noche, Youseff había despertado, sudando, agitado, con miedo.

Tenía miedo, mucho miedo. No era la primera pesadilla, pero hasta esa ocasión nunca habían sido tan fuertes, tan intensas, como para despertarse en mitad de la noche. Simplemente amanecía con una poderosa sensación de angustia, sabiendo que durante las horas sombrías no había descansado, porque cosas terribles pasaban por su cabeza. No lograba recordar el contenido de las pesadillas, pero su sensación era de espanto.

Desde esa primera vez, Youseff comenzó a despertarse tres o cuatro veces cada noche, gritando, llorando. La sensación duraba horas. Después de varios días comenzó a tener miedo de dormir. Postergaba la llegada del sueño, con vigiliass forzadas, pero que no podía prolongar indefinidamente. Caía rendido, regresando al mundo de los sueños y las pesadillas, que se reiniciaban en una especie de continuidad horrorosa.

La angustia estaba presente en la vigilia o al dormir.

Y las pesadillas se repetían, inevitablemente.

Meses, muchos meses, soñando y despertando, siempre con esa misma sensación de angustia que dominaba su espíritu durante el día, creándose un mecanismo rutinario, una costumbre. No le gustaba, y por eso no había aprendido a convivir con ella, no conseguía acomodarse. Sabía perfectamente que esto no podía continuar, que algún día tendría que terminar, pues de otro modo se volvería loco.

Si bien la sensación de angustia, de miedo, de desesperación, permanecía al despertar, Youseff, sólo recordaba imágenes difusas y lejanas, poco claras, incluso poco aterradoras. No parecían ser suficientes para justificar el miedo que le persistía despierto.

¿Acaso no era importante lo que soñaba?

¿O lo más importante era justamente lo que no lograba retener?

No tenía, como otros niños palestinos, miedo a esos vientos de la noche desértica, cargados de voces y mensajes imposibles de entender.

Su temor era a las voces de adentro, a los gritos de su alma o de demonios instalados en su corazón que se apoderaban de él en cuanto dormía.

Youseff, de sólo trece años, no tenía en quien confiar, y guardaba silencio.

∞

- Sí, repitió don José, mirando a su amigo Jorge, lo lograré.

Con total seguridad, sabiendo que ya había recorrido la mayor parte del camino: primero, la comprensión de la tarea; luego, la salida de Palestina y los viajes; más tarde, la llegada a Chile y, ahora, la partida desde Chillán, cerca de la meta.

-Sí.

Jorge ofreció un brindis con la sonrisa.

Y fue lo último que se dijeron antes de irse a dormir.

CUATRO

En el Tarot, el Arcano Mayor IV representa al Emperador: Padre poderoso, sabio, heredero de la sabiduría, sabe ser valiente sin ser temerario y ser prudente sin ser cobarde.



José había llegado hasta Chillán en su ruta hacia el sur.

Preguntando a sus conocidos santiaguinos, había conseguido saber de Jorge, un inmigrante palestino llegado entre los primeros, hacía ya muchísimos años. Sin embargo, no quiso apurarse y dejó al destino el momento de su encuentro.

Tal vez eran las ganas de llegar a la meta o las primeras aproximaciones al paisaje soñado, pero en algún momento don José pensó que ya estaba llegando. Quizás Chillán o sus alrededores eran el sitio buscado. Y si era así, pronto aparecería la persona buscada.

Escuchó a sus conocidos hablar de esta región maravillosa y decidió que debía conocerla antes de darla por confirmada o descartada, porque cierto palpito, derivado seguramente de las urgencias del alma, le hacía sentir que había llegado.

Lo primero que le llamó la atención fue la

fama de las bebidas y comidas de Chillán y sus alrededores, como si sus habitantes no tuvieran otra ocupación que trabajar para comer y para tomar. El prestigio en cuanto a bebidas se refería a los licores, hechos todos sobre la base de aguardiente de destilación artesanal y de alta graduación alcohólica, al cual se le agregaban frutas o hierbas de las que crecían con abundancia en la zona: guindas o manzanas ácidas, peras, damascos imperiales, apio, moras, murtas, maqui.

Estos mismos vegetales y otros más, eran usados por los lugareños para fabricar conservas almibaradas, que les permitían comer frutas durante todo el invierno. El azúcar, la guarda y las ansias de comer frutas carnosas bajo las lluvias invernales, potencia la sensación de los aromas eternos. Aunque nunca fuera lo mismo que saborearlas frescas, recién salidas de la mata.

¡Qué decir, en medio de estos placeres para el paladar, acerca de las mermeladas!

Usaban las mismas frutas, pero las guindas y las cerezas había que cortarlas pasaditas y los damascos tempraneros, para que así el amarillo miel se desarrollara en el paciente cocimiento a leña y, como guardaban el dulzor, necesitaban menos azúcar que otras frutas. Los duraznos almibarados, las moras silvestres o las frambuesas y las frutillas, que tanto costaba cultivar en estas tierras, eran convertidas en pastas dulces envasadas en frascos.

Las tierras de Chillán son aptas para personas de abundante comer y altas exigencias culinarias.

A los licores, las frutas en conservas y las

mermeladas, deben agregarse los pastelitos de manjar o dulce de leche, con merengue y huevomol y las jaleas de variados sabores y colores, voceadas por vendedores de blanco en las calles, las plazas y sobre todo en la estación de trenes, bajo el fantasioso nombre de «sustancia de Chillán». El tren nocturno salía de Santiago a la hora de la puesta del sol y pasaba por Chillán alrededor de la una de la mañana. Los pasajeros bajaban, unos a comprar «sustancias» y otros a tomar un café con malicia, es decir, con aguardiente, en tacho de porcelana, y comer huevos duros con pan amasado, para pasar el hambre, el frío y el aburrimiento.

El pan amasado, típico de todo el campo chileno, se comía en estas zonas con otras especialidades chillanejas: los jamones, las longanizas, chorizos u otros embutidos y cecinas que se vendían en los puestos del mercado.

Chillán es una ciudad grande, con disposición para la prosperidad, atravesada de norte a sur por la carretera longitudinal y la línea troncal del ferrocarril, a la que llegan numerosos ramales. Su mercado ha sido siempre un centro importante, concurrido por los visitantes, turistas, viajeros, comerciantes, militares, políticos, literatos, donde se comercian los productos traídos por los habitantes de los pueblos cercanos, quienes a su vez compran, para llevar a sus tierras los bienes que la civilización trae a esta metrópoli sureña.

Los hombres y mujeres del poniente venían en sus carretas, trayendo aires marinos desde Cobquecura, Coelemu, Ninhue, Quillón, Dichato, Quirihue, subiendo por el río Itata contra la corriente o bordeando sus márgenes, pasando por parajes hermosos, invadidos

de árboles misteriosos, como esos papayos cuyos frutos los lugareños no comían, por desconfianzas ancestrales nunca explicadas.

Traían, para la venta en el mercado, artesanías de ornato elaboradas con conchas de almejas, choritos, navajuelas, locos o con maderas nativas; mariscos secos, pescados ahumados, variadas especies vegetales y los más sabrosos preparados de carne de cerdo.

Por el otro lado, desde los cerros altos de los Andes, venían los arrieros, los campesinos de piel seca y curtida por la nieve y los vientos, trayendo mantas, artesanías prácticas y necesarias, cajas de variados tamaños y cierres, colgadores de ropa, arcones, morrales, gorros, cuchillos de cachas coloreadas para encontrarlos con facilidad en la nieve, licores fuertes para soportar el frío. Venían atravesando riachuelos, ríos, lagunas y quebradas, desde San Ignacio, Quiriquina, Pinto, Recinto, Coihueco, El Carmen.

∞

El Carmen.

Cuando don José escuchó por primera vez el nombre del pueblo, le llamó la atención. Tuvo una ilusión.

De inmediato quiso conocer El Carmen.

Tal vez, pensó, ése sería el lugar buscado, hasta allí debería llegar.

Una madrugada álgida, al terminar su adolescencia, hace muchos años, había salido desde los

pies del Monte Carmelo y él sabía que otra, quizás ésa, debía ser la clave para encontrar la ruta.

Quizás todo este viaje a través del mundo, terminaría allí, en El Carmen.

Salió del error después de dos intensas jornadas a caballo, a través de parajes agrestes y cordilleras duras. Los vientos, excesivamente helados, partían la cara y el sol, que se dejaba ver a ratos, calentaba poco, pero brillaba mucho, hasta dañar los ojos su reflejo en las aguas congeladas.

Para llegar a El Carmen, había que cruzar el Luanco, el Larqui y la parte ancha del Diguítín, donde ese río parecía una laguna. Justo allí, al otro lado de las lomas, aparecía un poblado pequeño, el último de todos para siempre, donde a esas alturas sólo había mulos, caballares, unos pocos perros, caprinos flacos y de poco futuro. Y muy pocas personas, mimetizadas con el silencio del paisaje y la dureza de las montañas.

No, claramente no.

Don José supo que se había equivocado en esta incursión.

∞

El paisaje que buscaba era distinto.

Cerros sí, pero no éstos, por ubicación y paisaje.

Cuando las pesadillas empezaron, José, que entonces se llamaba Youseff, supo que podía entrar en un cauce del cual difícilmente saldría. Algo en su interior le hablaba advirtiéndole que debería asumir una gran locura.

Y ahora enfrentado a la enorme cordillera, se daba cuenta de que había llegado hasta allí sólo por la resonancia toponímica que podía existir entre su Monte Carmelo y el poblado El Carmen, pues hacía ecos en su mente la frase pronunciada por su padre, Fadleddin, cuando describía:

- Entre las cordilleras, tan cerca del mar como del cerro grande.

Para Youseff todo esto había empezado con su adolescencia, esas pesadillas que una noche lo despertaron: voces desde adentro que clamaban por salir y que él no podía recordar al despertar. Y desde entonces interrumpía su sueño varias veces cada noche. No se atrevía a dormir.

Youseff conoció el miedo.

El miedo ante lo nuevo, lo inexplicable.

Era el miedo a sus pesadillas y no a los vientos de la noche, ni al sonido lejano de los cascos de los caballos, cuando la luna se había perdido más allá del mar, trayendo o llevando jinetes sin identidad precisa.

Todo eso lo conocía.

En cambio, lo que pasaba en sus pesadillas, no.

Cuando avanzó en busca de respuestas para esos sueños, el miedo cambió de giro: temió estar iniciando una aventura que lo podía arrancar definitivamente de una adolescencia cómoda hasta ahora: debería recorrer los caminos crípticos de sus sueños, de

esas pesadillas olvidadas al despertar, pero que lo dejaban sumido en la angustia por días y días. Y también, lo sabía, se introduciría en el mundo de la magia.

Una de las voces interiores le advertía para que no se aproximara a ese mundo mágico. Parecía ser el único para llegar a la verdad de sus sueños, pero ello lo alejaría de la realidad de todos los días. La magia lleva a las personas por rutas ignoradas, hacia lugares desconocidos, tal vez sin retorno, como el país de las hadas, la locura misma.

Youseff tenía miedo en la noche antes de dormir y cuando soñaba. También al alba. Las rocas de la playa son tan concretas y nítidas en plena madrugada; las arenas del desierto, de ese desierto magnífico que se extiende hacia el norte, el oriente y el sur, son tan áridas y absorbentes, sobre todo cuando el sol ya anuncia que viene en camino y el día no tardará en llegar; es todo tan crudo, que el joven teme ser aplastado por ese realismo que se abre paso velozmente ante sus ojos.

Para su tranquilidad, a esa hora ya se ve el verde opaco de los olivos, una verdad más suave, aunque también concreta, que Youseff reconoce. Esa visión le proporciona la solidez necesaria en medio de sus temores, cuando las fuerzas que él no controla, las de la magia, le ofrecen llevarlo hacia muy lejos. Los olivos, sobre todo de madrugada, son una cura del miedo, porque lo anclan a este paisaje de desiertos y agua verde y azul.

La voz aquella insistía en que la magia era una forma distinta de realidad, no razonable ni

manejable: una vez que formulara las preguntas, él no podría controlar los resultados. Las respuestas estarían allí. Youseff podría aceptarlas o rechazarlas, pero ya las conocería y los rumbos que siguiera después, siempre tendrían la sombra de lo que dejó por haber elegido. Ya lo sabe, en su adolescencia ha tomado conciencia, como todos los hombres criados en ciertos marcos de privaciones, sean el desierto o el trabajo a temprana edad, cuando se elige algo, se deja otra cosa y cuando se monta un caballo, el otro queda sin jinete.

Entonces, el asunto era atreverse o no, creer o no creer, cruzar o no cruzar el umbral preparado.

A los catorce años, los miedos de Youseff son mucho más fuertes. Se supone que a esa edad los muchachos son valientes y aguerridos y entonces no deben sentir miedo. Aún no sabe que ser valiente es, precisamente, actuar con la conciencia del miedo, pero a pesar de él.

Se ha impuesto a sí mismo, además de valiente, ser inteligente y prudente, para convertirse en un hombre grande y poderoso, como se espera de él, como espera el padre, como esperan los hermanos.

Como dijo Iskandar ibn Nohman:

- Valiente sin ser temerario, prudente sin ser cobarde.

∞

Llegó a El Carmen.

Mirando el poblado instalado en plena cordillera de Los Andes, los reflejos en el agua, su rostro, las montañas, los años transcurridos grabados

en las manos y la frente, don José recuerda sus antiguos miedos.

Ya es un hombre. Ha recorrido el mundo en busca de esos cerros hermosos, bosques y selvas, ubicadas «entre las cordilleras, tan cerca del mar como del cerro grande». Más de veinte años desde la primera vez que despertó a media noche. Mayor, con muchas aventuras transcurridas, cargado de historia, de esperanzas, de experiencia, mira el paisaje en las alturas de la Cordillera de Los Andes.

Se ha equivocado al subir la Cordillera de Los Andes hasta El Carmen. Este es el «cerro grande» del que le habló su padre y para llegar hasta su meta, al valle buscado, deberá bajar. Se ha equivocado. Aprende el hombre una nueva lección: no basta que tengan el nombre para que las cosas sean.

Entonces, debe volver a mirar hacia el poniente y buscar otra cordillera más cerca del mar, más pequeña, con selvas, y cuando la encuentre, sabrá cuál es el valle donde se quedará a vivir. Ahí estará ella...

Descansando y antes de emprender el regreso, mascando charqui, con sus ojos brillantes, extrañamente contento, pese al agotamiento, pensó en voz alta:

- Por el nombre pudo ser. Me habría gustado que fuera. El paisaje es hermoso, pero no es el que busco. Debo mirar hacia el otro lado.

CINCO

En el Tarot, el Arcano Mayor V representa al Sumo Sacerdote: revela la capacidad de integración con el mundo, aunque sea muy distinto de lo que se conoce, quiere o sueña. Es el equilibrio entre las demandas del mundo espiritual y las exigencias de la vida concreta.



Don José no estaba nervioso solamente por las dificultades que podía encontrar en el comercio con los indios o con los campesinos, tampoco porque estaba iniciando una nueva tarea.

Muchas veces, en esta larga ruta, había intentado nuevos trabajos. La verdad es que nunca tenía la certeza del próximo paso, sólo sabía la dirección: seguir su ruta hacia el poniente y al sur, pues allí donde se pone el sol, encontrará su meta.

Don José, recorriendo el mundo, atravesando el mar, cruzando los controles de los puertos, adentrándose en ciudades desconocidas y legendarias, ganándose el pan con palabras de cuentista mágico o con trabajos que ni siquiera imaginaba que existían. Don José ha salido de su patria, la parte norte de Palestina, para aventurarse hacia nuevas tierras, nuevos aires, nuevos paisajes, en busca de la tarea y siguiendo las coordenadas que logró extraer de los relatos de su padre.

Desde su propia tierra lejana hasta este Chillán en el sur de América, había comprado y vendido todo lo imaginable y en las más variadas latitudes: dátiles, higos secos, nueces y pasas, telas de la India, pañuelos de seda, pulseras y alimentos, ya fuera pregonando en las calles o instalado en mercados de los más diversos. La palabra y el comercio eran sus mayores habilidades.

Una vez llegado a Chile, había trabajado en las tiendas de algunos de sus coterráneos llegados antes que él, primero como un simple empleado a cargo de las tareas menores y luego como vendedor. Un par de tiendas en Valparaíso y otras tantas en Santiago, mientras se adaptaba al idioma y a las costumbres, ganando un poco de dinero, lo suficiente para sus gastos muy mínimos y un pequeño ahorro. Necesitaba juntar dinero y para ello se restringía en el consumo, incluso en las comidas. Siempre había alguien que lo invitaba a su casa o a comer a alguno de los boliches del puerto en Valparaíso o de la estación en Santiago, y aceptaba de inmediato.

La ropa le preocupaba más. Ha sabido desde siempre que la presentación es determinante en la aceptación o rechazo de los demás para con toda persona. Entre los árabes, así como es importante saber hablar y ser limpio, también lo es cuidar la vestimenta y saber presentarse del modo adecuado donde fuere. No se llega de gala al campo donde se siembra o se cosecha, pero tampoco se va a una fiesta con ropa de trabajo.

Cuando acababa de llegar desde Argentina, fue cargador en la estación y aseador en un hotel en Los Andes. Tuvo éxito, pues su cultura le permitía hacer

cuanto trabajo se le presentara. Haciendo aseo, conoció a un comerciante árabe, el primero en insinuarle que viajara a Valparaíso, donde podía ganar mucho dinero, cualquiera fuese el oficio por el que optara.

- Esa sí es una gran ciudad, le dijo.

Y él, que nada sabía de Chile, se sintió atraído por la idea de ver nuevamente el mar; quiso sentir la alegría que traen los barcos, las variadas vestimentas, los idiomas diferentes, los ruidos y el tráfico habitual de los puertos y las ciudades con más movimiento comercial.

Los contactos que él le dio, le permitieron obtener créditos con otros paisanos para comenzar como vendedor callejero de todo tipo de objetos - peinetas, espejos, collares, jabones perfumados, naipes, cepillos para el pelo, prendedores, pinches, anillos de fantasía, trompos, perinolas, entre otros- y luego de telas y ropas hechas, recorriendo las casas de los cerros y barrios de Valparaíso.

Al trasladarse a Santiago, fue también vendedor de puerta en puerta, pero esta vez sólo de telas, ya que su recorrido no era por los sectores medios, bajos o los pobres como en el puerto, sino los nuevos barrios donde vivían los profesionales jóvenes, los intelectuales y los dirigentes políticos de las clases medias. En un valle hermoso, a los pies de la cordillera, organizado en ordenadas y regulares manzanas con casas grandes, de amplios patios y chacras, levantadas frente a calles con arboledas hermosas, regadas por acequias limpias que bajaban del Canal Las Perdices, fue creciendo la villa de Nuñoa, que hasta hoy lleva ese nombre y conserva mucho de lo original.

Un contacto trae el otro, pues vendiendo en esos barrios, conoció a la familia Hirmas, que tenía sus casas en los alrededores de una hermosa placita cerca de los Campos de Sport. Ellos lo llevaron a trabajar a su tienda de la calle 21 de Mayo, al lado de la Plaza de Armas de Santiago y luego de un corto tiempo como vendedor, pasó a cajero, puesto de extrema confianza. Ganó dinero y prestigio.

∞

Muchísimo se divirtió cuando fue ayudante de sastre.

En verdad aquel era un oficio del cual nada sabía.

Don José ya había tomado la decisión de partir de Santiago en su ruta hacia el sur. La entrada a Chile por Los Andes le permitió ir conociendo paulatinamente el país e informarse, de modo somero, sobre las características de cada una de las regiones. Tenía claro que, de acuerdo con sus intenciones, debía seguir avanzando hacia el sur. Cuando comprobó que sus ahorros eran suficientes, se despidió de sus amigos y enfiló en la dirección prevista.

Primera parada: Talca. Don José estaba en una búsqueda muy concreta, pero no por ello dejaba de lado las posibilidades de conocer nuevos lugares y nuevas personas. Aún tenía tiempo. No es conveniente, se decía a sí mismo, llegar adelantado. Hay que hacerlo en el momento oportuno. Y eso sería así.

Se bajó del tren y entró a la ciudad. Buscó un buen lugar donde almorzar. Era un día soleado, recién

comenzando el otoño. Bajo un parrón, comió porotos granados, un trozo de plateada con chuchoca y ensaladas, con un par de vasitos de vino. Con su buena disposición, pronto trabó conversación con un parroquiano, quien resultó ser nada menos que el sastre principal de la ciudad.

Don José, hombre simpático y entretenido, encantó al sastre, quien le preguntó si sabía algo del oficio.

- Nadie sabe más de telas que yo-, contestó el árabe.

Lo que en alguna medida podía ser cierto, porque era un experto vendedor de telas, pero nunca había cortado un pantalón. El trato quedó hecho, en medio de libaciones y celebraciones de la naciente amistad.

Estuvo en Talca dos años. Aprendió cómo se cortaban pantalones y vestones, ternos con chaleco, sencillas ropas de trabajo, vestidos para señoras que se aventuraban en trabajos públicos, elegantes y sencillas tenidas para las profesoras del liceo y, aunque no consiguió cortar vestidos de novia ni para señoritas en plan de estreno en sociedad, jamás se perdió las pruebas de los trajes, primera y segunda, a veces una tercera para asegurarse, encargándose, con su diligencia habitual, de poner los alfileres y las marcas con tiza, en un coqueteo permanente, de ayudarlas con esta arruguita o a acomodar bien alguna parte más estrecha.

El, por su parte, enseñó al sastre a distinguir las telas a ojos cerrados, adivinando incluso su color, cuando se trata de buenos hilos. Lo ayudó a elegir las piezas de género del tamaño adecuado para sacar partido

a las medidas que usaba y, lo más importante, le enseñó a regatear los precios de compra y a ponderar su trabajo de tal modo que todos salían contentos pagando al más caro de los sastres que nunca hubo en la ciudad. El sastre ganó tanto dinero que, varios años después instaló nuevos negocios, el mayor de los cuales fue una tienda en la que vendía ropas hechas en serie, por un equipo de ayudantes de sastre, de cortadoras, de costureras, que calculaban, siguiendo ciertos modelos europeos, las tallas de los talquinos.

La Sastrería fue mucho más que eso y la riqueza de este hombre fue tal, que sus hijos pudieron ir a la universidad a Santiago y sus hijas fueron aceptadas por la tradicional sociedad talquina, al casarse con hijos de los dueños de fundos de la región.

Al cabo de dos años, Don José decidió partir.

El sastre lo lamentó sinceramente y así lo dijo, pero supo desde que escuchó la decisión, que don José no estaba ni regateando ingresos ni cariños. El enigma impreso en su mirada, brillante a la hora de revisar mapas del sur, le hacía pensar que sabía exactamente lo que buscaba. Tal vez un tesoro escondido por algún barco fenicio. O el oro y las piedras preciosas del imperio de los Incas, por ellos enviado al sur cuando supieron que venían los españoles que ya habían invadido a mayas y aztecas.

El sastre fue respetuoso, pues no sólo evitó interrogar, sino que jamás comentó sus sospechas con nadie, pues si lo hacía ponía en peligro la vida de este aventurero palestino. Mantuvo el silencio hasta que supo de la felicidad de don José, muchos años después,

cuando la mayor de las hijas del palestino, viajaría a Talca a conocer a la familia de su novio.

La comida de despedida que se dio a don José fue majestuosa, discursos, abrazos, cantos con guitarra y arpas. La noche se vio engalanada por la presencia de un Senador que estaba en visita política a la región preparando las celebraciones del centenario de la independencia y el Presidente del Club de la Unión, un agricultor de más de setenta años que, en tono vibrante, con un vaso de vino en la mano, con el que salpicaba a sus vecinos, proclamó:

- Usted volverá, mi amigo, volverá a estas tierras victorioso, para saludar a quienes hoy deja. Usted volverá y por si acaso para entonces yo estoy muerto, brindo ahora con un trago por su despedida y con otro por su regreso.

∞

Don José recordó esas frases cuando iba en el tren de regreso a Talca, casi cuarenta años después.

Venía desde Traiguén. ¡Gran lugar para recuerdos y cavilaciones es el tren!

El viaje lo hacía con su mujer y los cuatro hijos que aún vivían con ellos, para conocer a la familia del novio de su hija mayor, un tranquilo muchacho proveniente de Talca, que se desempeñaba como Practicante en el Hospital de Traiguén. Hijo mayor de una viuda con varios hijos, cuya historia, contada por el parco enamorado, le recordaba la de la familia de su propia mujer. También a ella, lo que le parecía razón suficiente para mirar con cierto recelo este noviazgo.

Pero don José, ya no sólo mágico por sus tareas, sino sobre todo por su larga vida - ya tenía más de setenta- y las lecciones aprendidas, sabía que eso era una buena coincidencia en este caso, como también el que trabajara como Practicante, activaba sus remembranzas de la época en que fue camillero en el Hospital de Mendoza.

Ser camillero es de bastante menor categoría que el oficio de Practicante. Pero puede ser igual, si acaso se mira, no desde las aspiraciones, sino desde la soberbia de la riqueza conseguida o desde las ataduras a pasadas existencias principescas, como le sucedía a la mujer de don José, próxima suegra del joven talquino.

De cierto modo, nunca había tenido una encarnación tan cercana a la pobreza como experiencia personal, y aunque ella no era consciente de eso, tenía desde pequeña tal rechazo a todo lo que rodea la vida carente de recursos, que su madre decía con frecuencia:

- ¿Y ésta se cree importada? ¿No habrás nacido por error en estas tierras?

Pero don José sonreía, con dulzura, ese brillo de silencios externos y discursos interiores, la sabiduría de los tiempos y, sobre todo, de las costuras finales de la obra que había venido a realizar. La imagen le gustó, sobre todo porque iba a Talca, la ciudad en la que había sido ayudante de sastre. Ahora bien, este viaje era para él muy relevante. No le bastaba saber que el Practicante era un hombre serio, sin noviazgos anteriores, ahorrativo, decente, con ambiciones razonables- es decir, no muchas como para cometer locuras, ni pocas como para quedarse marcando el paso toda la vida- sino

que tenía que saber si acaso su estirpe, es decir su madre y sus familiares, eran del tipo necesario como para que él pudiera responder ante Amina.

Pues, esta hija suya era la que llevaba el nombre de la Maga del desierto del norte de Palestina, que le dijo esa vez:

- Todo lo que te pido es esto: Tendrás varias hijas y a una de ellas le pondrás mi nombre. Haz cuidadosamente la elección, pues cuando ella haya nacido yo ya habré muerto y la buscaré. De esa hija nacerán otras hijas y en una de ellas me encarnaré yo. Todas las hijas de tu hija serán de estirpe de magos. No te equivoques.

Pero, en cuanto nació su hija mayor, sin pensarlo dos veces, le puso el nombre de la maga: Amina. Su mujer le inquirió todo tipo de detalles sobre su elección de nombre y propuso otras alternativas. Finalmente, al verlo tan firme, debió ceder, canjeando esta concesión por la de que a la segunda hija que tuvieran le pondrían el nombre de su propia madre. Ella no consiguió entender, por lo menos a esta altura de su relación, quién era exactamente Amina y, cuando descartó que fuera alguna apasionada amante a la que nunca hubiera dejado de desear, simplificó las cosas, asumiendo que se trataba de una especie de tía o madrastra. Después de inscrita la niña, Don José se llenó de dudas respecto de si había hecho bien o mal. Entonces, decidió tener especiales cuidados con esta hija, para usarla como el conducto adecuado, sin importarle mucho lo que ella pudiera querer o no, sino sólo para que fuera capaz de ayudarlo a la tarea comprometida.

Amina, la hija mayor, nunca entendió por qué no pudo avanzar en sus noviazgos previos. Buenos mozos, con dinero, ambos quedaron en el camino. Uno fue claramente rechazado por su padre, que le dijo:

- No te vas a casar con ése.

Como era hijo de uno de los inmigrantes más exitosos, también árabe como él, don José decidió explicarle. Nunca se supo los detalles de esa conversación, pero el padre del pretendiente aceptó las explicaciones y el muchacho, luego de un corto viaje a ver unos parientes a Valdivia, estableció relaciones con otra muchacha hija de un agricultor francés. Con el segundo, para evitar llantos y dificultades, don José fue más cauto. Por suerte se trataba de un afuerino sin familia instalada en la región. Habló con él y lo ayudó a conseguir un trabajo en Curacautín. Amina recibió una escueta carta.

Cuando don José se enteró de que estaba interesada en otro joven, puso en movimiento sus tentáculos para recibir información. Le dijeron lo suficiente: talquino, hijo mayor de madre viuda, Practicante, no ha tenido otra mujer en el pueblo, no tiene vicios, vive en la pensión de doña Zulema en la calle Lagos, moderado en el comer, sólo enloquece con los dulces. Antes que las cosas pasaran a mayores, habló con su amigo el Doctor Terrazas, por coincidencia temporalmente Director del Hospital y le pidió que le recetara unas inyecciones para cierto dolor inventado. Fue para que se las colocara el Practicante.

Le bastó verlo a los ojos y luego conocer el modo en que desempeñaba su trabajo, para saber que

éste sería un marido adecuado para su hija, capaz de engendrar a sus nietas magas. En vista que las relaciones fueron intensificándose, él decidió respaldarlas, estimularlas, para sorpresa de su mujer y de su hija mayor, que temían fuera rechazado como los anteriores.

Más fácil fue todo cuando conoció a la señora Ofelia, tranquila mujer de una tranquila ciudad, de quien habían hablado bien todos sus amigos y amigas talquinas a quienes consultó.



Don José abandonó el oficio de sastre y salió de Talca en el tren con destino a Chillán. El dinero ahorrado no era suficiente para instalar nada propio todavía.

Llegó a la ciudad una tarde de verano, pasadas las doce, llevando en la mano el dato del matrimonio palestino más antiguo en la ciudad. Sin embargo, quiso instalarse primero. Lo hizo en una pensión cercana al centro. Bien recibido, dejó sus cosas y comenzó a buscar trabajo. Existía la costumbre de anunciar las ofertas de trabajo por letreros ubicados en las vitrinas de las tiendas o en las ventanas de las casas y oficinas. Recorrió los puestos del mercado y las tiendas del centro, pero no encontró ningún llamado.

Después de dos o tres días, observó con interés que en una de las ventanas del Casino Español decía: «Se necesita pinche de cocina». Era un aviso recién puesto. La noche anterior no estaba. Le sobrevino un cosquilleo interior y la sonrisa pícara se le fue por los ojos. De inmediato se presentó.

Recordó a esa viajera francesa, más de diez años mayor que él, que conoció en un tren, yendo de París a la costa de la Bretaña francesa. Cuando ella supo que era árabe le dijo:

- Se dice que los árabes son grandes amantes, porque conocen a las mujeres muy bien, ya que se crían en las cocinas, tomados de las faldas de sus madres. Entonces, saben cocinar bien y saben hacer el amor mejor.

El, cortés y ya más desenvuelto por sus primeros viajes, le respondió:

- Soy muy joven, señora, así es que no sabría qué hacer para demostrarle que sé cocinar.

Y vivieron un furioso romance de quince días, hasta que llegado el marido a pasar el resto del verano con su mujer, el árabe Joseph abandonó el lugar en un barco con destino a Bilbao.

Efectivamente, era un gran cocinero. Desde pequeño, criado en la cocina de la casa, aprendió a manipular los alimentos antes que los juguetes y distinguía olores y sabores con singular facilidad. Mezclaba aliños, carnes y vegetales con gracia e ingenio; dominaba las recetas tradicionales de la comida árabe y aprendía fácilmente todo lo que se le enseñaba. Inventaba platos y adivinaba los ingredientes de lo que comía, siendo capaz de reproducirlo después e incluso mejorar el platillo original.

Se presentó y fue contratado.

Allí estuvo tres o cuatro meses, hasta la noche del aniversario de matrimonio de Jorge y Corina.

Palestinos residentes en Chillán, eran líderes naturales de los inmigrantes árabes y en su casa siempre se recibía a todos los que venían. Eso lo sabía don José, a quien le habían entregado el nombre de Jorge los amigos de Santiago. Sin embargo, siguiendo su costumbre, pensó que era mejor para él conocer bien el lugar y aproximarse a los contactos palestinos después. Así, en lugar de llegar a pedir alojamiento por una noche, podía plantear la ayuda que de verdad necesitaba.

Para el aniversario de matrimonio, los amigos de la pareja estaban planeando una fiesta, que se llevaría a cabo el sábado de esa semana. Pero la noche misma, Jorge invitó a Corina a comer en el Casino Español. Cuando comían el segundo plato, Corina preguntó a su marido:

- ¿No te parece, Jorge, que los aliños de esta comida parecen árabes? ¿O es que tengo tantas nostalgias?

Y ella, por cierto y no sólo por el aniversario, tenía razón. El coincidió y llamaron al maître.

- No, señora, no tenemos nuevo cocinero, dijo sonriente.

Pero como ellos insistieron, decidió llamar al cocinero a la mesa. Y Corina creyó que era conveniente plantear las cosas de tal modo que no creyeran que estaba por formular algún reclamo. Con la mejor sonrisa en su rostro dijo:

- Hemos comido este cordero muchas veces acá y hoy tenía un sabor diferente, delicioso, pero diferente. Por eso yo he pensado que usted sería nuevo.

- No, señora, pero si tiene algún reclamo...

- No, por el contrario, intervino Jorge, estamos muy contentos y agradados, pero queremos saber cuál es la razón para el cambio de los sabores.

El cocinero miró al maître, para que quedara en claro que no había tras esto trampa alguna ni reclamaciones de calidad.

- Lo que sucede, señora, señor, es que tenemos un nuevo pinche de cocina, que se ha desempeñado muy bien en su trabajo y que, desde hace unos días nos ha ido informando de cosas que él conoce. Aparentemente es un hombre que sabe y tiene condiciones para ser un buen cocinero.

- ¿Es de acá?

- No, señor, es extranjero.

- ¿Podríamos conocerlo?

El cocinero y el maître regresaron a la cocina. Hablaron a José, advirtiéndole que un matrimonio de comerciantes de origen árabe, muy apreciados en la ciudad, los habían interrogado sobre la preparación de esta comida y que querían conocer a quien la había preparado.

Luego de lavarse las manos, se sacó el delantal y el sombrero de pinche de cocina y, puesta la chaqueta, caminó hasta el comedor.

- Señor, dijo el maître, nuestro pinche de cocina.

Les sorprendió que no fuera tan joven como son normalmente los que ejercen ese oficio.

- Nos ha parecido deliciosa su forma de preparar el cordero. Queremos saber qué contiene.

- En la casa de mis padres me enseñaron que la menta y la leche cuajada, en cantidad razonable, un poco de hinojo, el ajo machacado y frito en aceites finos, pueden hacer del cordero joven un platillo tan fino como para celebrarlo con el mismo entusiasmo con que se festeja una lluvia en el camino a La Meca.

Había hablado en árabe perfecto, con la cabeza inclinada y los ojos brillantes, hermosos, grises, sabiendo que sobrevendría una explosión de sorpresa. No alcanzó a explicar el arroz ni el secreto para que los porotos nuevos quedaran en esa tonalidad de verde.

Jorge se puso de pie de un salto y lo abrazó. Corina lo besó en las mejillas. Hablaban en árabe, por lo que ninguno de los presentes pudo entender a cabalidad lo que allí estaba pasando. Lo que todos comprendieron fue que la emoción y la alegría de estos árabes era inmensa. Luego de intercambiar breves palabras de explicación, don José pidió excusas para regresar a su trabajo, prometiendo que al día siguiente los visitaría a alguna hora.

- Almorzarás con nosotros, dijo Corina.

- En su nombre le prepararé el café.

Nunca regresó a trabajar al Casino Español. Ya al día siguiente se incorporó a trabajar a la tienda de Jorge y se fue a vivir en la misma pieza que se mantiene ocupando aún la noche anterior al inicio de su partida desde Chillán al sur.

Antes de partir desde Chillán, no estaba nervioso por el hecho de tener que vender y comprar ni tampoco por trabajar.

Tampoco por el viaje mismo.

Era simplemente la intuición de que entraba en las últimas etapas del camino correcto.

SEIS

En el Tarot, el Arcano Mayor VI representa a Los Enamorados: el amor y el entusiasmo no bastan para caminar en el mundo. Es preciso saber elegir, saber decidir. La indecisión se rompe conociendo la tarea pendiente y las opciones reales.



No era necesario ni decirlo ni negarlo, pero esa noche Don José tenía el miedo propio de quien sabe que da los pasos debidos. Como lo que siente el actor, justo antes de salir a escena el día del estreno; o el deportista, minutos antes de la largada de la carrera final. Sabe que puede hacerlo, debe hacerlo. Termina el tiempo de la espera.

Ha viajado mucho, hasta llegar. Falta el último empujón para conocer la tierra que será su hogar.

Sus voces en la mente se lo decían.

Siempre le habían hablado estas voces, tanto en sueños como despierto. Y él se enfrentaba a ellas, ahora con madurez; pero antes, cuando era sólo un niño, con mucho miedo.

Las voces, entonces, eran contradictorias, planteaban una duda entre lo racional y lo mágico, lo

estructurado y lo emocional, lo evidente y lo oculto. Como las dos caras de una rueda que gira, portadora del karma, de todos los mensajes que dicen cuáles son las tareas que debemos cumplir.



Cuando allá, junto al Mediterráneo, rodeado de desiertos, las pesadillas se hicieron más fuertes y estaba avanzando hacia la salida, otra voz hablaba en la mente de Youseff y le decía que no pensara en esas pesadillas como nacidas de magias o brujerías, sino que asumiera todos esos terrores interiores, propios de los hombres del desierto. Así crecían ellos, así conocían la vida y se convertían en adultos poderosos, capaces de resistir fríos, soledad, calores, hambre, silencios.

El mar y la noche traían estos mensajes: maduraría, progresaría, se haría amigo de los miedos, podría habitar tranquilamente las montañas de arena, los roqueríos llenos de serpientes y alacranes, las costas solitarias. Para tener respuesta, en lugar de recurrir a entretenimientos propias de las mujeres, debía hablar con sus hermanos o con otras personas razonables.

Esa voz «precavida», tan distinta de las otras voces que lo impulsaban a buscar la respuesta más allá de sí mismo y del tiempo, le decía que los temores nocturnos se calman, en la adolescencia, con paseos a caballo, gimnasia, carreras, excursiones a la cima del Carmelo, cacerías de lobos.

Esa voz «razonable», le hablaba con explicaciones estructuradas y pretendía acallar aquellas otras que reclamaban una apertura interior di-

ferente. No valía la pena seguir derroteros inexplorados o creer en afirmaciones que nadie podía probar: sólo lo alejaban de los quehaceres de todos los días.

Pero amanecía en el Monte Carmelo, se iluminaba el mar de los árabes exploradores, el desierto se coloreaba de sol que se derramaba en los techos de las casas, de las carpas, en los trajes de hombres y mujeres que comenzaban a moverse mientras los ruidos de pájaros y camellos, los aromas frescos de la aurora mediterránea, rasgaban la racionalidad del adolescente. Decidió hacer caso a las otras voces, a esos impulsos venidos de otro rincón del alma que lo llevaban a indagar por terrenos vedados hasta ahora, para encontrar en ellos las explicaciones necesarias, las respuestas a las preguntas que él aún no formulaba.

En voz alta.

∞

Porque alguna debía ser la causa de que le pasaran todas estas cosas.

Para esos sueños terribles, para esos dolores del alma que le sobrevenían cuando dormía y para esa sensación opaca en las mañanas, cuando faltaban las ganas de moverse, de salir en busca del sol o de ese quehacer rutinario que conocía tan bien.

Conocía la rutina y, aunque en cierto modo la amaba, le parecía empobrecedora.

La vida, se decía en sus alteradas pulsaciones de adolescente a los pies del Monte Carmelo, tenía más facetas, debía existir un sentido más allá de esta constante reiteración: darse vueltas y vueltas por el

pequeño puerto, caminar hasta la playa y mirar alternadamente mar y desierto, reconocer por sus nombres a los chivos y a los burros del vecindario, observar el curso del sol y preguntarse por qué siempre hace exactamente lo mismo, ayudar a sus hermanos mayores a vocear las mercaderías o trasladar los bultos con productos destinados a la venta en las tiendas del padre.

Buscaba una respuesta, porque los sueños eran terribles y ya tenía miedo de dormirse o de levantarse. Su alma juvenil se sentía agitada, conmovida.

Youseff despertaba tres o cuatro veces cada noche, gritando, llorando, con sueños angustiosos que olvidaba. Despierto, mantenía esa misma sensación, pasaba horas en alternancia de vigiliass y sueños y la angustia seguía aunque se durmiera, porque los sueños terribles se repetían incansablemente.

Meses, muchos meses, soñando y luego despertando, siempre con una angustia, que lo seguía ya despierto, pasando a ser parte del mismo mecanismo rutinario, de la misma costumbre, que si no fuera porque no le gustaba, tal vez habría aprendido a convivir con ella, acomodándose.

Pero, sabía perfectamente que esto no podía continuar.

Si bien la sensación de angustia permanecía y era inolvidable, Youseff, al despertar, no era capaz de recordar de esos sueños sino imágenes difusas y lejanas, tan difusas y tan lejanas, tan poco claras, tan poco

aterradoras cuando eran sometidas a la memoria racional, que prefería repetirse, haciendo coro con esa otra voz que le hablaba, que ello no era importante, que no debería preocuparse más, que eso también era parte de la vida, como el trigo, los peces, los corderos, el sol y la arena.

Estaba seguro, sin embargo, que algo tendría que hacer. Había escuchado decir, ya no sabía bien a quién ni cuándo, como parte de la sabiduría de sus pueblos, que lo más importante de los sueños era justamente lo que no se podía recordar.

Estaba en medio de la tensión.

Tal como la tensión de los viajes.

O ese viaje que él había iniciado una madrugada como polizón en un barco que salía de Palestina y que podía estar comenzando su culminación a la mañana siguiente, en el empujón final, hacia el descubrimiento de su destino.



Su travesía, conformada por tantas etapas, construía una ruta que va desde el oriente hacia el poniente.

Los viajes emprendidos siempre habían sido mucho más largos y más inciertos, que éste desde Chillán hasta Renaico y desde allí, cambiando de tren, hasta Angol. Lo empezaría cuando tomara el tren, a la mañana siguiente.

De hecho, había cruzado el mundo, desde el oriente del Mediterráneo, la tierra de las cruzadas, la

tierra de Cristo, la Palestina mítica, recorriendo gran parte de Europa, hasta tomar otro barco que lo trajera hasta América.

Abandonó Palestina, en el puerto de San Juan de Acre y, luego de cruzar el Mar Mediterráneo y el Océano Atlántico, había desembarcado en Buenos Aires.

Desde esa ciudad fascinante, tan inglesa en cierto sentido, tan italiana, en otro, había comenzado a avanzar hacia la cordillera. Algo en tren, algo en carretas, algo a lomo de mulas o caballos.

Cuando llegó a Mendoza no tenía recursos. Su trabajo como camillero de hospital fue terrible, pues en realidad aunque se le decía «camillero», era mucho más que eso. Transportar heridos y muertos, cuidarlos, recibir sus vómitos, sus quejas, los peores pesares, sentirlos morir a su lado. Y luego hacer los aseos con toda la mezcla de olores y colores tan diversos. No hay mugres sutiles en los establecimientos de salud. Lo pasó mal, pero consiguió ahorrar, pues incluso dormía y comía en el mismo dispensario.

Sabía que tenía que avanzar más allá de la cordillera, hasta encontrar el mar que su padre le había mostrado en los mapas, el enorme mar que regaba las tierras de América y de Asia.

Las distancias no lo asustaban.

Siguió la ruta. Consiguió que lo ayudaran a pasar la cordillera. El tenía todos sus papeles en regla, pero quería ahorrarse el valor del ferrocarril. Preguntó por otros procedimientos y todos hablaban de las mulas

y las carretas, pero los baquianos cobraban casi tan caro como el tren. La explicación, muy simple: si acaso alguien eludía el tren, no era por dinero sino porque o quería pasar ilegal o tenía contrabando. Entonces, debía pagar la ayuda.

En su estada en el Hospital, había tenido ocasión de conocer a un sacerdote de mediana edad, que iba a asistir a los enfermos o a rezar los responsos para los muertos. Sacrificado, siempre se encargaba de atender a los recién fallecidos, incluso en las labores más difíciles, esas que cuestan tanto a los familiares: vestirlos, limpiarlos, prepararlos y dejarlos en condiciones para la digna y cristiana sepultación. Más de una vez alternó con él, conversando sobre tantas cosas distintas que la vida depara a las personas y sus respectivas experiencias.

Fue naciendo, no una amistad, pero sí un cierto compañerismo entre estos dos personajes -un joven inmigrante árabe y un sacerdote español radicado en Argentina- que se abrieron hacia otros contactos más allá de los encuentros casuales en el Hospital. Gran parte de las conversaciones tenían que ver con el hecho de que el joven tuviera formación islámica. El conocía a los cristianos y en Palestina alternaba con ellos. Pero, el sacerdote no conocía directamente a ningún musulmán vivo y su único contacto con los seguidores del Profeta Mahoma era por la cultura que habían dejado en España. El contacto resultaba muy interesante para ambos: pues mientras el sacerdote conocía una nueva perspectiva de esta religión tan curiosa en muchos sentidos, el musulmán se adentraba en las categorías morales y la idiosincracia del mundo al que llegaba.

Una noche, de esas frías y lluviosas al terminar el invierno, el joven José contó al sacerdote que tenía intenciones de ir a Chile. Junto a un delicioso mate - costumbre que no habría de dejar jamás- contó al sacerdote que él tenía ciertos objetivos que no podía realizar en Argentina. A una pregunta, negó que se tratara de asuntos de dinero, pero el cura, que lo veía tan excesivamente ahorrativo, no le creyó, sobre todo porque mantenía el silencio respecto de otras razones que pudieran impulsarlo.

El sacerdote le ofreció guiarlo, asegurándole que lo podía llevar hasta la frontera, pero que él no cruzaría. ¿Cobro? Una módica suma, fijada sólo después de una larga insistencia de José, quien sostenía que nada debía ser gratuito. Valoraba la amistad, pero le insistió tanto, que el sacerdote fijó una cifra simbólica.

Partieron en las mulas del cura, con los pocos bultos de José, bien atados. El cura le hizo ver que los objetos de valor debía esconderlos muy bien, para evitar la acción de los bandidos.

- Yo siempre llevo el dinero junto al corazón, dijo mostrando su camiseta.
- Eso es muy arriesgado. Perderás el dinero y la vida.
- Si pierdo la vida, ¿para qué me sirve el dinero?

De todos modos, el cura insistió y José siguió la sugerencia de instalar el dinero y las cosas de más valor escondidas de tal manera que ningún ladrón, salvo que estuviera en el secreto, pudiera encontrarlo.

Ya se hacía de noche cuando llegaron cerca de la frontera.

- Te acompañaré esta noche y mañana, de amanecida, podrás cruzar hasta la aduana chilena. No es bueno hacerlo a esta hora.

Agradeció.

Hicieron fuego, cocinaron algo sencillo y tomaron mate hasta que el sueño los venció. Don José, ayudado por yerbas sedantes agregadas sin su conocimiento al mate, cayó en un sopor profundo, del cual sólo salió cuando el sol de la mañana le dio en el rostro. No estaban ni el cura ni las mulas ni los bultos.

Le había robado todo.

No podía creerlo, gritó con ira y lloró de impotencia. Repuesto, en una actitud digna de un musulmán, se lanzó caminando hacia la aduana chilena.

Llegó al territorio de Chile a pie y sin nada en los bolsillos, salvo su pasaporte.

Después de esta aventura, ni la distancia ni las sorpresas serían capaces de asustarlo.

∞

Pero en esta noche previa a tomar el tren en la estación de trenes de Chillán, José está nervioso.

Durante toda la cena y en la sobremesa nocturna, Jorge intentó distraerlo hablándole de sus propias aventuras. Jorge y Corina no tenían hijos, lo que les daba gran libertad de movimiento. Partían fácilmente a recorrer todos los lugares hermosos de las cercanías. Habían llegado hasta los lagos, conocían Temuco y las reducciones indígenas, habían recorrido cerros y cordilleras. Lo que más les gustaba era ir a los

lagos y los ríos, en los cuales Jorge pescaba salmones hermosos. Eran lagos enormes, con grandes islas llenas de animales y ríos lluviosos, navegables, que habían sido atravesados por piratas extranjeros, el primero de los cuales había sido un fenicio y el último un italiano.

Pero en esta noche, anterior a la que don José tomaría el tren en la estación de Chillán, luego de haber fumado un primer cigarro y antes de empezar a calentar el mate, Jorge, que se había dado cuenta de lo que le estaba pasando a su amigo, llenaba las horas hablando de sus propias aventuras por el sur, de sus viajes por uno y otro mundo, de las reducciones indígenas, de Imperial, de Puerto Saavedra, de los lagos, de los ríos, de las lluvias, las cacerías, el olor de la leña y la humedad.

Quería que su amigo durmiera bien, tranquilo y estuviera en óptimas condiciones para la larga jornada que se iniciaría cuando el tren comenzara a moverse hacia el sur.

No tenía claro exactamente por qué ni cuánto, pero sabía que el viaje era para este nuevo amigo, coterráneo, inmigrante como él, mucho más importante de lo que podía ser para cualquiera.

Jorge hablaba de corrido, no muy rápido pero sin puntos aparte, evitando las interrupciones, con una cadencia suave, sin estridencias, algo gutural propio de su lengua materna.

Don José escuchaba, silencioso, solemne, con sus ojos claros mirando al infinito, al mundo que se abría tras las palabras -árabes y castellanas- de este

buen amigo, hombre generoso que le había dado hospitalidad y mucho más que eso. La voz y las imágenes que desarrollaba Jorge eran justo lo que podía necesitar don José en la víspera de iniciar un viaje destinado a solidificar de una vez por todas su posición en la tierra.

Porque, el objetivo explícito de este viaje era juntar dinero para ser capaz de montar sus propios negocios, de ganar lo suficiente como para instalarse, para quedarse en algún lugar, tener su casa y de allí no moverse, tener hijos, hacer una vida normal como todos los hombres y terminar ya con este recorrido por el mundo, imparable, sin sentido, le había dicho Jorge un día, antes de que se hubiera resuelto a emprenderlo.

- ¿Por qué dices «sin sentido»?

Cuando le formuló la pregunta a su amigo, se dio cuenta, por primera vez, que nunca le había participado de nada, que Jorge desconocía hasta el menor antecedente sobre sus planes.

SIETE

En el Tarot, el Arcano Mayor VII representa a El Carro: al enfrentar la senda de la luz, la persona sabe que es su deber tomar las riendas de su carro, conducir esos caballos que buscan salidas distintas. Es cada uno quien debe saber conducir su propio carro.



Durante dos o tres meses, don José estuvo trabajando en la tienda de Jorge. Sus conversaciones se limitaban a dos temas: las explicaciones de Jorge sobre la idiosincracia del país que los acogía y los relatos del recién llegado sobre sus aventuras al recorrer el mundo.

Más de una vez le preguntó por sus planes y entonces don José se lanzaba a soñar, hablaba de parajes maravillosos en medio de las cordilleras, hablaba de amor, de sus travesías, de cerros boscosos, de campos llenos de frutales, de una tierra amarilla por el trigo que crecía casi sin necesidad de ocuparse de él. Y casi siempre era así, con lo que las preguntas de Jorge terminaban en conversaciones acompañadas de sabrosos licores y almendras saladas.

Transcurrido este tiempo, Jorge, que era un hombre cauto y muy respetuoso, le hizo ver una tarde que si bien no era un hombre viejo, estaba en la edad justa para pensar en tener hijos.

- ¿Quieres tener hijos?

- Seis.

- ¿Cuándo?

- Pronto, Jorge, todo tiene su tiempo. El momento ya está llegando.

La respuesta era demasiado asertiva como para que se justificara profundizar por allí, pues daba la impresión de que para don José el futuro era tan preciso y seguro como el pasado.

Y esa fue la vez que Jorge le dijo que su vida le parecía fascinante, llena de aventuras, de amores con mujeres hermosas, de travesías por ciudades espectaculares y por paisajes dignos de mejores relatores, pero que todo esto parecía una travesía sin sentido.

- ¿ Por qué dices «sin sentido»?

Jorge lo miró, sorprendido por la sorpresa, interpelado por una pregunta que no esperaba. Para él era «sin sentido», porque no conocía el sentido de la vida de su amigo.

- Por decir.

- Tal vez tenga sentido.

- Tal vez, pero no parece.

- Pero lo tiene.

Y los ojos de don José brillaron con la misma sonrisa gris de aquella vez en el Casino Español.

Jorge no insistió de inmediato, pero a los pocos días ya intentaba hacerle ver que si bien él podía

darle hospitalidad para siempre o compañía por toda la vida, lo podía tener en su casa como huésped por muchos años, para él era grandioso tener un amigo tan entrañable y tan buen trabajador por añadidura, en realidad le parecía que un hombre ya con treinta y seis años o por cumplirlos, requiere de instalar una casa propia, fundar una familia.

No se trataba sólo de prosperar en términos económicos, sino también de asentarse, establecerse.

- Jorge, tú comprendes que yo he viajado mucho desde que llegué a esta zona y te he interrogado sobre la gente. Bien, quiero que sepas que yo he venido desde nuestra tierra no solamente a buscar riquezas o a explorar nuevos mundos. Tengo una tarea, de la que no te he de hablar ahora. Pero para eso necesito prepararme y quiero que tú me ayudes. Mi vida tiene un sentido.

∞

Don José había llegado, guiado por el instinto, a una ciudad del sur de Chile, el último país del mapa, arrinconado contra el mar, estrechado por una cordillera y por eso se atrevió a decirle a su amigo y benefactor que ya estaba cerca de la meta.

- Debo encontrar un lugar entre dos cordilleras, un hermoso valle, con ciertas características como las que tantas veces te he descrito. Allí me instalaré.

Ya estaba en el sur del mundo, más allá de todos los mares, dispuesto a mirar de frente, desde otro lado, con otros ojos, su propia Palestina.

Si acaso no se equivocaba, ya lo habría de comprobar, su amada Palestina, el San Juan de Acre de

Amina, de Alia, de Fadleddín, quedaba por fin claramente hacia el poniente, teniendo sólo el mar en el medio.

Estaba entre paisajes desafiantes. Tal como se lo había dicho Amina, había llegado al punto casi exacto en la relación del eje Oriente- Poniente.

Pero, ¿cuánto más al sur tendría que ir?

Don José se estremeció.

Cerró los ojos, él decía tener una gran confianza, pero en verdad temía que el tiempo se fuera, que errara las rutas o equivocara los cálculos. Buscaba un lugar y a personas concretas, todo lo cual debía producirse en el tiempo adecuado. Se había preparado para esto desde que encontró la respuesta para esas pesadillas terribles.



La niebla, un viento suave pero persistente, una mujer, el desierto y tal vez una sensación de muerte.

Eso era lo único que recordaba de sus pesadillas. Lo demás lo olvidaba.

Pero Youseff, saliendo a las calles, ya despierto, mantenía esa angustia terrible, esas ganas de llorar, ese miedo, esas contradicciones. Ideas contrapuestas que lo llevaban de un lado a otro: era como si estuviera atado de pies y manos a una rueda que a veces gira para un lado y otras al contrario, sin ritmo ni concierto. Entonces puede quedar de cabeza o de pie y nunca sabe cuándo sucederá.

Youseff estaba complicado.

Escuchaba a los mayores decir que, cuando uno está en esa edad de los trece o los catorce años, todo parece tremendamente importante y se puede jugar la vida por asuntos que no son sino tonterías. Entonces tal vez todo esto no era sino una cuestión baladí, de la que no había que preocuparse, sólo esperar hasta cumplir los quince y se pasaría.

Pero, en verdad eran tan fuertes las pesadillas, que creía que podría morir sin llegar jamás a la edad en que estas cosas se pasan solas. Cuanto tiene importancia a cierta edad, había escuchado decir a sus tíos mayores, deja de tenerla al ser mayor.

Según ellos, sólo había que confiar en los adultos razonables y a ellos contarle este tipo de preocupaciones. Pero, cuando se acercaba a ellos con ánimo de hablar y escuchaba sus conversaciones, recordaba esa sentencia de que todo se pasa solo, se decía a sí mismo: más le valdría esperar guardando silencio.

Quería contarle a Alia, pero su miedo a que no fueran sino consideradas tonterías de la edad, lo paralizaba.

A punto de enloquecer, Youseff está demasiado confuso, porque no logra comprender si esta importancia que él le da a su situación es simplemente la inmadurez de la adolescencia o algo más serio. Y tiene miedos de dormir, tiene miedos cuando duerme.

Tal vez no haya que preocuparse, sino esperar. Y está cada vez más delgado y más pálido, pero eso no importa, dirán los hermanos, quienes lo atribuyen a las

primeras pasiones de la juventud o a las vigili-
as inevitables de algún enamoramiento.

Youseff corría hacia la playa, pues allí, frente al mar podía llorar un rato y luego descansar. No hablaba de lo suyo, no explicaba ni su palidez, ni sus silencios, como si a nadie le importara, como si no hubiera persona alguna en quien confiar.

Y la angustia aumenta. A niveles incontenibles, expresándose de modos que nadie parece observar.

Salvo Alia, que lo quiere mucho y lo observa cada día, va descubriendo que cambia y sabe -siente, más bien, cree saber- que no es sólo cuestión de la edad.

Una madrugada, cuando el sol estaba a punto de salir, Alia escuchó los gritos, no ya con el alma como le sucedió muchas veces, sino con sus oídos muy reales y concretos, desde el dormitorio de Youseff.

Supo que debía tomar el toro por las astas. No había tiempo que perder. Y, en el más total silencio, como si fuera un hada mágica que no necesitara pisar ni desplazara viento al correr, cruzó los espacios hasta llegar al lado de Youseff que, aun durmiendo, gemía y lloraba. Lo abrazó, le dio su calor y besándole la frente acogió sus lágrimas mientras se despertaba.

∞

- No se es siempre joven-, había dicho Jorge, que ya pasaba la cuarentena.

Y eso don José lo entendía. Lo entendía muy bien.

Sabía que la vida transcurría, inevitablemente transcurría y podía suceder que el tiempo se le fuera.

Y si el tiempo se le iba, también conocía las consecuencias.

Y no las quería. No de nuevo.

OCHO

En el Tarot, el Arcano Mayor VIII representa a La Fuerza: la verdadera fuerza está en el espíritu, que permite poner en movimiento la infinita capacidad de salir en busca de sus propias durezas, de las rebeldías y las dificultades y domarlas con suavidad y astucia.



Don José conocía las consecuencias para su vida si acaso el tiempo se le iba. Nunca antes, tenía las cosas tan claras como ahora. Si nuevamente dejaba pasar las oportunidades, teniéndolo todo tan cerca...

Debía evitarlas. Lo primero y fundamental era tener una actitud positiva, clara, con la mente triunfante y victoriosa, según había escuchado decir a un viejo beduino de la Transjordania.

Estaba en el atrio, lo sabía. Estaba en el borde del arco que debía cruzar.

El arco de los arcos, el mayor de todos, lo más importante, por primera vez, consciente de la posibilidad de cerrar el círculo, cumplir su tarea.

Estaba en la antesala de la victoria. Debía acceder a ese lugar y nuevamente lo cogía un miedo poderoso, energético, especial, que no desquicia ni altera en apariencia, pero paralizante. Tiene relación, más que con el peligro o la desgracia, con la precaución ante

las decepciones o el encuentro del abismo, del vacío, en vez de la gloria y ese calorcito rico, como el de la salamandra, que proviene de las victorias profundas y sólidas.

¿Será verdad que está a punto de dar un paso trascendental, cercano a descubrir las coordenadas finales?

¿O es todo esto un autoengaño, un terrible autoengaño, fraguado por él mismo para huir de su vida, para escapar de las obligaciones que los turcos imponían a su pueblo, para buscar aventuras como un simple viajero de los que su pueblo había producido tantos o como un vulgar cobarde, de los que su pueblo se avergonzaba?

Todo ya encaminado, veinte años de trayectoria, de peligros, de viajes, de busca, de caminos ignorados, de sorpresas.

Tenía catorce años cuando Alia llegó hasta su cama de madrugada. El lloraba en su pecho y vieron juntos salir el sol desde el desierto, buscando el mar para saludarlo, para rendir homenaje al Carmelo, monte solemne que se alzaba desde los bordes de su propia carpa, a darle el afecto que tanto necesitaba.



Ahora tiene treinta y cinco años.

Es simpático en su forma de relacionarse con los demás; entretenido en las reuniones sociales y en las conversaciones con los amigos; tiene habilidad para trabajar en las cosas más variadas y ganar dinero;

experto jugador de cartas y de *table*^{*}, gana y pierde, apuesta fuerte, es arriesgado y un día puede perder todo lo que lleva en el bolsillo y al día siguiente recuperarlo, a partir de poco más que una esperanza. Canta, ríe, tiene ropas elegantes, vende como nadie, compra a los mejores precios, es honrado y divertido, conquistador galante, tiene más mujeres tras él que las que le gustaría, cocinero excepcional, come con placer, toma sin excesos y se divierte con su vida.

Pero a los treinta y cinco años, no basta con ser simpático y entretenido, con hacer trabajos ocasionales, ganar unos pesos, jugarlos a las cartas y al *table*, ganarlos o perderlos, tener un poco de ropa elegante para impresionar, salir de paseos, tomar unos tragos con amigos del momento.

A esta edad ya se sabe que la vida no es sólo eso. Sobre todo él lo sabe. Y no se atraviesan los mares y las cordilleras sin un sentido claro o por lo menos sin la voluntad de proyectarse, sin una meta más o menos precisa.

Y estas ideas le daban vuelta por la cabeza.

La misión, la tarea, el sentido.

La misión que alguna vez asumió y que no ha cumplido todavía. La tarea de responder ahora, para terminar, para cerrar el ciclo. Todo esto le da un sentido a su vida.

* Nota del editor: Es un juego para dos rivales, con quince piezas para cada uno, que se desplazan por 24 casilleros de un tablero. Se ha popularizado en occidente con el nombre de «back gammon». Es posible jugar varias modalidades y se apuestan fuertes sumas de dinero. Por algunos es considerado el más cruel de los juegos.

Entonces tomó sus decisiones.

Una tarde, al cerrar el comercio, don José invitó a Jorge para que, antes de irse a casa, fueran a conversar al Casino Español, a compartir un licor, un aperitivo de chorizos y aceitunas traídas del Norte.

A don José le gustaba ir al Casino Español.

Se sentía contento de entrar en un lugar que le traía tan buenos recuerdos, pues no sólo había sido el primer trabajo que tuvo en Chillán, sino que justamente en ese lugar se había conocido con sus amigos Jorge y Corina, que lo habían acogido. También se sentía orgulloso de entrar, ahora pagando con su propio dinero, luego de haber trabajado como pinche de cocina bajo ese techo. Y era muy bien recibido, con respeto y amistad, tanto por los parroquianos como por sus antiguos compañeros de trabajo.

Quería conversar acerca de su ya tomada decisión de iniciar una nueva vida.

- Lo primero, dijo, es ganar algo de dinero por cuenta propia. Es decir, tener mi propio negocio.

Había resuelto ser vendedor viajero, comprar mercaderías finas en Santiago o en Chillán, para salir a venderlas por los pueblos del sur; telas importadas, ropas hechas, fajas y corbatas, sombreros de última moda, espejos alemanes, prendedores y collares de fantasías finas, perfumes europeos, talcos y cosméticos para las damas, peinetas, guantes, juegos de cartas, porcelanas, abanicos, en fin, todo lo que podía caber en maletas y bultos fáciles de transportar en trenes o en carretas.

Jorge lo escuchó con atención y cariño.

- ¿Por qué viajero?

- Te lo dije hace un tiempo. Debo encontrar determinado lugar. Para eso no puedo quedarme instalado en Chillán.

Pues su objetivo no era simplemente ganar dinero o instalarse en algún lugar para casarse y tener hijos. No, él quería iniciar la fase final de su búsqueda. Estaba ya próximo y a eso había venido al fin y al cabo.

El punto más difícil de este proyecto era determinar hacia dónde ir a vender. Pues se podía viajar hacia muchos sectores.

Al sur en todo caso, porque para el norte estaba Santiago y a los lugareños les podía ser más fácil llegar hasta la capital para abastecerse. Pero también por otra razón: no debía alejarse de la ruta en la cual creía que estaba su destino final.

Una posibilidad era rumbear hacia la costa, la zona de Cobquecura frente a Chillán, entre Concepción y Constitución, toda la franja al sur de la desembocadura del Bío Bío, región hermosa y aparentemente poco explorada, algo patrullada por grupos de militares luego de la revolución de 1891, pero ahora ya enteramente pacificada; pese a que circulaban rumores de que un cierto capitán balmacedista se había instalado en un pequeño pueblo costero de alguno de los ríos grandes del sector, tal vez el Itata, Quilacoya se llamaba o algo así, ni siquiera figuraba en los mapas de ese tiempo, y asaltaba a cuanto extraño pasara, atribuyéndole el carácter de enemigo del pueblo.

Jorge le recomendaba esta ruta, no debía

temer a este personaje, le decía, pues mucho antes, otro palestino, Garib, que finalmente terminó instalándose en Requinoa, había recorrido toda esa zona vendiendo y jamás informó de asaltos o algo por el estilo, por el contrario, se hacía cada vez más rico. Era una región con mucho futuro, al decir de algunos, pero a la que don José le tenía cierta desconfianza.

- Son agricultores que ganan dinero y se van a comprar a Santiago. O a París, a pesar de la guerra.

∞

Miraba hacia el sur, más allá de Temuco, cerca de Valdivia o la zona de Los Lagos, que don José ya conocía. Hasta allí había llegado a saludar a un amigo, de Belén, venido algún tiempo antes que él.

Se llamaba Youseff Mahmoud. Hombre de gruesa contextura, ágil de mente, había llegado a San Juan de Acre en busca de aventuras y dinero.

Tenía cinco o seis años más que Youseff, que ya superaba los quince y tomó contactos con familiares suyos que vivían en el norte palestino. Luego de estar allí un tiempo, resolvió emigrar. En esos días justamente estaba Youseff enfrentando su proceso de búsqueda de respuestas. Aún no pensaba viajar. Youseff Mahmoud, el belemita, en cambio, tenía decidido irse. Se daba cuenta que, de lo contrario, moriría a manos de los turcos, porque los detestaba y eso lo manifestaba permanentemente. Día tras día hablaba a su amigo de las intenciones de irse. Youseff no se sorprendió cuando Youseff Mahmoud le contó que había recibido carta de un tal Atala, que se había ido a Chile, América del Sur, y le ofrecía hospedaje.

Le dijo:

- Para ese país me voy.

Pero Youseff tenía todavía mucho que descubrir antes de viajar. Para él mismo resultó una sorpresa cuando se dio cuenta, tiempo después, que las tierras a las que debía partir eran nada menos que las mismas a las que se había ido a instalar su amigo. Cuando llegó a Santiago, entendió que en América las distancias son otras y que no era como viajar desde San Juan de Acre a Belén.

Se escribieron varias veces y cuando don José estaba en Santiago trabajando con los Hirmas, encontró a su conterráneo que había venido desde Valdivia a comprar mercaderías.

Grandes abrazos y promesas de visitas, que don José no habría de cumplir sino muchísimos años después, cuando ya hubiera tomado la decisión de casarse y quisiera hacerlo prometer que sería el padrino de su hija mayor.

- De todos tus hijos o de ninguno, respondió Youseff Mahmoud.

Y don José aceptó.

Para las intenciones comerciales del viaje que estaba por emprender, no valía la pena elegir una región ya tan bien cubierta. Pensando en su misión, don José tenía la certeza de que debía explorar otras zonas más cercanas.

Para tomar la decisión respecto del lugar donde desarrollar la exploración, debía estudiar algo de geografía, algo de historia, conocer muy bien la tierra

que recorrería. Ya había hecho un par de intentos guiado por la intuición, que no lo habían conducido a nada. Ahora había que actuar con seriedad y rigor: estudiar.

El primer problema que enfrentaba era que le costaba leer en castellano. Lo hablaba con soltura, pero no lo leía.

La verdad es que pasarían muchos años antes de que pudiera hacerlo con facilidad. Sólo después de que sus hijos e hijas ya estaban crecidos, fue capaz de leer y escribir bien el idioma, pues la relación con ellos, la obligación -la obsesión- de ayudarlos en sus deberes escolares, le significó un desafío enorme que resolvió asumir en plenitud y hasta el final.

Entonces, para saber de historia y de geografía, fue al Liceo de Chillán y se presentó ante uno de los profesores, don Eduardo Paiva.

Eligió a don Eduardo Paiva muy conscientemente. Había escuchado hablar bien de él, en el sentido de que era acucioso, inteligente, tolerante y preparado. Sentados en el patio del Liceo, a la sombra de un añoso árbol, le explicó algo de lo que le interesaba. «No todo, para no asustarlo», pensó con mucha razón, y le pidió que le diera clases particulares de historia y geografía de Chile.

El inicio de las clases marcó el comienzo de una rápida y profunda amistad. Desde ese día y por varias semanas, don José visitaba a don Eduardo Paiva en su casa, quien con libros y todos los mapas de Chile y de la región, extendidos en la mesa o en los muros,

sostenidos por los cuadros y el retrato del abuelo de su mujer, le iba mostrando todo el sur de Chile, las distintas zonas, le habló de la historia remota especialmente, aunque también de la más reciente, de la fauna y de la flora, de la fundación de las ciudades.

Logró situar exactamente la relación geográfica, de latitud y de longitud, entre su tierra natal -la histórica Palestina- y este continente; precisar la ubicación y tamaño de los mares; la dimensión de estos lugares; la ubicación de Chillán; la magnitud, antigüedad y características de las dos cordilleras; la descripción mágica del océano enorme que estaba al poniente; los paisajes y cultivos de los valles entre los cerros, cerca de las aguas del mar; y los nombres, descripción y localización de las cumbres más altas, allí mismo en las selvas llenas de pumas y loros, la cuna de los más importantes pueblos aborígenes.

Mirando el mapa entendió plenamente el viaje que había hecho y con un globo terráqueo en la mano, estableció la magnitud de lo que puede ser una travesía desde Chile hasta el desierto de Arabia, tierra del Profeta de Alá el Misericordioso, el Grande, el Unico, cualquiera que sea la ruta que se siga, pero sobre todo cruzando el mar.

Mirando el mapa, confirmó lo que su padre le había explicado



Don José aprendió todo lo que debía aprender, en sesiones largas y enjundiosas, pues su profesor era un hombre sabio, con gran vocación académica, que gozaba teniendo este alumno ávido de los conocimientos

que él podía entregarle y con la suficiente madurez para asimilar y requerir cada día más y más. .

Como contrapartida, don Eduardo Paiva no sólo recibiría sus honorarios, no cuantiosos pero sí justos, sino que aprendería de su alumno mucho sobre la vida. Después que don José tomó la decisión respecto del lugar a donde ir, para un primer emplazamiento y luego precisar el punto final, siguió reuniéndose con don Eduardo, ya no para escuchar lecciones de historia y geografía, sino para conversar largamente al amparo de un vino grueso y tibio, comiendo las sabrosas longanizas de Chillán, acompañadas de pan amasado con chicharrones, recién preparado y caliente, un poco de mantequilla fresca y mostazas alemanas que llegaban de importación. Muchas veces se sumaban a estas tertulias otros personajes, asiduos de la casa del profesor.

Don Eduardo Paiva era casado con la jovencita doña Marta Barlet, descendiente de catalanes y experta cocinera. Gozaba viendo comer a su marido y a sus amigos las exquisiteces que ella sabía cocinar, aprendidas a partir de la mezcla equilibrada de la cocinería local con las tradiciones de su madre patria.

Entre los contertulios había variados tipos de personas.

El que más llamó la atención de don José era el viejo Méndez, un agricultor de la zona, autoritario, gritón, de voz enronquecida, vividor, borrachín y disipador, pero muy simpático, que gozaba oyendo los relatos de don José y los interrumpía no sólo con sus ruidos cataclísmicos, toses de fumador, risas sísmicas o resoplidos por falta de aire entre el alcohol, las prietas,

las longanizas y los arroces con azafrán, sino también con acotaciones jocosas, con mucho sentido del humor, que si tal vez hubiesen sido menos groseras en el lenguaje empleado, habrían sido más celebradas por los presentes. Todos gozaban con las historias de don José, que tanto había recorrido, como un trotamundos eterno, nunca echando raíces, siempre dispuesto a partir de cualquier lugar, que había tenido tan variados oficios, amores con hermosas mujeres de todos los parajes, de todos los colores, de todas las edades, que sabía del Corán y de la Biblia, conocedor de historias maravillosas y mágicas, de genios en botellas, guerreros invencibles, marinos audaces, expedicionarios heroicos, aves gigantes, joyas enormes, elefantes convertidos en huríes y princesas transformadas en árboles de flores eternas y aromas trascendentes. Todo lo contaba en forma amena y liviana, jugando con las tonalidades de la voz y el brillo de sus ojos pícaros, seductores y casquivanos, como si la vida no fuera sino aventura. La conversación derivaba a otros tópicos y también don José se explayaba, ante la sorpresa de todos y las toses del viejo Méndez, pues sabía de magia, de juegos, de números, de astrología, de adivinaciones, de historias terribles, de mitos y tradiciones de muchos lugares del mundo.

El senador Aguirre, gran político izquierdista, viajaba a menudo a Chillán, un fuerte centro de poder del Partido Radical. Desde que llegaba a la ciudad, pasaba todas las noches, aunque fuera un ratito, a la casa de su correligionario y amigo, el profesor Paiva, participando activamente en estas conversaciones. La amistad de Aguirre con Paiva venía de antiguo, pues fue el profesor quien le dio a conocer a muchos de los

autores importantes que luego el político citaba en algunas de sus más destacas intervenciones en el Senado. Incluso se dice, no se puede asegurar, pero todo indica que era cierto, que estas visitas a Paiva obedecían al interés del senador de que le prepara algunos discursos sobre distintos temas o le estudiara proyectos de ley o documentos que llegaban a sus manos. No es que Aguirre no tuviera capacidad, sino que le faltaba tiempo.

El único hijo del profesor, luego del nacimiento de varias mujercitas, fue político del mismo partido que el senador a quien admiraba hasta el límite de la devoción, ganó concursos de versos cuando estaba en colegio y terminó dedicado al corretaje de propiedades en Valparaíso, guardando íntimamente su interés por lo político.

Se cuenta, en ciertos círculos reservados vinculados a la clase política chillaneja, que esas historias que el senador Aguirre escuchaba a don José lo marcaron de modo muy significativo, pues cuando mucho tiempo después alcanzó posiciones más relevantes, no es del caso mencionarlas en este relato que tiene que ver con el amor y otras cosas y no con la política, se apoyó en personas seleccionadas con especial atención, que tenían ciertas dotes misteriosas, mantuvo contactos con sectas esotéricas y, por supuesto, el respaldo de la magia y entonces todavía secreta masonería.

De ese modo pudo manejar sutilmente ciertas influencias que le permitieron obtener sus victorias políticas, estrechas siempre; aprovechar los malos aspectos astrales de sus rivales; y vaticinar guerras, revoluciones, derrocamientos, tratados de paz,

estabilidad económica, educación para todos y su propio triunfo. Tuvo sólo dos errores. El primero fue el terremoto de Chillán, que no sólo no pudo predecirlo porque tenía todas sus energías ocupadas en generar su propio y estrecho triunfo presidencial, sino también en su último discurso pronunciado allí mismo, en el calor propio de la estación y de la campaña, anunció que vendrían tiempos extraordinarios, tan sólo unos pocos días antes que todo se convirtiera en horror y muerte por el cataclismo. El otro, fue no ser capaz de anticipar su propia muerte mientras estaba en plena actividad política, para la que no estaba preparado y trajo mucho dolor colectivo. Este fracaso tuvo una explicación por parte de Lara, mago chillanejo, trasladado a Santiago años después como consecuencia del amor, diciendo que la muerte propia o ajena es lo único que se puede pero no se debe vaticinar, pues todos, a la larga o a la corta se mueren y es mejor no saber cuando, pues así uno está siempre preparado. O nunca, que viene a ser lo mismo.



El caso es que las lecciones de don Eduardo Paiva a don José tuvieron el resultado esperado, pues el palestino se fue haciendo la idea exacta de cada uno de los lugares y, mapa en mano, eligió la ruta: tomaría el tren que iba hasta Renaico y de ahí el ramal a Traiguén.

Esa sería su zona: la comarca situada entre los ríos Malleco y Traiguén, desde la ladera oriental de la cordillera de Nahuelbuta hasta la línea central del tren al sur, que bordeaba el nacimiento de la cordillera grande, la de las grandes cumbres nevadas todo el año.

Esos serían sus límites, los valles, las colinas

suaves y verdes por nueve meses en el año, doradas los tres del verano, que se extienden entre ambas cordilleras y entre Renaico y Traiguén.

Ahí encontraría lo que buscaba para terminar instalado en Traiguén.

NUEVE

En el Tarot, el Arcano Mayor IX representa al Ermitaño: para encontrar el camino, es preciso dar siempre un paso hacia el interior. Los procesos profundos y la soledad, son la antesala necesaria para todas las grandes tareas.



La zona en la que está emplazado Traiguén, un joven pueblo fundado hacía muy poco tiempo y lleno de inmigrantes europeos, es hermosa, con bosques y selvas, con animales pacíficos, colinas suaves como los pechos de una doncella, arroyos y lagunas, flores de colores.

La ciudad representa el límite sur del valle que corre entre las cordilleras, pero luego de conocerla, pensó que sería hermoso vivir allí con la familia que pensaba formar. Sentía que ese espacio tenía mucho que ver con él. Decidió que pondría su casa en ese paraje, sin saber que ello ayudaría a la necesidad de poner distancia con la madre de su mujer, una vez que se hubiera casado.

Cuando llegó a Traiguén, don José recordó los relatos de su padre. El era un adolescente cuando oyó a Fadleddín describir las tierras de donde provenía su familia.

-No somos de acá-, decía y se explayaba en descripciones fantásticas.

∞

A los catorce años, Youseff escuchaba sorprendido estos relatos, un poco incómodo, porque tal vez hubiera preferido no ser distinto de los otros habitantes del lugar, ser de allí mismo como todos. Era un muchacho alto para su edad, que ya medía un poco más de un metro setenta. Hermoso, los ojos brillantes variaban de color sin mediar la voluntad: marrón en las mañanas, aunque no hubiera tenido pesadillas; tonalidades de azules al mediodía; y gris al atardecer, pero un gris brillante, casi verdoso en los días nublados, tal vez instantes de un verde propiamente tal, como es el mar que moja la tierra salina y olorosa de Palestina.

Su tierra, esta tierra palestina, a los pies de su cerro, el Monte Carmelo.

La frente amplia, la nariz recta y larga, rasgos marcados y fuertes, un tono lánguido concedido por la mirada y la sonrisa, un compendio estético que excede los marcos raciales de los árabes comunes: fiel fruto de una tierra que fue regada con sangre de distintas razas y de una familia que tenía una historia larga, con una presencia en estas tierras desde tiempos inmemoriales.

- Desde que nos llamó el profeta, decía Fadleddin, el padre de Youseff.

Contaba hermosas, pero interminables historias sobre el origen de la familia. Cada día agregaba un pedazo de relato que nadie había escuchado antes. Sostenía que ellos venían de tierras muy lejanas, que

estaban más allá de todos los mares que se podía ver, más allá de la India y de la China, más allá de los siete mares recorridos por Simbad, lugares mágicos a los que sólo los fenicios y los egipcios habían llegado en busca de oro.

Los antepasados, decía en las largas tertulias donde sus hijos escuchaban con atención, pero sin creer, habían sido llamados por Dios para traer a los suyos a este desierto. La familia había sido convocada para un sacrificio en el servicio de Dios Todopoderoso, el Unico, el Invencible, el Misericordioso, el Sabio.

Debían abandonar su mundo de origen, tan distante, tan distinto, para venir a estos desiertos. Su origen estaba en tierras exóticas, llenas de plantas hermosísimas y frutos exquisitos por su sabor, sus aromas y sus colores; con paisajes que nadie podía imaginar desde estas tierras de sal y calor; montañas hermosas, llenas de riscos, quebradas y colores, selvas exuberantes, más aún que las de Africa, pobladas de animales pacíficos y alegres que no cesaban de cantar y jugar, sin bestias venenosas ni agresivas, regadas por lluvias fuertes, sonoras, que mojaban de verdad, mares azules en lugar de verdes, lagos de todos los tamaños, llenos de peces de más clases diferentes que las que puede suponer alguien con mucha imaginación, árboles majestuosos de maderas finas, duras y olorosas que se alzaban en los cerros y colinas de suave curva, compartiendo espacios con helechos de muchos metros, flores de colores y enredaderas que se extendían por las laderas de piedra, formando acantilados como poemas recitados por bellas huríes reservadas por Alá a los más fieles servidores del Profeta.

- Por eso, explicaba, tenemos rasgos distintos.

Los habitantes de Palestina del norte son diferentes de los de la parte sur. Otras mezclas, vientos, cultivos y alimentos. Un conocedor podría distinguir fácilmente a un hombre del sur de uno del norte, a uno de la Cisjordania de otro de la Transjordania.

Pero los de la familia de Fadleddín eran distintos en rasgos y estilos, incluso de los hombres corrientes de la Palestina del norte.

Algo en su postura, en sus ojos, en sus manos, indefinible a ratos, tal vez en el lenguaje, en una cierta arrogancia. Y entre los de la familia, hermosos y de gran presencia, destacaba Youseff.

Eso, que podía ser un mérito, a los catorce años, más aún con pesadillas de por medio, llevaba a Youseff a la profundidad de la angustia. Porque se sentía distinto de los suyos, de los demás habitantes de este pequeño poblado costero, con una vaga sensación distante y nebulosa. Preferiría ser del montón, ser igual que los demás. Temía que la distinción fuera una carga o una tarea superior a sus fuerzas.

Triste, melancólico, pero sobre todo asustado, porque no sabe qué le está pasando, con esas pesadillas en las noches, de las que nada recuerda, salvo la niebla, un viento suave persistente, una mujer, el desierto y una sensación de muerte.

Youseff era el menor de los tres hijos del segundo matrimonio de Fadleddin.

Fadleddín enviudó después de que su mujer le entregó cuatro varones y una niña. Casó entonces con

Nur, hermosa muchacha venida aún de más al norte. Era hija, explicaba Fadleddin, de un lejano pariente que, hacía varios siglos, luego de llegados de esas tierras lejanas, siguió avanzando hacia el norte, en busca de una mítica ciudad en la que todos vivían en paz y no había ni ricos ni pobres, precaviéndose de la llegada de invasores, y continuó hacia la zona de los montes fríos, donde habría de quedarse. Cientos de años después, regresó esta muchacha para contraer matrimonio con el patriarca viudo. El grueso de la familia se había instalado en Ake, antigua ciudad fenicia a los pies del Monte Carmelo.

De Nur nacieron tres varones, el menor de los cuales era Youseff, quien no recuerda a su madre, pues ella murió, cuando sólo tenía poco más de catorce meses de edad, al dar a luz su cuarto hijo, que tampoco sobrevivió.

Los primeros ocho años de esta segunda viudez de Fadleddin fueron de paciencia. Crió a sus hijos con la ayuda de sus hermanas, preocupado de ejercer una influencia directa él mismo.

Pasado este tiempo, lo consideró más que prudente, contrajo matrimonio con Alia, una bella muchacha de dieciocho años, ojos claros y pelo castaño. Con ella tendría siete hijos: tres hombres y cuatro mujeres.

Pese a su juventud, Alia fue una verdadera madre para Youseff, pues lo acogió y le dio cariño y protección. Youseff necesitaba el calor de una madre y en ella lo encontró. La amaba profundamente.

Por eso para Alia, aunque tenía ya sus primeros hijos, con sus propios problemas, sus miedos

y sus angustias, como a toda madre joven, no pasó inadvertida la angustia de Youseff: su rostro demacrado y más melancólico, esos gritos nocturnos que ella oía, más con el corazón que con los sentidos, las penas que se acumulaban en el pecho, la garganta y los ojos del muchacho.



Supo que Youseff tenía dolores profundos.

No era la pubertad, sino algo distinto, tampoco era asunto de salud. Alia, mirando a los ojos de Youseff en las mañanas o velando su sueño alguna noche, entendía que todo esto venía del alma misma, que el dolor era profundo, de esos que echan raíces.

Con todo su amor de madre, suave y vehemente, decidida y con la autoridad de la sabiduría, dijo a Youseff:

- Hay que consultar con Amina.

Youseff comprendió que se refería a él y se llenó de miedo súbito. ¿Es que acaso Alia adivinaba lo que él estaba padeciendo, sus sueños, sus pesadillas?

- ¿Amina?

- Sí, Amina.

- ¿Por qué?

- Ella sabe.

- Pero lo que me pasa, ¿no es normal en los jóvenes de mi edad?

- Vamos a ir, no te preocupes.

Y le acariciaba la cabeza, recogía sus lágrimas.

- Si me llevaras al médico...
- De esto no sabe el médico. Vamos donde Amina.
- Me da miedo.

Y ella lo miró con ternura.

- No temas, nada te pasará, dijo Alia, sabiendo que sus palabras no serían suficientes para tranquilizarlo.

En el pueblo muchos temían a Amina. Cuando Youseff traspusiera la entrada de la carpa estaría en el punto más agudo de esos temores, ahora fundidos en uno solo. Desde ese instante, la presión bajaría.

- Vamos a ir donde Amina, querido Youseff, deja este asunto en mis manos.
- Pero no le digas a mi padre.

Alia sonrió. Los hombres, pensó, no entienden estas cosas y se tendió junto a su hijastro hasta que el sol estuvo completamente levantado.

∞

Y los ojos de don José, cada vez que recuerda a Alia, se humedecen, rebalsa toda su ternura y repite esas palabras que le dijo a su joven y hermosa madrastra, la noche antes de embarcarse como polizón en un barco que salía del puerto:

- Gracias, Alita, por enseñarme aquello que los hombres no entienden.

Porque él empezó a conocer y comprender muchas cosas a las que los hombres corrientes se

negaban, estaban reservadas para los espíritus elevados, para los poetas y los músicos, para los magos de nacimiento o estirpe.

Y cuando, tiempo después, juró ponerle el nombre de Amina a una de sus hijas, pensó que a la segunda hija le pondría Alia. No supo que tendría que ceder el nombre de la segunda para ponerle el de la suegra, pero cumplió su deseo cuando nació la tercera.

- Se llamará Alia, dijo.

Y su mujer no sólo no puso problemas, sino que tenía muy claro que ningún otro podía ser el nombre de esa recién nacida. Sabía quién era la mujer que él recordaba con ese nombre y cuánto había llorado su muerte, sólo dos años antes. La noticia llegó por correo, escrita en árabe por uno de sus hermanos menores.

Don José estaba en su tienda y abrió el sobre, esperando buenas noticias.

«Hermano Yousseff, el Señor te bendiga, como ha bendecido a nuestra madre Alia que ha muerto hace unos días. Te recordó y envió un beso para más allá de los mares.»

José no pudo seguir leyendo, pues estalló en un llanto incontenible, allí frente a los empleados y los clientes.

- Los hombres no lloran, se decía en el pueblo.

- Los hombres de verdad también lloran. Sólo callan sus lágrimas los que temen ser confundidos con las mujeres, porque ellos no están seguros de su propia hombría. El llanto nos pertenece a todos.

Esta era la sentencia de Alia, pronunciada de modo categórico, cuando Youseff, muchachito de doce años, tragaba sus lágrimas para evitar ser visto por su padre.

- Fadleddín también llora, de pena y de amor. Lloró la muerte de tu madre anterior, Youseff, lloró de amor por mí cuando no quería entregarle mi corazón.

- Nunca lo he visto llorar.

- Pero llora.

Y don José rompió en lágrimas, con sollozos ahogados, tantos que su mujer, avisada por uno de los empleados corrió a verlo.

Intuitiva, en cuanto vio la carta, aunque escrita en un idioma incomprensible para ella, supo de qué se trataba. Dispuso luto de tres días en el negocio y llevó a don José a su cama, donde lo hizo reposar dos días enteros, pero al tercero lo obligó a levantarse para que recibiera a los visitantes que venían a darle las condolencias. De lo contrario, podría caer en una depresión. Tiempo después, cuando hacían el amor, don José pensó que ahora sí era el momento de engendrar a la tercera hija y llamarla Alia; y su mujer, al mismo tiempo, rogaba a Dios que le permitiera a esa segunda madre de su marido reencarnarse en alguna hija que naciera. Ninguno confesó al otro haber tenido esos pensamientos mientras se acariciaban, pero cuando nació la pequeña tercera hija de este matrimonio, no se dudó en el nombre.



Youseff confiaba en su madre segunda, pero temía visitar a Amina. Ese era un paso mayor.

Pero lo hizo. Y como él no quería que su padre se enterara, demoraron dos o tres días, esperando que Fadleddin saliera en viaje de negocios hacia Mádaba, al otro lado del Jordán.

Nunca tuvo más temor, más nerviosismo, más preocupación que cuando iba camino hacia la carpa de Amina.

Nacida del misterio, Amina no tenía edad.

Nadie del pueblo de San Juan de Acre puede precisar cuándo llegó o de quién nació: es como si siempre hubiera estado allí, antes que todos, más allá de las medidas del tiempo, de las lunas y de los soles.

Vivía en un mundo inalcanzable e incomprensible para las personas comunes y corrientes, protegida por los misterios, en el marco de la veneración y el recogimiento que los árabes experimentan por los que poseen la capacidad de conectarse con el infinito.

Youseff estaba aterrado mientras caminaba con Alia hacia la enorme carpa en que vivía Amina en las afueras de San Juan de Acre, tierra de Cruzados, de comerciantes, de misteriosos encuentros en busca del Grial con la espada en la mano. Pero su terror no se debía sólo a la maga, sino a lo que él sabía que tendría que describir.

- Cuando se llega a la verdad, había dicho una vez su padre, ya no se puede volver atrás.

Y, entonces, si acaso descubre el significado de sus pesadillas, de esos sueños que lo asaltan noche tras noche, si aclara esos mensajes crípticos del subconciente, descubrirá una misión para esta vida.

Y la misión sabida, pesa hasta que se cumple.

Se había resistido, desde el miedo en el interior de sí mismo, pero Alia era impetuosa en su suavidad y nada podía frenarla una vez que había tomado la decisión.

A pesar de no confesarlo, ella quería llevar a Youseff donde Amina, no sólo por las pesadillas del muchacho, sino porque quería penetrar en los secretos de esta misteriosa matrona.

Youseff quería encontrar una explicación, necesitaba una solución para sus sueños de horror, sus angustias, sus dolores del alma, sus insomnios. Era necesario saber y avanzaba, con todos los miedos desatados, pero confiado en que este paso lo ayudaría. Esto lo llevaba a un camino sin retorno, pues cuando se ha visto la luz, ya no es posible tapar el sol con los dedos.

La carpa de Amina estaba en las afueras del pueblo, exactamente en la sima del Carmelo, aquella parte que daba la espalda a las rocas y al mar. Aunque de ahí jamás se movía - nunca se había movido, decían algunos, con sorna, por siglos y siglos en el mismo lugar- ella se negaba a construir una casa propiamente tal. La precariedad de la carpa, había dicho alguna vez, le daba la posibilidad de partir en cualquier momento, aunque ella sabía, no por ser una adivina del futuro sino porque conocía las costumbres de su pueblo y las suyas propias, que nunca podría abandonar estos parajes, salvo que se

produjera su muerte, cosa poco probable mientras tuviera tareas pendientes en la tierra.

Como las carpas de los beduinos más ricos, la de Amina estaba dividida en habitaciones, protegida del sol, del viento del desierto y de los ojos de los curiosos. También de las brisas marinas, peligrosas en ciertas épocas del año y a todas las edades, ya fuera por el frío, por la salinidad o por la ansiedad que despierta en los espíritus inquietos, que pueden sentirse convocados a lanzarse por las aguas a recorrer el mundo.

De pelo negro y nariz larga. Los ojos un poco rasgados, tal vez por los años y las arrugas, se veían en la oscuridad con su negro intenso reflejando los brillos de las joyas, rubíes y otras piedras preciosas que usaba colgadas de su cuello, de sus manos, de sus brazos, de sus orejas, incluso un diamante pequeño, clavado junto a su nariz por la aleta izquierda.

Su aspecto era venerable y aterrador al mismo tiempo, vestida siempre de blanco, como si fuera virgen; con un velo negro y dorado sobre el cabello, como si fuera reina; cayendo suave, con un toque de coquetería, como lo usaban las cortesanas de los templos fenicios hacía ya muchos años en estas mismas tierras.

Era capaz de ver lo que otros no veían, de saber lo que los demás no conocían y de curar las más profundas penas del alma y adquirir un poder enorme sobre todos los grandes. Hasta los turcos y los demás extranjeros instalados allí, la respetaban y le temían. Nadie sabía el origen de ese poder, lo que la fortalecía. Llamaban la atención su presencia, su aspecto, sus palabras y la capacidad de manejar los hilos de la vida

de muchos, sin jamás salir de los límites de su particular castillo de lonas gruesas.

Amina se sabía misteriosa y cuidaba de parecerlo aun más.

DIEZ

En el Tarot, el Arcano Mayor X representa a la Rueda de la Fortuna: gira más allá de nuestra voluntad. Los hechos van revelando las obligaciones. Hay cosas que pueden ser cambiadas y otras que deben ser asumidas.



Don José miró el mapa y dijo:

- Esta es la ruta.

Compró papel de mantequilla y se fue a pasar una tarde entera a la casa del profesor Eduardo Paiva, para copiar el mapa y colorearlo, según sus intereses y posibilidades.

Comenzó el trabajo, pero lo traicionaba su pulso y no conseguía seguir con el lápiz las líneas del dibujo base. Después de mucho rato en inútil empeño, la joven doña Martita Barlet, esposa de don Eduardo Paiva, se ofreció a ayudarlo.

Fue como un hada mágica que en cosa de minutos había traspasado al delgado papel traído por don José, todas las líneas básicas del mapa que le interesaba y luego juntos, riendo por la torpeza del árabe, satisfechos ambos y sorprendido él por la habilidad para el dibujo que había demostrado doña Martita, fueron marcando con distintos colores las

ciudades, los pueblos, los caminos, las vías férreas y con cierta aproximación la ubicación de las principales reducciones indígenas.

Cuando llegó don Eduardo, escuchó el relato que le hizo su esposa y gozó, rieron los tres a mandíbula batiente.

Comieron juntos y ya pasadas las nueve se les sumaron Jorge y Corina. Al poco rato llegó el viejo Méndez, borracho y simpático, acompañado de una de sus hijas, la que luego se iría a Santiago a casarse con un vendedor viajero que se las daba de emparentado con la aristocracia capitalina. La muchacha venía a esta reunión social con instrucciones de la mamá de controlar al padre en el consumo de alcohol.

- ¿Cómo es Traiguén?, preguntó don José.

Pregunta que fue la compuerta levantada para una conversación interesantísima, pues entre el viejo Méndez y el profesor don Eduardo Paiva fueron construyendo un esbozo, discutido, de la historia de esta parte del sur y así pasaron una gran velada.

Traiguén era un pueblo guerrero, una especie de fuerte instalado al pie de las colinas que adornan los valles que están entre las cordilleras de Los Andes y Nahuelbuta. A cien kilómetros de la cordillera por el oriente y a la misma distancia del mar por el poniente, fue fundado casi cuarenta años antes por las fuerzas gubernamentales en la guerra contra los mapuches, con una intención eminentemente bélica, en cuanto pretendía servir para ganar la guerra; algunos dijeron que la intención era pacifista, pues lo que se pretendía

era terminar la guerra de Arauco, que ya llevaba cuatrocientos años.

Así entonces, sirvió de avanzada colonizadora para toda la zona que se llamó de «La Frontera», porque allí efectivamente estaba el límite de la civilización nacional con el territorio bravo de los aborígenes.

A todos los colonizadores que se atrevieran a instalarse, se les ofrecían tierras gratis, créditos para implementos, cierta protección, semillas y abonos gratis y la posibilidad de enriquecerse relativamente rápido con la agricultura en el caso de sobrevivir a los ataques mapuches.

Suizos y franceses, venidos especialmente, atraídos por su afán de aventuras y huyendo de las condiciones precarias de Europa; y parientes de los militares que integraban este ejército expedicionario, fueron los que llegaron en mayor cantidad a poblar la región. El fundador de Traiguén, un militar con férreo sentido de la organización y de la disciplina, lo que era propio de los hombres de armas en aquellas épocas, trazó para el nuevo pueblo un plano regular, tal como había sido el centro de Santiago cuando se inició la colonización española. Prohibió totalmente cualquier capricho o novedad en materias de estructuras urbanas o arquitectónicas, pues ello podía resultar gravemente inconveniente cuando, junto con fundar ciudades, hay que organizar defensas contra ataques de comunidades aborígenes alzadas en guerra permanente desde hacía ya tantos y tantos años.

El regimiento, es decir, el asiento de las fuerzas militares, quedó instalado en el extremo suro-

riente del trazado, desde el cual se dominaba el principal punto de acceso para las tribus araucanas que residían en el sector de Chufquén, zona de bosques de gran belleza, que se extendían en lomajes que parecían interminables.

En el otro lado, al norponiente, estaba el cementerio, que era un hermoso parque natural de variadas especies de pinos centenarios, alternados con peumos, canelos y sauces. Entre ambos puntos, cruciales, dispuso que se levantara y mantuviera una ciudad. Conservó los árboles, los caminos naturales e hizo emplazar las tumbas de un modo tal que los deudos tuvieran una gran vista sobre los valles interiores, es decir, los del camino a Los Sauces y Angol.

Teniendo como ley principal el revólver que cada uno llevaba al cinto, esa ciudad adquirió carácter peculiar, sin crecer ni extenderse, con más capacidad de entendimientos de la que podía esperarse, atendidas las circunstancias. O provocada precisamente por las circunstancias de tantos ciudadanos en armas.

El coronel Urrutia, militar de tomo y lomo, convocaba a todos los hombres de distintas comarcas y regiones del país, con capacidad y disposición de ánimo de disparar, para que se integraran a las fuerzas oficiales en esta *guerra de pacificación*, de la que era entusiasta promotor porque él estaba decidido a terminar antes de que debiera dejar su mando. Fue así que la ciudad se llenó de bandidos venidos desde el norte y el sur: arrieros perdidos de la región de Punta Arenas y Puerto Natales; mineros fracasados del Norte; bandoleros de los campos de la zona central; pirquineros

extraviados; militares dados de baja después de las guerras con España y el Perú; reos excarcelados momentáneamente; prófugos de la justicia; ex presos con condena cumplida que no encontraban trabajo; hombres con afanes de venganza social o con instintos criminales, que de ese modo obtenían los permisos para cargar armas, el perdón para sus eventuales faltas anteriores y cierta tolerancia para las futuras; pues como habría de decir la esposa de don Basilio Urrutia en sus conversaciones con las señoras de oficiales, no es mucho lo que se puede pedir a estos pobrecitos que no saben hacer otra cosa que pelear.

Al referirse a los bandidos, por cierto.

La integración al Ejército Pacificador de la Araucanía o la colaboración eficaz con él, fueron una especie de amnistía de hecho.

Traiguén era un pueblo con futuro.

Hasta allí llegaba el ramal que nacía en Renaico, pueblo de la línea central del ferrocarril hacia el sur. El tren pasaba por varios pueblos, incluido Angol que era el más grande, hasta llegar a Traiguén en el que se construyó una hermosa estación terminal. Años después se abrió otro ramal, en Púa, que tomaba los trenes proveniente del sur. Traiguén llegó a tener dos vías de acceso ferrocarrilero.

Todos los que iban a lugares más próximos a la costa, debían dejar el tren en Traiguén y seguir a lomo de mula, en carretas de bueyes o a pie.

Hermosa fue la caravana conformada por los primeros doscientos cincuenta italianos -hombres y

mujeres, algunos niños- que bajaron del tren en Traiguén y partieron caminando hacia un valle más cerca de la costa, donde fundarían Capitán Pastene. Estos italianos eran tipos simpáticos, nunca perdían una cierta alegría para cantar y hablar, pícaros, charlatanes; las mujeres, trabajadoras y sacrificadas. Cuando levantaban sus casas, todos cantaban al unísono alzando muy fuerte la voz, como un gran coro. Eso emocionaba a don José, inmigrante solitario. Envidiaba a quienes habían venido con toda su familia, tal como lo habían hecho sus antepasados, cuando viajaron a través del mar para llegar a las tierras árabes, ese gran paralelepípedo de arena y estrellas, donde estaba el Profeta, a quien Dios, el Eterno y Misericordioso, tenga en su Reino.

Don José mantuvo siempre muy buena relación con los italianos, en recuerdo de aquel viejo profesor de idiomas en San Juan de Acre y de Rossana, la hermosa mujer de pechos enormes y suaves, que le habían enseñado cuanto sabían, de italiano uno, y de sexo y artes amatorias, la otra.

Cuando uno de sus hijos quiso casarse con una Venturelli, hija de un italiano espectacular, gritón, mañoso, excesivamente tomador, que había muerto de un infarto un par de años antes y a quien había conocido hacía tantos lustros en sus travesías, don José rió maliciosamente y pensó:

- Los hijos repiten los actos de los padres, aun sin saberlos. La sangre italiana es caliente, muy caliente.

Y se quedó cantando con el pensamiento «Rossaná, Ay Rossaná».

Antes de llegar a Traiguén, a Los Sauces y al

desvío para Capitan Pastene, se viajara en tren o en carretas, era indispensable pasar por Angol.

Llamada «la Ciudad de los Confines», en ella estaba la sede del poder político de la provincia. Pero la ciudad fuerte, poderosa en lo militar y lo económico, era Traiguén. Y no sólo porque las tierras eran mejores, sino porque su posición geográfica anticipaba que tenía futuro. Lo más decisivo, sin embargo, era que la autoridad militar más importante de la zona, por su capacidad de fuego, por el contingente a sus órdenes y por su mayor grado, estaba en Traiguén y no en Angol.

Eso habría de quedar así para siempre, por más de cien años, produciéndose conflictos cada vez que hubo gobiernos militares o intervención de los militares en la vida pública, pues la sede del oficial militar más importante estaba en Traiguén y la sede de la autoridad política, la Intendencia, en Angol, con lo cual se producía el absurdo de que el militar, cuando asumía la Intendencia, no se podía trasladar desde Traiguén a Angol porque perdía el mando militar y si acaso no se trasladaba no asumía el poder político.



Angol es una ciudad antigua, fundada por los conquistadores hace cientos de años, como un fuerte, en una zona que ya llevaba ese nombre, en homenaje a un cacique sabio y prudente.

Se llamó la «Ciudad de los Confines», pues después de ella no había otra.

Sólo trescientos años después de la fundación del fuerte Angol, tras intensas luchas y abundante

sangre derramada, se lograría mover la frontera entre las tierras ocupadas por el Estado chileno y las que aún estaban bajo el dominio mapuche, desde Angol hasta Traiguén y desde este asentamiento cívico militar, pues no otra cosa fue Traiguén por años de años, tratar de ganar la guerra, derrotar a los pertinaces araucanos mediante la diplomacia y el engaño. Se les hizo creer en su integración respetuosa con el pueblo chileno, de igual a igual, para conseguir así que firmaran una paz que no sería sino la antesala del sometimiento total y la posterior destrucción, desposeimiento y corrupción de un pueblo guerrero, valiente, culto y digno. Pasan los siglos y los aborígenes añoran al monarca español que ordenaba a sus hombres pelear de frente. Si algún día conseguían verse cara a cara con ese Rey lejano, si ellos iban o él llegaba a estas tierras, le pedirían que retomara el control de la región.

Don José, mirando el mapa y escuchando a sus contertulios, decidió que el viaje sería en etapas.

Traiguén era un pueblo que lo convocaba.

Algo profundo, como todas esas voces que le hablaban -y él reconocía- desde que se atrevió a entrar en la carpa de Amina, le decía que allí encontraría lo que buscaba o que ese pueblo sería su lugar de instalación. Pero eso sucedería sólo una vez que ya estuviera listo, todo armado, en camino hacia su personal plenitud y al cumplimiento de esta tarea en la cual llevaba años, siglos de siglos y varias vidas, empeñado. Lo primero es lo primero. Antes de ir a quedarse a esa ciudad brava, ese Traiguén lleno de suizos ordenados y trabajadores, de militares victoriosos, de bandoleros con títulos de

dominio y amnistía en la mano, de franceses jaraneros, intelectuales y avaros, de alemanes eficaces en el comercio y la industria, tendría que intentar en Angol y Los Sauces y quizás los otros pueblos del sector, pues la misma intuición le decía que en esos parajes del entorno hallaría lo que debía encontrar.

Así tenía que ser.

Por ahí debía partir. Para encontrar. También para conocer.

En todo caso, ya tenía claro que ése era el paisaje que estaba buscando: pasando por Angol para llegar a Traiguén.

Don José no vagaba por el mundo sin sentido, como creía Jorge, el bueno y hospitalario palestino que lo alentaba a salir a buscar fortuna.

No, no, no.

El tenía muy claro su objetivo y sabía que ya había logrado precisar la zona.

Probablemente le estaba pareciendo algo más lluvioso que lo que su padre le había anticipado, pero fuera de eso... ¡En tantos años, el clima debió cambiar!

Los valles y parajes que están en los alrededores de los ríos Malleco y Traiguén, la comarca hermosa, llena de prados, trigo, árboles autóctonos, frutales generosos, la parte oriental de la cordillera de la costa, zona de bosques; pumas salvajes aún recorrían las noches rugiendo aterradoramente y asolando ganados; se abrían flores majestuosas de múltiples colores y se alzaban helechos gigantescos.

Tal como sabía que debía ser.

Quizás la cosa era simple, se decía un día de planes, envuelto en el calor de Chillán, mirando esa bruma que se levanta por la evaporación excesiva de los campos. Un poco angustiado, con ganas de aliviarse el espíritu, quería partir pronto: podría caminar y caminar, vagando como cualquier tarde, como esas noches de sueños y pesadillas, pero que luego fueron sueños de esperanza, avanzar con la fuerza de sus piernas, llegando por cerros y caminos de flores y helechos, de copihues y zorros, con manzanas y damascos, llegar hasta la cordillera selvática que lo separaba del mar, instalarse en la cima del monte más alto y comenzar a bajar en un movimiento envolvente que cubriera todo el territorio.

En eso mismo había pensado el coronel Urrutia, cuando quiso conquistar Arauco. Esa era su estrategia. Tomar la cordillera de la Costa y desde esas alturas ir bajando en un movimiento que no dejara centímetro de terreno sin recorrer, incluso aceptando la idea de quemar bosques y arrasar con todo lugar donde un indio pudiera esconderse. Lo intentó, pero se complicó en la selva, las ramas gigantescas de las enredaderas, peumos, coigües, helechos frescos, canelos, araucarias, pinos y eucaliptos, confundieron a su ejército, a los soldados los afectó el mal del sueño, otros comieron tantas frutas silvestres -maquis y moras, sobre todo- que enfermaron o murieron de diarreas, lo que dejaba estelas de dolor, pestilencias notables y abonos naturales que resultaron de gran calidad para la selva, colaborando a que esa vegetación llegara a ser aún más exuberante, como gran aporte a la zona de las huestes de este «genial» conductor militar, que en lugar de depredar,

fertilizó. Urrutia no pudo seguir el procedimiento propuesto y en vista de ello decidió ir derecho al grano. Después de algunos días, con los soldados teniendo el estómago más firme, se lanzó en un ataque enfurecido sobre las reducciones a las orillas del Traiguén, masacró a todos quienes fue preciso y construyó los emplazamientos para la lucha definitiva.

Don José también pensaba en una estrategia envolvente, de aproximación indirecta, pero su intuición le indicaba que debía lanzarse primero sobre Angol, antes de subir a las cordilleras y penetrar sus selvas llenas de pumas y de zorros. Allí instalaría el campamento base.

Y ahí, con el campamento listo, seguiría adelante hasta Traiguén.

Una vez que encontrara a quien buscaba.

∞

Avanza el tren en un ritmo suave, sonoro, acompasado, que adormece.

Don José apaga su cigarrillo, evoca esa noche de excesos de guindados, de descripciones sobre Traiguén y Angol, las miradas contentas de doña Martita Barlet, su cómplice de dibujos y mapas; las diatribas del viejo Méndez, simpático y borrachín, contra las huestes de Urrutia, con el cual discrepaba en todo lo que había hecho; los intentos ponderados de don Eduardo Paiva, el profesor, para explicar que si bien el señor Méndez tiene razón, las cosas no fueron del todo así, sino que también debían ser vistas con una perspectiva histórica, pues el pueblo mapuche, de gran tradición, ya no era el

mismo que había sido y, mucho peor, el que pudo haber sido si su capacidad visionaria hubiese sido distinta.

Y Jorge y Corina, tomados de la mano, comían almendras y no soñaban con nada, porque la realidad de estos personajes que, pese a su estada de años en Chillán, no habían conocido, los sobrepasaba.

En el curso de las tertulias se fue tejiendo una ansiedad de amores. La hija de Méndez, con el guindado en la mano, entretenida con el panorama humano, se sentía especialmente atraída por don José. Este, mago en cierto modo, miraba a la muchacha, adivinando el pensamiento, poniendo ojos pícaros y seduciéndola con la mirada. Ella enloquecía, entornaba los párpados y se establecía un diálogo de ojos a través del vozarrón de los contertulios que no serían capaces de captar su significación. Don José, árabe misterioso, de bigotes notables y ansias desmedidas, la hacía soñar con pasiones desconocidas. En las fantasías, él la tomaba para ir con ella en busca de tierras nuevas y en medio de los bosques hacían el amor desesperadamente, miles de veces y cada vez como si fuera la última, la antesala del fin de la humanidad, en un grito maravilloso, llegando al extremo, en plena ensoñación erótica, a sentir que con la punta de los bigotes le rozaba los pezones, excitándola cada vez más.

Pasó mucho tiempo y cuando ella ya estaba de novia con el vendedor viajero que habría de llevársela a Santiago, al regresar don José de uno de sus viajes de negocios, se encontraron, la subió en un carro que había arrendado para llevar él mismo sus mercaderías y fueron a las orillas del río, donde se

amaron como ella había soñado, sintiendo los besos, los bigotes, las manos, la piel de don José en todos los rincones de su cuerpo, hasta que la lluvia los sorprendió.

Era virgen, pero su instinto suplía cualquier experiencia y después le diría al oído:

- Ahora si estoy preparada para entregarme a un hombre corriente.

Cada uno a lo suyo, sin resquemores ni ataduras.

Muchos, pero muchos años después, tuvieron tres o cuatro encuentros furtivos cuando viajó a Santiago por motivos comerciales. Se encontraron la primera vez en el salón del té del Crillón. Pero él, caballero a carta cabal, la invitó a su habitación de un hotel céntrico, pero más discreto. Para evitar habladurías, ella se las ingeniaba para entrar por un pasillo secreto de la Parroquia del Sagrario, que daba al patio de carros del Hotel, y desde allí entraba al restaurante del que podía salir a las habitaciones por el segundo piso. Don José la esperaba con los ojos brillantes.

Mira el paisaje, el tren se mueve como una cuna, con una melodía acompañada de ruedas y durmientes, se amodorra con el recuerdo de esa noche cuando descubrió, en compañía de sus amigos, la ruta de su destino.

Desde el carro de primera clase escucha la voz del conductor que anuncia que la próxima parada será Renaico.

Un suspiro largo y sostenido.

ONCE

En el Tarot, el Arcano Mayor XI representa a la Justicia: es el centro, el equilibrio. Es el punto de la circunferencia a partir del cual ya no se entra, sino, inevitablemente se comienza a salir. Aunque no lo entendamos, pasado ello, la Justicia verdadera comienza a alzarse en toda su dimensión.



Después de una hora de detención, el tren salió de Renaico. Cambiaron carros desde la línea central a la que iba en el ramal hacia Angol y Traiguén. Desembarcaron mercaderías, se subió gente que venía desde el sur o desde el interior.

Sentado en su carro de primera clase miró hacia el andén, esta vez no vio a nadie conocido, ningún rostro al que sonreír, no estaban los ojos del amigo, ni las manos o caras de los campesinos que ya eran parte de su mundo. Eran otros rostros, más gringos, más mapuches, otros ponchos, otros sombreros, maderas apiladas, nubes, humedades de lluvias recién caídas cuyas pozas no alcanzan a evaporarse entre un chaparrón y otro.

Miró por la ventanilla, otro cigarrillo, añoró los ojos de Jorge.

El comprendería sus sentimientos en este último tramo. Ambos sabían que el viaje sería exitoso.

La última etapa había comenzado.

Una búsqueda larga, iniciada cuando, hacían ya tantos años. Alia le había dicho:

- Nos vamos donde Amina.

∞

Alia aprovechó de llevar a Youseff donde Amina una tarde en la que el padre estaba de viaje. Faddledin había iniciado uno de sus habituales viajes para comercializar los rebaños de cabras y comprar otras mercaderías, como mantas, trajes, vasijas, alfombras, que vendería en el puerto a los viajeros.

Youseff no quería que su padre se enterara de que en lugar de visitar al médico o, simplemente, dejar las cosas como estaban, a la espera de alcanzar la edad en que los problemas se pasan solos, iba a visitar a Amina. Creía que Fadleddin le diría: «cosas de mujeres» y lo reñiría.

Alia, más conocedora de su esposo, sabía que él agradecería la preocupación por ella demostrada al muchacho, que aunque no era hijo suyo, lo había adoptado con cariño de una verdadera madre. Sabía que no se enfadaría, como creía Youseff, con la visita a Amina. Lo veía sabio y sensible, estaba convencida que, en realidad, tenía algo de mago y por eso comprendería el intento. Además, si acaso decía algo, nada impedía que, además pudieran llevar al muchacho al médico.

Lo que no sabían y no se enterarían por mucho tiempo -ni Alia ni Youseff- era que el padre del muchacho era un gran amigo de Amina.



Fadledín acostumbraba a visitar a la adivina, con quien tenía largas e intensas tertulias. Hablaban de todo: del lugar, los astros, el pasado, los turcos, el calor, las esperanzas, los hijos, los ingleses, lo que aprendían de los viajeros; de religión, magias, piedras, del Profeta, de las diosas anteriores al Profeta. Pero estas conversaciones versaban especialmente sobre el porvenir del planeta.

- Estamos en tránsito, decía Amina.

La primera vez que escuchó tal cosa, Fadledín pensó que se refería al movimiento de traslación de la Tierra, por lo cual todo el diálogo entre ellos fue completamente absurdo y divertido, pues ambos conversaban en tonos afirmativos, en circunstancias que se referían a cosas completamente distintas. Un cierto detalle en las palabras de Fadledín, después de casi tres horas de plática, le reveló a Amina el error de su interlocutor.

- Me refiero a otra cosa: estamos transitando de una Era a otra. De la Era de Piscis a la Era de Acuario.

Y Fadledín, rió hasta que le dio ataque de tos, pues él algo sabía de todas esas cosas, pero había entendido pésimo.

- Sí-, le dijo-, entonces empecemos de nuevo nuestra conversación otro día.

Ambos sabían del cambio de Era, aunque por distintas fuentes. Sin embargo, creían en ello, con una fe de igual intensidad.

Más que los avatares personales o el problema de la dominación turca, la penetración inglesa o francesa, a Fadleddín y Amina les preocupaba la marcha de los seres humanos sobre el planeta.

Comían alfóncigos, tomaban arak suavizado con menta fresca, bebían café, hablando en ese árabe gutural de las gentes de los pueblos del norte, en voz baja como si quisieran no ser oídos, aunque siempre estaban solos. Pronto se cumplirían los dos mil años, más o menos, de la Era de Piscis. Amina y Fadleddín sabían que el Zodíaco es como una sucesión de círculos concéntricos que giran en sentidos inversos. Y así como hay uno que gira desde Aries hasta Piscis, en que cada signo dura un mes aproximadamente, hay otro año astrológico, de casi veinticinco mil años, que gira desde Piscis hasta Aries.

Cada cambio estaba marcado por hechos notables en tierras árabes, de desiertos, palmeras, arenas y profetas.

- En Egipto, al toro lo llamaban Apis, en otras partes simplemente toro; en otras, Baal; en otras, alzaban becerros de oro semejantes a toros jóvenes. Todo eso, repetía Amina-, en la era de Tauro.

Y le mostraba en el cielo la constelación de Tauro y le explicaba a Fadleddín, dibujando en la arena de su carpa, la posición que las estrellas tenían en esa época.

- ¿ En ese tiempo cambia el eje de la tierra?

- Sí. Cuando Moisés, por ejemplo, era Aries, el carnero.

Y se lanzaba a hablar de Moisés y de su época,

como si ella hubiera estado allí, como si conociera personalmente a los protagonistas y describía el período en relación con el carnero de Aries. Luego vino Cristo, con Piscis.

- ¿Sabías, amigo Fadleddín, que los primeros cristianos no usaban la cruz sino el pez como símbolo de su mensaje? Porque el pez era la vida y la cruz la muerte y el dolor.

Y ahora estaba terminando la Era de Piscis, y empezaría la de Acuario. Especulaban, entonces, sobre los cambios que debían producirse en el tiempo preciso del cambio y los años precedentes. La nueva Era sería muy distinta.

- Pero los cambios no son de un día para otro.

Faltaban poco más de cincuenta años para que terminara la Era de la influencia de Piscis y comenzara la de Acuario. Ese límite llegaría, pero ya comenzaban a cruzarse los rayos de una y otra.

- Acuario llegará de la mano de los invasores-, dijo Amina, mirando de soslayo como si avizorara en el horizonte marino el porvenir y en él las sombras de los soldados.

∞

- Ya llegaron los invasores-, respondió Fadleddín, con los ojos fijos en Amina, traspasando el tiempo, buscando el mismo horizonte para hallar el porvenir.

Saboreaba los alfóncigos salados, pensando en los turcos que asolaban la tierra, en los franceses y en los ingleses que ya llegaban para establecer su nueva

dominación. Arabia era un territorio habitado por miles de pueblos diversos en su larga historia. Eso se sabía. Pero Palestina lo era aún más, pues la franja al lado del Jordán, una de las pocas zonas fértiles, cercana al mar, era un corredor que comunicaba el Asia con Africa, un camino natural para los pueblos que, al topar con el Mediterráneo en su ruta hacia el poniente, ya no querían seguir por Grecia y los Balcanes, pues los más bravíos y salvajes se habían ido por esos caminos. Entonces bajaban en busca de los montes sagrados donde nacían los profetas o del río que alimentaba a su pueblo. Palestina ha servido de pasadizo durante miles de años.

- No, Fadleddín, no éstos,

Refiriéndose a aquéllos en que había pensado el hombre sentado junto a ella, sin pronunciar ni una sola letra de su gentilicio.

- Ellos están de paso. Sólo cuidan los arreos del verdadero invasor.

La primera vez que Fadleddín escuchó esta historia de labios de su amiga, la adivina, sintió que le recorrían el espinazo con agua helada.

- Ellos han venido a cumplir una misión: dañar a nuestro pueblo, corromperlo, quitarle las energías. Ellos han venido a tomar la tierra, a matar a los hijos, a preparar el camino de los que habrán de llegar.

Una pausa para saborear una infusión caliente y el efecto de sus palabras.

Fadleddín ha abierto desmesuradamente los ojos y el alfóncigo queda a medio camino.

- Los invasores-, sigue hablando Amina-, llegarán, se quedarán en esta tierra y nos expulsarán.

Termina haciendo un ademán con el brazo, que incluye cuanto se extiende en el entorno de la carpa, todo lo avizorable desde el Carmelo y aun tras las montañas, los olivos y los desiertos.

- ¿Quiénes son?

- No sé, no lo sé todavía.

- ¿No lo sabes, mujer?

Y ella callaba como si no escuchara la insistencia. Entonces él entendía que no era el momento de seguir preguntando. La mujer cantaba un rato, luego se despedían.

Y así eran estos diálogos, que Fadleddín proseguiría cada vez como si nunca se hubieran interrumpido



- ¿Cuándo, Amina, quiénes son?

Repite la pregunta días después y así varias veces, hasta que Amina va dando pistas.

- Vendrán de a poco, los recibiremos como quien recibe a los hermanos, abriremos nuestros brazos y prestaremos nuestros instrumentos de trabajo, los invitaremos a trabajar el olivo y la pesca.

El anticipo de que llegarían invasores disfrazados de amigos, que llegarían los enemigos como si buscaran refugio, era algo inaceptable para hombres que sólo sabían hablar con la verdad y dar la cara.

- Ellos estarán acá y una noche, de pronto, una noche cualquiera, tal vez cuando se deje caer una lluvia sobre las ciudades o caiga nieve antes del invierno, se abalanzarán sobre nosotros, pasarán a cuchillos a los ancianos que conocen la historia, para que nadie consiga recordarla, a las mujeres que aun puedan parir, a los jóvenes capaces de engendrar hijos para la venganza.

No se avanzaba mucho en la identidad de los enemigos, pero Fadleddín se asustaba, como se asustan los hombres grandes.

- Ese será el aviso para la humanidad. Al año siguiente, en el primer día del año astrológico, comenzará la Era de Acuario.

Y tarde tras tarde, cada vez que Fadleddín llegaba, cargado de aceitunas y de almendras, trayendo alfóncigos gordos y bien salados, Amina ya sabía que él venía a buscar más información.

- Sí, querida Amina, me interesa, pues, después de todo, no falta tanto.

- No te preocupes, decía ella, con sorna, tú no los verás.

Lo miraba fijo.

- No creas que vivirás cincuenta años más.

Reían, comían labban* con cordero y menta, porotitos verdes y berenjenas sabrosas, rellenas con ajo, nueces y aceites especiales, tomaban vinos endulzados, para seguir discutiendo y reflexionando sobre el cambio de Era.

* Nota del Editor: leche cuajada y ácida, que se usa para cocinar, aliñar o se bebe antes de las comidas. En occidente se la conoce como «yogourth»

Fadleddín volvía a preguntar sobre los invasores:

- Ellos llegarán porque se va Piscis, afirmaba Amina
- ¿Porque llega Acuario?
- No, Fadleddín, porque se va Piscis.

El padre de Youseff era insistente y un poco majadero, pero quería saberlo todo, indagar en el infinito, conocer todas las respuestas, entender el planeta y sus dolores, sus esperanzas, sus perspectivas.

- Ellos vivieron en esta tierra cuando reinaban el cordero y el carnero, cuando la tierra palestina la compartían mis padres, tus padres y sus padres.

Fadleddín creía que comenzaba a entender.

- Se fueron a la hora del pez y regresarán cuando se acabe su reinado.

Entonces Fadleddín miraba a su amiga.

En esta tierra habitaban todos ellos: esas tribus distintas y poderosas, otras que pasaban por allí, los antepasados de Amina, pueblos que habían sido antepasados y herederos de Moisés, de Ismael, de Isaac.

Fadleddín miró a su amiga, la adivina Amina y le dijo, con voz tenue y ronca:

- No, Amina, ellos compartían con tus padres. Los míos no eran de acá.

Algo de nostalgia, un viento que recordaba historias pasadas, una voz que venía desde lejanía.

En silencio, sirvió dos copas más, tomó un dátil.

- Ellos, Amina, mis antepasados, no tienen tantos años como los tuyos en Arabia^{**}. Vinieron de muy lejos, llamados por el Profeta, que los invitó a compartir su tarea

^{**} Nota del Editor: cuando el autor usa la expresión «Arabia» no se refiere a un país, sino a una extensa región del Oriente Medio marcada por la presencia de los pueblos y de la cultura árabes. Es la extensa región que incluye a los actuales Líbano, Siria, Jordania, Palestina, Israel, Irak y los países de la península.

DOCE

En el Tarot, el Arcano Mayor XII representa a El Colgado: hay que saber mirar las cosas de otro modo. El mundo diferente, el extranjero misterioso, los países míticos, se revelan como crisis para los mundos establecidos, pero son las coordenadas básicas para avanzar hacia la plenitud .



El tren llegó a la estación de Angol.

Don José ha venido mirando por la ventana, sin perder ni una minúscula parte del paisaje, oliendo el carbón y el campo, desde que el conductor pasó gritando los anuncios sobre la próxima parada en Angol, que no era la última sino sólo una escala en el viaje con destino final en Traiguén.

En un rito que repetiría decenas de veces, don José descende de su carro de primera clase, con un cigarrillo liado por él mismo, a medio fumar, en un concierto de sirenas y de pitos, donde se alternan locomotoras, conductores, jefes de estación y maquinistas que usan la campana para poner punto final a la intensidad de saludos y despedidas.

Sumergido en los humos de distintos tonos de grises, en medio de un griterío de personas apuradas, todos hablando, dando instrucciones, acelerados, pues la ciudad de Angol, pese a ser la capital de la sureña

provincia de Malleco, no era una estación terminal sino un intermedio de breve detención, en una línea tampoco principal, sino un simple ramal de los Ferrocarriles del Estado.

Pero es el punto central de la ruta ferroviaria de don José. El tren seguiría luego su traqueteo, entonces veloz comparado con las carretas, por entre los cerros y los bosques, piteando en cada curva y cada cuesta, parando en poblados y, como decía jocosamente don José, «donde le hicieran señas», hasta llegar a Traiguén. A él le faltaba mucho aún para instalarse allá.

Pisando el andén, como lo haría tantas veces después, don José estira el chaleco de su terno y resopla para expulsar el carbón que ha quedado entre sus bigotes y la nariz. Elegante, sobrio, con sus ropas siempre bien cortadas, camina a paso raudo y tranco fuerte hasta los carros de carga.

Bastaba verlo para darse cuenta que era un nuevo comerciante, otro vendedor viajero que llegaba hasta la ciudad. Daba instrucciones y vigilaba atentamente la descarga de sus bultos, uno por uno, incluyendo sus valijas con cosas personales, que a él no le gustaba llevar por mano. Sólo cargaba por sí mismo y durante todo el viaje, un voluminoso maletín de cuero café oscuro, en el que guardaba información calificada, documentos irreemplazables, sus útiles de aseo, algún libro para aprender y los naipes, por si se daba la ocasión de echar una manito con otro viajante.

Poco tiempo necesitaron los pionetas para saber de las exigencias de don José: velocidad, precisión, extrema delicadeza, cuidados simultáneos que serían

bien premiados. Don José era un hombre generoso en propinas, casi dispendioso al decir de otros viajeros, pues no sólo devolvía con sonrisas las amabilidades, sino también valoraba los esfuerzos de estos hombres rudos por tratar finamente las delicadas mercaderías de las que era portador. El pensaba especialmente en las porcelanas y los perfumes venidos desde ultramar.

Esperó que partiera el tren, respiró hondo, miró con cierta emoción el paisaje que se presentaba a sus ojos. Ya estaba aquí.

¿Será este el lugar de su destino?

Y, no supo por qué, recordó a su padre, la hermosa voz de su padre hablando de las tierras lejanas, sonando lejana y trascendente, los ojos de Amina mirándolo, las manos de Alia sobre las suyas.



El padre de Youseff, Fadleddín, tenía una voz armoniosa y ronca, tanto para cantar como para recitar. Desde niño había sido educado en la poesía y conocía obras tradicionales que reflejaban la sabiduría de los árabes.

La poesía y el agua son lo más importante para los árabes.

¡Oh, la poesía! Clave maestra para los arcones ocultos, las montañas enigmáticas, los corazones endurecidos por el desengaño. La palabra es el oro de los árabes y su poesía el más grande tesoro. Sin la poesía, la vida no sería posible en el desierto. Se dice entre los árabes: el poeta es sacerdote, curandero, árbitro, sabio y jefe.

¡Si los poetas supieran usar el poder que ellos crean!

Usando esa voz hermosa cautivaba a niños y adultos con sus relatos maravillosos de tierras lejanas, en las cuales crecían árboles mágicos, serpientes poderosas, pájaros con picos de dos colores, reptiles inofensivos y de carne sabrosa, frutales por doquier y todo tipo de alimentos en forma natural.

Conocía las historias de Simbad el Marino y otras que estaban escritas en las «Mil Noches y Una Noche». Pero también sabía de otras historias, aprendidas por sus antepasados y no trepidaba en inventar si era preciso. Cada vez que relataba, los detalles eran diferentes y quien una vez era princesa, la vez siguiente podía ser un caballero, los rubios se convertían en morenos y los dragones, las aves roc y los elefantes de tres ojos eran seres intercambiables.

Todos escuchaban siempre a Fadleddín, especialmente sus hijos y las mujeres de su familia. Amina, mujer mágica, parecía saber todas las cosas del mundo, hacía sentir a quienes llegaban hasta su consulta que nada ni nadie podía sorprenderla, estaba maravillada con los relatos escuchados a su amigo Fadleddín. Cuando él contaba las historias a Amina, agregaba detalles que ante los extraños nunca repetía. No quería parecer loco. Ni sus hijos sabrían esas facetas de sus relatos. Sólo Youseff se atrevería a preguntar.

Pero Youseff, a la sazón, se atrevía casi a todo. Su único miedo era cruzar un umbral sin retorno.

Fadleddín le contaba de una tierra lejana, muy lejana, a mares de distancia y meses de viaje, de la

cual eran originarios sus padres. Decía que era necesario cruzar la India y todos sus mares, seguir más allá de la China y las lejanas islas, más allá de todo lo sabido, hasta tierras que estaban desde siempre, pero que no eran conocidas sino por muy pocos.

Amina, al escuchar ciertos detalles que entrega Fadleddín, pensó que estaba hablando de tierras ubicadas más lejos que las islas de más lejos. En esas regiones, otrora hubo tierras extensas habitadas por hombres enormes y que luego, con el tiempo, por los deshuelos, por los terremotos, se fueron hundiendo en el mar.

Todo lo que contaba Fadleddín era de mucho más allá, un océano entero más allá, miles de horas, días y años más allá. Ella sabía que hubo marinos que se aventuraron por esas tierras extrañas, pero no conocía detalles.

- En esa tierra, Amina, crecen los frutos más sabrosos, sin necesidad de cultivarlos. Por uno y otro lado se alzan arbustos de hojas suaves, plantas rastreras que esconden sus frutas gigantescas entre sus hojas y la tierra, verdes por fuera y rojas por dentro, y árboles de poco más altura que un palmo de hombre, de tal modo que nada cuesta estirar los brazos y coger esas presas aromáticas. Hay frutos del tamaño de una cabeza, amarillos, rojos, de cientos de colores; otros negros y pequeños, que sirven para comer y para teñir, dulces como la miel; duros unos, blandos otros, hasta deshacerse entre el paladar y la lengua, gratos a los labios y al olfato.

Fadleddín hablaba de estas tierras como si las hubiese conocido personalmente, empleando la se-

guridad del testigo presencial, describiendo con precisión olores y texturas. Su entusiasmo era inigualable al referirse a los helechos enormes u otras plantas hermosas, verdes de miles de tonalidades, troncos estriados, gruesos y flexibles; o los árboles simplemente gigantes que demoraban cientos de años en madurar, de madera dura, en cuyas copas crecían hongos anaranjados de poderes medicinales: servían para curar los dolores de estómago, el exceso de orina, el estreñimiento, los sueños eróticos, los padecimientos del alma, las penas de la adultez y calmar las angustias que anunciaban la menopausia, aunque no lograban retardarla.

- Las flores de esa tierra-, decía Fadleddín, con los ojos entornados, recordando los relatos transmitidos de generación en generación, aunque parecía estar recordando algo visto o vivido-, eran multicolores, con pétalos de texturas y tonalidades diversas, suaves y firmes, aromáticas hasta el extremo de atraer no sólo a las abejas y a los pájaros cuya misión es la de polinizar, sino a todos los otros animales, visibles e invisibles, incluso aquellos que por miles de generaciones en otras latitudes tienen dormidas las facultades olfativas, ante tanta belleza les despertaba la facultad de hacerse entender por los hijos de mujer.

Tales flores eran destiladas al calor y producían los perfumes más ricos, sólo comparables a los elaborados por los perfumistas oficiales del Sultán de Basora.

- Esta tierra donde ahora vivimos, querida Amina-, dijo una tarde Fadleddín con singular nostalgia de lo que nunca conoció- la hemos servido con la misma devoción

que ella a nosotros, pero no es la que fue dada a mis padres.

Amina lo creía todo, sin necesidad de serle repetido, pues en el tono de la voz y en la mirada, sabía que Fadleddín hablaba con verdad.

- La fe de los padres de tus padres-, dijo a Fadleddín- debió ser muy grande como para dejar esas tierras ricas, hermosas, generosas en sabores, olores y texturas, llenas de todas esas frutas, con flores, plantas medicinales, animales bellos y pacíficos, pájaros que hablaban o cantaban canciones llenas de promesas o desafíos.

- El Profeta los llamó-, dijo Fadleddín, sobrio.

Y cuando Youseff partió, Fadleddín pensó que la fe era inmensa, una fuerza irresistible, y él nada sacaría con opinar o desear que se mantuviera a su lado. El muchacho ya tenía resuelto el viaje y su padre sólo pudo ansiar que Youseff no cayera en manos de los turcos y lograra llegar, por lo menos, hasta Europa.



Don José estaba llegando a Angol, bastante más lejos de Europa, hablaba castellano y habían transcurrido más de veinte años.

La primera vez que entró en esa ciudad, todos se dieron cuenta de que era un nuevo vendedor, por los bultos, la actitud, el maletín. El tono de la voz.

- Vamos al Savoy.

Y caminaron desde la estación hasta el Hotel Savoy, avanzaron por las calles, él a pie y el cargador con la carreta llena de bultos. La noticia se corrió como

reguero de pólvora, razón por la cual el conserje del Savoy no se sorprendió para nada cuando don José dijo «Vendedor», al serle preguntada la profesión.

Y aunque todos en el pueblo adivinaran, supieran, se dieran cuenta o intuyeran eso de «vendedor», nadie pudo imaginar cuánto se arraigaría don José entre los habitantes de Angol y como adquiriría importancia en la localidad, aunque después terminara viviendo en Traiguén, porque lo tenía decidido, y no sólo a causa de la necesidad de distanciarse de su suegra, como se dijo.

Se instaló en el Hotel Savoy, frente a la plaza, arrendó una habitación grande y desde allí inició sus visitas a los comerciantes y a ciertos particulares de mejor nivel económico. Ofrecería, según quien fuera el cliente, distintas mercaderías de un rico catálogo elaborado con extremo cuidado y lleno de esperanzas. Algunas mercaderías estaban destinadas a los comerciantes de sectores populares. Otras habían sido pensadas para las personas de mayores recursos, ávidas de exclusividades.

- En todas partes hay personas finas y de gustos exquisitos, había dicho Jorge.
- Dudo que en Angol.

Fue la respuesta del viejo Méndez, que tenía pésimos recuerdos de una juerga de enormes proporciones disfrutada con unos gringos de esa zona y en la cual él había quedado muy mal parado. No sólo por el exceso de alcohol, sino porque se había sobrepasado con la mujer de un alemán.

- Perdón, había dicho Méndez completamente ebrio, distinguida señora, la confundí con una putita que conocí hace un tiempo.

El éxito de don José en la zona fue total.

Rápido y total.

Ayudado por su simpatía natural, las dotes de gran conversador, una capacidad ancestral de vender y de comprar, de saber ofrecer las mercaderías, destacando las cualidades o minimizando los defectos de cada producto, ofrecer lo mejor de cada rubro, ya desde el primer viaje logró vender muy pronto y muy bien todo lo que llevaba. Para cada persona tenía algo indispensable y cada objeto tenía un hombre o una mujer que lo estaba necesitando

Nunca olvidaría la primera llegada, aunque todos los retornos hubiesen sido tan cargados de energía. Siempre intensos y fuertes, pues el arribo a Angol era para él como entrar en el atrio de la vida verdadera.



Los éxitos de don José, por cierto, no fueron sólo comerciales. Trabajó fácilmente amistades.

El primero que se le acercó en el Savoy, fue el gringo Winter, un suizo alto, fornido, buen mozo, quien le dio la bienvenida. La primera noche en el pueblo, cuando se disponía a comer solo, fue invitado por Winter a compartir una mesa con otros amigos. Allí estaba otro suizo, el gringo Nawrath, con quien también haría amistad duradera. De cierto modo, serían sus mejores amigos en Angol, con quienes jamás comerció, sino que compartió alegrías y penas. Como la noche aquella,

cuando entre don José y Nawrath debieron esconder, proteger y consolar a Winter, para evitar que se suicidara o se lo llevaran preso.

Con la misma actitud decidida que ponía en todos sus asuntos, Winter, alto, poderoso, recto, tal vez algo rígido, atractivo, cruzó el pueblo entero hasta la Escuela. Iba en busca de don Ramón Valdés, el Director. Por decires del pueblo, se había enterado que era el amante de su mujer.

Se lo dijo a ella, que no recapacitó.

Le mandó mensajes a él, que no los entendió.

Entonces, después de tomarse unos tragos, anunció que lo mataría al día siguiente en la mañana si acaso no tomaba sus cosas y se iba del pueblo. No podría quejarse: estaba advertido y tenía plazo. Salió de su casa en la mañana, después que habían sonado las campanas de la primera misa, caminó con la energía y decisión propias de las grandes ocasiones. Todos, en el pueblo, sabían su objetivo. Los que querían al profesor Valdés, rezaban porque estuviera armado o se hubiera ido. Los que lo detestaban, víctimas anteriores de este intelectual libertino o algunos ex-alumnos irritados, apostaban por Winter. Mientras Winter caminaba desde su casa hasta la Escuela, las calles estaban vacías, sin un solo transeúnte, aunque la mayoría de los habitantes estuviera ya despierta, muchos verdaderamente aterrados por feos presentimientos. La fría mañana invernal fue silente testigo de los acontecimientos que, como siempre pasa en estas tierras, se pueden anticipar en sus resultados cuando son humanos. Llegó hasta la Escuela, cruzó el patio hasta la casa del Director, sin

golpear ni anunciarse dio un patadón con tanta fuerza que la puerta cedió completamente de sus soportes y cayó.

Valdés se hallaba vestido con su terno café - color tan apreciado por los hombres que no tienen conciencia de los males que hacen ni de sus propias limitaciones- tomando el desayuno. Al sentir el golpe, se puso de pie, apoyando una mano en la mesa, como quien va a iniciar su discurso en un banquete. Así lo encontró el gringo Winter, cuya cara brillaba por la furia y la decisión tomada. Entró, se puso frente a él, sacó el revolver y le despachó seis balazos con el brazo extendido sin siquiera haber dicho buenos días.

Winter, que parecía tan tranquilo en la mañana, terminó llorando destrozado, no por la muerte del Director de la Escuela don Ramón Valdés, sino porque no sabía cuál sería la reacción de su mujer. Ella siguió junto a él, como si nada hubiera sucedido, sin comentarlo jamás, hasta que encontró con quien sustituir al amante fallecido tan trágicamente.

Hubo un breve y liviano intento de juzgar al gringo. Predominaba la sensación de que el criminal había representado el sentir de muchos otros maridos engañados y mujeres despechadas, actuando casi como un sanador público, mediador de los deseos de muchos. A ello se unió la no muy discreta presión que hizo Vallejos, un agricultor de Negrete, que zanjaba todos sus asuntos a punta de escopeta. El caso es que finalmente no hubo prisión preventiva y después de muchos años fue sobreseída la causa ante la imposibilidad de detener al autor. El día del sobreseimiento definitivo se realizó una fiesta en la que par-

ticiparon todos, incluidos el juez y el secretario del tribunal. Sólo faltó el nuevo Director de la Escuela, tercero después de don Ramón Valdés, también llamado Ramón, pero García, quien consideró que su asistencia hubiese sido un gesto poco solidario con su fallecido colega.

Desde el día de su primera llegada a este pueblo y en todos sus siguientes viajes, los dos suizos y don José se vieron asiduamente, conversaron, trabaron una amistad propia de inmigrantes que saben vivir con intensidad. No era fácil imaginar qué podía unir a estos hombres de orígenes tan distintos y a quienes sólo parecían hermanar la condición de extranjeros y el avecindamiento en Angol.

Aunque la amistad crecía, siempre hubo un trato de respeto en el lenguaje: Don José, Don Teodoro, don Juan.

Don Juan Winter salía frecuentemente al campo, ocasiones que su mujer aprovechaba para serle infiel, así es que él no siempre compartía los espacios y tiempos con estos amigos.

Don Teodoro Nawrath, solitario, abandonado por todas sus mujeres -ya iba en la cuarta- las que ni siquiera le llevaban los hijos para que pudiera verlos, esperaba con ansias cada llegada del palestino al pueblo, pues era lo único que rompía las rutinas. Se entretenían de todas las maneras que es posible suponer: las entusiastas comilonas, fiestas, paseos y, por supuesto, entretenidas conversaciones que pasaban de lo jocoso a lo profundo con una facilidad sorprendente.

Se fue creando un grupo muy pintoresco en

torno a don José y don Teodoro, con la activa participación de don Juan Winter cuando estaba en Angol, un francés de apellido Chiffelle y dos italianos que venían habitualmente de Capitán Pastene. Uno de ellos confesaba llamarse Venturelli, lo que no todos creían, pues se habían conocido ya demasiados italianos que usaban el mismo apellido. La verdad del origen de ese apellido era mantenida en reserva por los inmigrantes, pero fue revelada por el descendiente de uno de ellos, que llegó a ser un famosísimo pintor: fue el apelativo que les puso la monja superiora de un hogar de niños huérfanos y desvalidos cuando, al conseguir un barco que los llevara a América, los encomendó a la «ventura de Dios». El otro, Saffirio, hombre cultísimo y obsesivo, terminaría por irse a vivir a Temuco. También tomaban parte en el grupo algunos lugareños, entre los que se hacían notar dos agricultores poderosos de la zona, pero sencillos en sus costumbres, Soto y Cortez. En los asados, los paseos y las conversaciones, se incorporaba frecuentemente Fray José María, un sacerdote franciscano, rechoncho, gran conversador, culto y con aspiraciones de santidad, cada vez más lejanas por sus aficiones a la comida y la bebida que, evidentemente, postergaban la virtud de la templanza a un segundo plano, cuando no a un tercero. Las comilonas a veces le despertaban otras reacciones terribles, como la ira que sentía con Saffirio que, ante él, posaba de ateo y llevaba al sacerdote a discusiones impropias de un asado bien regado y bien servido.

Don José estableció desde el primer momento los contactos suficientes como para que quedaran sentadas las bases para los próximos viajes. Conoció a muchas otras personas importantes del pueblo: comer-

ciantes destacados, el Alcalde, el Intendente, profesores del Liceo, el cura párroco, el comandante del Regimiento de Caballería «Húsares de la Muerte», gran admirador de los caballos árabes. Aprendió de ellas todos los secretos claves de la zona: dónde comer, dónde dormir en los viajes por los alrededores, dónde vivían sus presuntos clientes, cuáles eran las necesidades que era preciso satisfacer, con quiénes juntarse, a quiénes frecuentar.

Don José no vivía en Angol, adonde venía cada cierto tiempo. Mantenía su domicilio permanente en Chillán con Jorge y Corina, que lo esperaban a sus retornos con cariño, calor y comida.

Repitió los viajes con irregular periodicidad, cada cinco o seis semanas. Aunque el Hotel era caro, se mantuvo allí debido a su propietaria. Se trataba de una mujer de acento extranjero, que nunca aclaró si era suiza o alemana.

- Pero, señora, ¿Usted es alemana?

- Ya.

Y si después de un rato de conversación le preguntaba si era suiza, la respuesta era la misma.

Se llamaba Anne Marie y sentía que este extranjero, tan extranjero o más que ella, era como un amigo desde siempre, una especie de cofrade en sus propias limitaciones: el idioma y la soledad. Le dio todo tipo de facilidades en su estada, le reservó la pieza más importante, hasta el extremo de que si no era indispensable, en sus ausencias no la entregaba a nadie y le hizo significativos descuentos. Don José, un gentil

caballero, retribuía con finos regalos en adornos o perfumería, que eran, para la señora Anne Marie como trasladarle un pedacito de la Europa lejana hasta el fin del mundo, donde estaba viviendo ahora.

TRECE

En el Tarot, el Arcano Mayor XIII representa a La Muerte: el cambio puede ser manejado por circunstancias externas, pero cuando se adquiere conciencia, la persona gesta su propia transformación, se prepara para cruzar los umbrales y dar comienzo a una nueva vida.



Los amigos que fue haciendo en Angol esperaban con ansiedad las visitas de don José.

Pero no sólo ellos, sino muchas otras personas, cada una por sus propias y fundadas razones, algunas imaginables, otras inconfesables: los corteros y pionetas de la Estación, recibían contentos a este hombre exigente y simpático, que bromeaba con ellos, los dirigía en sus operaciones y luego daba jugosas propinas; los comerciantes, tenían acceso a productos de gran calidad, elegidos por la fina percepción de don José; las esposas de los comerciantes nunca dejaban de elegir algo de lo que traía don José para sus propias casas, aprovechando de invitarlo a comer para escuchar las historias entretenidas de los viajes, en compañía de otros matrimonios, dueñas de casa adineradas y agricultores de la zona, todos irían luego a las tiendas a adquirir los productos de ornato, los utensilios de cocina, la ropa femenina, que don José entregaba en esas tiendas o lo invitaban a sus propias casas para que

él les llevara los encargos que le habían hecho en el viaje anterior: cajitas de música de fabricación alemana, pañuelos de seda de la India, espejos de Austria -cuya llegada se vio parcialmente afectada por la guerra que puso fin al imperio austro húngaro-, peinetas belgas, bufandas italianas, perfumes franceses.

Pero don José también traía productos para personas que tenían menos dinero: los funcionarios de los servicios del Estado y de la Municipalidad; las profesoras de la Escuela y del Liceo y las señoras de los profesores de esos mismos establecimientos y de la Escuela Industrial, incluyendo a los Directores y los Inspectores Generales. Todos ellos compraban juguetes de la China, pedrerías de Bohemia, perfumes españoles, jabones y dentífricos argentinos, imitaciones de las primeras estilográficas alemanas.

A su llegada, el Presidente del Club Social y otras personalidades del pueblo lo invitaban a cenar o a las reuniones sociales habituales, con la intención de que él amenizara la fiesta relatando sus propias asombrosas aventuras, muchas veces no eran historias reales, sino adaptaciones de los cuentos mágicos, nunca supo si eran ficción o no, que su padre Fadleddín contaba a la familia reunida allá en Palestina.

El propio concesionario del Club Social se preparaba con ánimos para la llegada de don José, pues sabía que significaba un aumento en las ventas. Los amigos se reunían casi todas las noches, cenaban y tomaban los tragos más caros, y platicaban hasta tarde para terminar jugando una manito de póker con apuestas no demasiado altas, pues don José no quería dilapidar: estaba en plan de ahorros.

La señora del Presidente del Club Social gozaba la llegada de don José, ya que siempre le significaba recibir dos regalos, uno de su marido y otro del profesor de Castellano del Liceo de Hombres.

Don José lo descubrió del modo en que descubren las cosas los comerciantes. El recibía encargos de todos los vecinos importantes. El Presidente del Club Social le pidió perfumes para su esposa y el profesor de Castellano, reuniendo parte de sus ahorros, hizo que le trajera cierto camafeo que él le había mostrado en un catálogo. Pieza única en Chile, era una joya carísima para los recursos de un profesor de Estado, que sería pagada en varias mensualidades. Cuando concurrió invitado a cenar donde el Presidente del Club Social, uno o dos viajes después de haber cumplido con esos encargos, vio a la dueña de casa con el camafeo prendido en medio de su busto solemne. Gentil, se acercó a saludarla, tomó la delicada mano de la dama en cuestión, la besó respetuoso y mirándola con los ojos grises llenos de picardía, dijo:

- Exquisito perfume es el del amor, que no viene en frascos ni chicos ni grandes sino en los ojos que son capaces de obsequiar a una dama las más bellas palabras y las más exclusivas joyas.

Ella enrojeció discretamente y el marido, que no entendió, dijo:

- Gran poeta nuestro amigo palestino.

También lo esperaba ansiosamente la señora Anne Marie.

Dueña del Hotel, fundado por su marido, quien murió antes de cumplirse un año de haber llegado,

viuda tempranera, se había mantenido casta y sin amores conocidos, aunque circulaba todo tipo de rumores sobre ella, incluso que tenía pactos con el diablo, pues pese a que no era joven, su piel estaba siempre fresca y sin arrugas.

Más que pacto con el demonio, pensaba don José para sí, se trata de afeites de buena calidad. Entonces, le traía de regalo unas cremas elaboradas con fórmulas que estaban fabricando en Francia y tintes suaves para los ojos, de modo que se destacaran suavemente en las penumbras en que se mantenían las habitaciones iluminadas con lámparas de gas. Era tan bien atendido en el Hotel Savoy de la señora Anne Marie, que don José desechó la idea de cambiar de alojamiento, aunque, pese a los descuentos, le resultara de todos modos un poco más caro que lo que podía costar una pensión.

Ella lo esperaba, pues lo consideraba el hombre más culto y amable de cuantos pasaban por Angol y no perdía oportunidad de conversar con él, a cualquier hora. Los días en los que don José salía a recorrer los alrededores, la señora Anne Marie también madrugaba para compartir la leche, el pan oloroso, alguna cecina, los jugos de frutas y una conversación grata. Aunque ella salía poco, parecía conocer toda la zona.

Cuando don José regresaba de sus cenas oficiales, reuniones sociales, sus sesiones de juego y conversación en el Club Social o de correrías sin coartada, la señora Anne Marie lo estaba esperando para darle café recién elaborado y un pedacito de kuchen de manzanas o de murtas, que permite recuperar los

niveles normales de todas las cosas, pues equilibra el azúcar, absorbe el alcohol, ayuda a la digestión y relaja los espíritus. En las noches más frías y menos tardías, cuando él llegaba de sus viajes por poblados y reducciones mapuches, lo esperaba con un aguardiente aromático, salame picante, aceitunas, maní y pasas sin pepas, para terminar con un mate dulce.

Largas conversaciones sobre todos los temas llenaban esas horas de la señora Anne Marie y don José. Hablaban de aventuras propias y ajenas y hacían reflexiones sobre la zona, los lugareños, los aspectos religiosos y algunos comentarios sarcásticos sobre la vida de otros habitantes. Don José era más discreto que su amiga y guardaba recato, pero ella le iba dando a conocer cada uno de los amores, rencillas, odios familiares, aprovechamientos que con abundancia se dan en los pueblos pequeños.

Y cuando comentaban de algún amigo común, la señora Anne Marie respetaba, sin saberlas, las tres reglas de oro del «copuchento», proclamadas por el viejo Saffirio cada vez que tomaba la palabra: «Yo soy muy amigo suyo», la primera; «Se lo he dicho más de una vez», la segunda; «Es por su bien», la tercera. Don José se desahogaba de ciertas penas pendientes y así llenaban sus horas con una amistad sana y hermosa, que, de cierto modo, era secreta.

Como secreta fue la amistad de Amina y Fadleddín.



El viejo patriarca no quería que la gente

común se enterara de su afición por las cosas relativas a la magia. Los pastores tienden a mirar con malos ojos a los hombres dedicados a estas cosas que ellos atribuyen, por naturaleza, a las mujeres.

Más riesgoso era esto para Fadleddín, si se tiene en consideración que tanto él como sus antepasados y algunos otros miembros ancianos de la familia, hablaban más de lo conveniente, contaban historias extrañas. Vienen de muy lejos, repetían. Tal afirmación despertaba algunos recelos en los lugareños, pues daba la impresión de que ellos no eran como todos los demás. Pese a ser la versión mantenida en cierta reserva, los amigos se sentían tan honrados por su relación con una familia tan arraigada en el planeta o algunos familiares con copas de más, que se refocilaban en la repetición semipública de lo contado por el abuelo de Fadleddín o el abuelo de su abuelo: que el Profeta los había llamado desde lejos para que vinieran a ayudarlo en el cumplimiento de su tarea.

Por cierto, eso despertaba envidias entre las personas corrientes y sospechas entre los musulmanes cultos, pues revelaba algo cierto, pero mantenido oculto para las masas: el Profeta desconfió de muchos árabes y prefirió a otros pueblos que no pertenecían a las capas superiores de los habitantes de la península.

Entonces Alia y Youseff decidieron ir a ver a Amina y ocultar el hecho a Fadleddín, sin imaginar que si lo hubieran hablado con él, todo habría podido resultar más sencillo. Pero las cosas fueron así.

Cuando Amina vio a Alia y a Youseff entrar en su carpa, supo de inmediato que habría un nuevo secreto que guardar. Y lo guardó.

Percibió el miedo de Youseff. Su percepción le permitió comprender que el más evidente pavor de Youseff se debía a que no quería que Faddledín se enterara de su visita. Pues Amina, mujer mágica e intuitiva, también descubrió que el muchacho tenía otros miedos enormes, aún mayores que a su padre o a ella y a su carpa, que subyacían a la magia, espantos desgarradores le venían desde adentro.

Entraron Alia y su hijastro. Amina los abrazó. Acarició al muchacho y los invitó a su alfombra. Pidió agua de azahares para perfumar y jugos de frutas, dulces de nueces y almíbar.

- El Señor, el Unico, el Grande, el Poderoso, los proteja. Agradezco esta visita.

Miraba a los ojos a Youseff. Lo vio pálido y aterrado, delgado, más de lo conveniente.

- No has dormido bien.

- No.

- ¿Has visto médico?

- No es un problema médico, terció Alia.

- Tienes miedo, Youseff.

Temía descubrir una verdad escondida, una realidad más fuerte que sí mismo; al ser develada lo conmocionaría, lo remecería para siempre, daría cuenta de su futuro, desarmaría su presente.

- Cuando se ha visto, ya no se puede dejar de ver.

- Así es -,dijo Alia.

Youseff tragó saliva.

No lo entendía mucho, pero sabía que era así: una vez que se ha acercado a la verdad, ya no es posible negarla. Cuando se ha visto, no se puede dejar de ver, aunque la realidad no nos guste. Eso lo sabía. No entendía por qué ni cómo, pero sabía que era así.

Amina no era simplemente una vidente o una adivina de las que abundan en Palestina ni una profetisa de esas que pueblan los territorios de los árabes desde hacía miles de años.

Amina era mujer superior, fuerte, sabia, energética. Y además, vidente.

En el papel de adivinas del porvenir estaban las mujeres del mercado, que mirando las líneas de las manos podían anticipar los caminos de la vida inmediata o al mirar el poso del café, veían el futuro.

Por eso, era un acto de audacia venir donde esta mujer. Con ella no se busca una respuesta fácil, como saber si se encontraría novio o si el niño que va a nacer será hombre o mujer o si la cosecha de este año será abundante. Se viene en busca de un consejo, de una orientación, de una verdad escondida en los sueños, en las pesadillas que están enloqueciendo al adolescente Yousseff, al hijo de su amigo.

Pero ni su amigo sabrá que su hijo viene a verlo ni el hijo sabrá que ellos son amigos.

Todo a su momento.

No es fácil venir a ver a esta mujer superior, tan árabe, tan seria, tan imponente, en un lugar especial, lleno de aromas fuertes y desconocidos y con decoraciones raras, traídas de lugares misteriosos.

Pero ellos venían a someterse ante Amina, para buscar respuesta a los problemas, a los dolores del alma, a los miedos nocturnos. Y someterse, significa aceptar también los resultados, cualesquiera fueren y a los efectos que sobre las vidas particulares tiene entrar a una carpa como ésta y salir con una respuesta.

Nada de esto era fácil.

No podía serlo.

Amina era una especie de sacerdotisa y ella se sentía así. Creía - y se comportaba de ese modo- ser un nexo entre el Altísimo, el Unico, el Grande, el Eterno y los hombres. Su deber era interpretar, traducir, la voluntad superior que se expresaba en signos visibles para todos, pero que sólo algunos son capaces de entender. Su tarea era explicar esos mensajes a quienes llegaran hasta ella a consultar.

No era una profetisa que debiera salir por los desiertos o por las calles de los pueblos.

Dios elegía a los suyos y ellos debían ir donde Amina u otros sacerdotes o sacerdotisas a preguntarle por el significado de las señales.

Algunos le pedían que interpretara los sueños o explicara las estrellas, o anticipara la tendencia en las cosechas de las tierras cercanas o augurara sobre la pesca o las crías del ganado.

Otros venían en busca de la curación del cuerpo o del espíritu.

Tal era el caso de Youseff y Alia, su hermosa y joven madrastra.

La tranquilidad del alma o la curación del

cuerpo se obtendrían a partir de las claras interpretaciones de las pesadillas, esos sueños terribles que no podía recordar al despertar, que lo hacían sufrir y lo mantenían en la angustia del olvido. Alia sabía que los sueños de Youseff tenían mensajes y justamente por eso los olvidaba, como una especie de precaución respecto de sus vidas habituales. Si lograba conocer, nunca más sería el mismo.



Y no fue el mismo. Conoció, comprendió, supo, tuvo el imperativo de actuar, hasta que debió salir de su tierra en un viaje, en busca de lugares pre-determinados, avanzando por tierras y mares, con pistas certeras y capacidad para seguirlas.

Amina lo dotó de instrumentos para conocerse a sí mismo y desarrollar sabiduría interior, en la que se armonizan la acción y la reflexión, las miradas penetrantes y las piernas activas, el cerebro vibrante y la emoción a flor de piel.

Viajó por el mundo, en busca de esas tierras entre cordilleras, valles hermosos, árboles mágicos y protectores, animales pacíficos, gentes de distintos orígenes.

Llegó hasta Angol. Luego iría a Traiguén. Y las reacciones de los que lo reciben le hacen pensar que todas estas personas lo estaban esperando.

¿Y ella?

¿Estaría ella verdaderamente acá?

¿Había nacido?

¿Habría muerto?

¿Cómo sería?

CATORCE

En el Tarot, el Arcano Mayor XIV representa a La Templanza: hay que saber mirar las cosas de otro modo. El mundo diferente, el extranjero misterioso, los países míticos, se revelan como crisis para los mundos establecidos, pero son las coordenadas básicas para avanzar hacia la plenitud.



Cada vez la llegada de don José a Angol se fue haciendo un acontecimiento más esperado e importante.

Los comerciantes sabían que no sólo se proveerían de las finísimas mercaderías de las que él era portador, sino que se realizarían veladas memorables en las cuales este árabe viajero contaría historias de sus travesías por el mundo y otras que eran sacadas de las «Mil Noches y Una Noche» o de los relatos de su padre, el viejo patriarca Fadleddín, pero que todos creían propias, tanto por su ignorancia como porque don José no se preocupaba de aclararlo.

En esas ocasiones se bebía y comía con singular entusiasmo, lo que ciertamente producía un correlativo aumento en el consumo de la ciudad y las actividades comerciales en general.

Sólo a modo de ejemplo, aumentaría la demanda de flores, libros, tarjetas y regalos para damas, indispensables en los días siguientes para que las

señoras, ofendidas por tanta trasnochada de sus maridos, los pudieran perdonar. Y don José era una pieza clave en ello, pues él les daba las sugerencias acerca de lo que debían decir las tarjetas, especialmente textos maravillosos de poetas árabes que él dictaba no sólo a los chilenos, sino también a los alemanes, suizos, franceses e italianos. Para cada una un poema diferente, una frase destacando las hermosuras de las mujeres y las cualidades de esas esposas a quienes se atribuía paciencia y recato, aunque más de alguna se permitía licencias inconfesables.

Angol no era una ciudad libertina, como pudieron serlo otras del sur, incluso la propia Traiguén en ciertos años, pero tampoco era un convento.

En el Club Social se jugaba a las cartas, un poco de póker, la tradicional brisca chilena y otros juegos simples, breves, entretenidos, aprendidos en su paso por Francia que don José enseñó a sus compañeros. Nadie perdía ni ganaba mucho, pero algunos pesos circulaban por sobre las mesas. Don José logró fama de buen jugador, pero siempre supo que era conveniente perder de vez en cuando y nunca ganar demasiado.

El dinero debía ganarlo en el trabajo y no en la suerte, las apuestas, las adivinaciones o las juergas. Y le era indispensable mantener la amistad y la simpatía de estos hombres angolinos.

El entorno humano era atractivo, pues en la zona de Angol había una enorme variedad de grupos sociales, nacionales, raciales, profesionales. Allí, tal vez por la hermosura de los campos o el orden del clima, estaban instalados los lugareños desde hacía cientos de

años, tradicionales mestizos de español y mapuche, morenos o rubios según la suerte de las leyes de la herencia.

Había varias reducciones de mapuches que se mantenían sin mezclas, pero cuyo número iba mermando. Los más jóvenes se iban a las ciudades en busca de nuevos trabajos y de promoción social y las muchachas era tentadas para ir como empleadas a las casas de los ricos en la capital o en Concepción.

Estaban también los suizos y los alemanes, en tareas agrícolas o comerciales, especializados en traer productos químicos, pesticidas, fertilizantes artificiales y procedimientos para producir alimentos derivados de la leche de vaca.

Los árabes, recién llegados, se dedicaban al comercio instalado, paquetería, géneros, zapatos.

Los franceses, como Chifelle, que partieron pronto hacia Traiguén, tenían las profesiones más variadas, un poco inestables, con aspiraciones intelectuales. Una biblioteca importante fue fundada en Angol por los franceses, pero un incendio la consumió completamente y ellos, convencidos de que se había tratado de un atentado de los alemanes, prefirieron reconstruirla en Traiguén.

Los italianos estaban instalados en Capitán Pastene, salvo uno de los Venturelli que decía, luego de dos o tres copas, que era un pirata alejado del mar, como se sabe, algo completamente imposible; pero iban a Angol o a Traiguén periódicamente, en busca de libros y de frutos de la tierra que ellos no alcanzaban a producir por las limitaciones de sus campos.

Personas de todos los colores, con pelos rubios, castaños o negros; crespos o lisos; bajos o altos, dando origen no sólo a una variedad estética exquisita en los paseos por las calles, sino además abría las perspectivas de un mestizaje novedoso y verdaderamente espectacular, con sucesivas mezclas de europeos de distintas partes, entre ellos, con otros mestizos o con otras razas, en una probabilidad como podría verse en pocos lugares del mundo.

Por ese entonces sólo faltaban las razas amarillas.

Y aunque los mejores amigos de don José fueron dos suizos, Winter y Nawrath, trabó amistad con muchas personas de todos los niveles sociales y económicos, lo que le permitió unir los éxitos personales con los económicos. Ganaba dinero y ganaba amigos. Y ganaba en crecimiento interior, porque de todos ellos aprendía un poco y lo asimilaba.



Amina le había enseñado una técnica para almacenar las experiencias, para relajarse e ir incorporando en los casilleros de su cerebro cada una de las informaciones, con el fin de poder usarlas cuando fuera necesario.

Así como sabía hablar y contar historias hermosas de animales, de personas, de plantas mágicas, de lugares exóticos, también sabía escuchar con paciencia y tolerancia, esperar que el otro terminara de decir su discurso, para luego entregar opiniones propias. Amina había sido su maestra en escuchar y en guiar las

conversaciones por los derroteros que le parecían convenientes.

La primera conversación con Amina había sido sólo para distender las durezas y los hielos. Youseff tenía demasiados miedos.

De Amina se sabía muy poco. Quien la consultaba tenía una sola certeza: escucharía pautas para el futuro, de alto grado de certeza, con recomendaciones que no se podía ignorar sin asumir un alto riesgo. Eso aumentaba los miedos del muchacho.

Un resumen muy bien hecho por Alia facilitó las cosas, pues Amina pudo formarse un cuadro cabal sin interrogar en detalles al aterrado adolescente. Alia tuvo la sensación de que Amina preguntaba con tal seguridad que parecía conocer las respuestas de antemano y sus palabras no eran sino una confirmación de algo ya sabido. Un par de preguntas a Youseff, que respondía con cierta timidez.

Pero Amina, mujer sabia y prudente, lo citó para el día siguiente.

- No hay otra manera-, dijo Amina, con una voz dulce y atractiva, después de haber escuchado al parecer bastante- no hay otra fórmula para conocer con exactitud lo que te está pasando que presenciar uno de tus sueños.

No era fácil comprender una historia trunca, titubeante, dada por un resumen de un tercero, aunque fuera la amorosa e inteligente Alia, apoyada por las miradas angustiadas y la voz casi inaudible de Youseff. Además, tenía aterrado al muchacho lo que olvidaba de sus pesadillas y no pudo contar a Amina, la maga, la

sacerdotisa, hermosa y vieja, vestida de blanco, que lo miraba mientras sus joyas sonaban y lanzaban destellos. El ya casi no dormía en las noches, estaba en las lindes mismas de la locura y la desesperación. Recordaba detalles aislados, aparentemente sin importancia. Como podría comprobarlo tiempo después, cuando ya el trabajo con Amina estuviera avanzado, en esos retazos de sueños de los segundos previos al despertar, estaba justamente la explicación clave, no de la causa de sus pesares, sino de la solución.

- Vamos a presenciar tus sueños.

- ¿Cómo?

- No te preocupes, dijo sonriente, vendrás a soñar conmigo.

Sacó una yerbas y agregó:

- Alia, dale a beber una tisana de agua caliente con estas yerbas. Esta noche no soñará, dormirá tranquilo. Pero, cuidado, esa no es una solución, sino sólo un calmante del cual no se puede abusar.

Miró a Youseff.

- Vuelve mañana en la mañana, en cuanto te hayas levantado.

Y agregó, como si no tuviera importancia el tema.

- Y tu padre no se enterará. Por ahora.

Entonces Youseff y Alia regresaron al sol, a esos paisajes arenosos, amplios, con algunos olivos, el mar, los olores salinos, las esperanzas circulantes, el olor de las vides, la vista del Monte Carmelo.

Palestina era heterogénea en sus razas, sobre todo ahora con tantos turcos y tantos ingleses, pero tenía un paisaje homogéneo.



En cambio, los paisajes de Angol eran tan variados como su gente. Y todos hermosos. Para don José, pronto le fueron muy familiares. Acostumbró el ojo, el oído, el olfato, a las colinas suaves y los árboles enormes, a los extensos campos dorados por el trigo maduro, a los animales pastando, los miles de verdes pigmentándolo todo, los rojos, los variados tonos del marrón, el olor de la madera, la leña de las cocinas, los bueyes tirando sus carretas. Los frutales tan diferentes, duraznos amarillos y blancos, los pequeños de la primera temporada, los enormes tardíos de marzo, los priscos; las manzanas verdes del invierno, las rojas de la primavera, las pequeñas amarillas del verano, las secas para los chanchos, cuyo aroma sería apreciado por los mejores perfumeros; las peras de agua, las chicas y las enormes, las peras duras, las jugosas; las exquisitas naranjas, de jugo, de mesa, las de cáscaras gruesas y las simplemente perfumadas; los limones, los cerezos y los guindos, con cuyos frutos se preparaban deliciosos licores y mermeladas y también las moras para idénticas finalidades. Todas estas variedades, además de las flores abundantes y los árboles de hojas aromáticas, esparcían sus olores por todos los rincones de la ciudad y las amplitudes de los campos del entorno, con la ayuda de los vientos que soplaban en distintas direcciones y de los canasteros, que voceaban por las callejuelas de tierra.

Todo esto pasó a ser habitual para don José

en corto tiempo. Ya en el segundo o tercer viaje estaba constituido en un personaje local y para él no tenían mayores secretos ni las plazas ni los caminos.

Llegaba a Angol, pero no se quedaba allí.

Luego de estar con la señora Anne Marie, de conversar de su viaje a Santiago y de su breve estada en Chillán, de ordenar sus cosas, salía a recorrer a los comerciantes instalados y a preparar la partida por la zona.

Para ello conseguía una carreta con caballos en tiempos secos y con bueyes en épocas de lluvia y barro. Partía a los pueblos cercanos y las reducciones indígenas, a veces un poco hacia el norte, a veces hacia el poniente, la mayor parte de las veces al sur, es decir, en la ruta a Traiguén.

Esa era su tarea principal: recorrer lugares donde estaban los campesinos y sus mujeres, los profesores rurales, las patrullas de militares y policías, los mapuches que sacaban sus productos a la venta.

Con ellos se encontraba en los caminos y conversaban como viejos colegas, tomaban mate y comían charqui. Eran horas de conversación, lenta, pausada, afectuosa, intercambiaban ideas sobre costumbres y religión, tema que lo apasionaba, encontrando explicaciones para las lluvias, las sequías, las caras tristes de las mujeres de la zona, las angustias de un pueblo crecientemente acorralado.

Entonces, en medio de estos diálogos, él entregaba ciertas mercaderías, como sombreros, zapatos gruesos, colonia inglesa, espejos holandeses, arroz envasado, a cambio de ponchos gruesos, mantas de colores,

instrumento ; musicales, utensilios de cocina o de mesa en cobre o maderas finas, figuras de artesanía.

Todo esto lo hacía con un buen cálculo de tiempo, ya fuera para alcanzar a regresar a Angol, o por lo menos para llegar a Purén, Los Sauces, Capitán Pastene, el propio Traiguén u otro de los pueblos mayores donde podía encontrar alojamiento. Allí dormía, para partir raudo al día siguiente y seguir recorriendo caminos y pueblos pequeños, caseríos de campesinos. Con respeto y gentileza, entraba a sus casas, conversaba con ellos y les ofrecía sus productos.

Con los mapuches tenía una comunicación espléndida. Ellos, desconfiados del huinca, el chileno, el hombre blanco, atemorizados por el gringo, encontraban que este comerciante era completamente distinto.

Aún no se generalizaba entre los mapuches la expresión despectiva «turco» y entonces para ellos era simplemente un personaje curioso.

Curioso.

Curioso, por la facilidad para entenderse, por la sencillez de comunicación, la fluidez entre el extranjero y el aborigen para comprender lo que el otro hablaba, pese a que ninguno dominaba el castellano, al parecer su único nexo. Una tarde, aquella vez que pasó de Traiguén hacia Lumaco, se dio cuenta de que él hablaba en árabe con unas palabras castellanas y los mapuches usaban casi exclusivamente su propia lengua y sin embargo se entendían sin dificultades. Se emocionó, bendijo a Dios, el Unico, el Grande, el Eterno, el Misericordioso y recordó a su padre. Con lágrimas en los ojos, se puso de pie y abrazó a su interlocutor. Este no

entendió lo que pasaba, pero recibió contento la muestra de cariño.

Esa noche alojó en una reducción cercana, comieron asado de cordero y otras delicias mapuches elaboradas con maíz y yerbas verdes. Había logrado establecer un vínculo que jamás podría borrarse.

Con los campesinos las cosas no eran tan fáciles.

Algo más desconfiados, un poco más tímidos, no recibían con agrado a los extranjeros. Su situación social intermedia entre los propietarios y los mapuches, era equívoca, pues en realidad no tenían ni las libertades de los aborígenes ni la aceptación de los ricos, que los mantenían en situación de explotación. Con los pequeños agricultores, de un nivel algo más alto que los campesinos por su cierta independencia, el diálogo era más fluido. Las dificultades con los campesinos, sin embargo, no lo harían imposible: hermosas conversaciones surgidas en medio del comercio, intercambios de costumbres y el reconocimiento, ya no sólo de palabras comunes, sino también de gustos, aliños, cocimientos, vestidos, restablecían el nexo de nostalgia con ese mundo dejado por don José hacía dos décadas.

Su posición se hacía sólida en este mundo en el cual incursionaba y conseguía incorporar en su mente todas esas concepciones mágicas, religiosas o supersticiosas que abrían sus perspectivas. Iba conociendo el mundo en el cual se habría de instalar por mucho tiempo.

Tal vez, todo el tiempo por venir.

QUINCE

En el Tarot, el Arcano Mayor XV representa al Diablo: son todos nuestros miedos y obsesiones escondidos en lo más profundo. La principal tarea, para comenzar el acceso a la felicidad, es conocerlos y asumirlos. Después de eso, se puede aspirar a la libertad.



Su llegada hasta Angol no había sido una casualidad, sino una decisión. Era la puerta de entrada a ese mundo mágico descrito por Amina primero y por su padre después. Era el paisaje que buscaba desde hacía años.

Paciente, sistemático, había ido avanzando, paso a paso, hasta tomar la decisión meditadamente.

Por eso le interesaba la relación con la gente. Ese sería su lugar, su mundo, el emplazamiento en el resto de esta vida. Había nacido con una tarea y debía avanzar en ella, con confianza, serenidad, firmeza.

Con los campesinos las cosas fueron duras.

Así como con los mapuches hubo una entrada pronta, lo mismo sucedió con los agricultores de un cierto nivel e incluso con los más ricos, los cuales pese a tener casa en la ciudad, pasaban la mayor parte de sus tiempos en el campo sin la familia.

Trabó fáciles amistades, recurriendo como siempre a su cultura.

Para un agricultor, rico, viajado, que conocía Europa y había estado en los mejores lugares de occidente, constituía un personaje caído del cielo este árabe que no sólo conocía todos esos lugares, sino que se interesaba en ellos, los recordaba en detalles y tenía deseos de comentarlo. Para agricultores encerrados, que sólo veían a sus propios inquilinos, a algunos afuerinos, a las empleadas de sus casas, a algunos amigos, muy escasos, la llegada de un hombre fino e instruído, aunque extranjero, era como la de un profeta de la cultura. Y hablaban en castellano, que a don José le brotaba cada vez más fluido.

Siempre tenía algo que ofrecer: porcelanas de Sajonia, cuchillerías inglesas, tapices persas, bordados de Venecia, abanicos españoles, fantasías florentinas, platerías de México, habanos de Cuba, ron caribeño, grabados flamencos, libros científicos, mantones sevillanos. Ellos pagaban bien y le daban alojamiento en sus casas, donde incluso lo autorizaban para vender a los lugareños.

Don José tenía plena conciencia de estar por fin entrando en la ruta trazada por el destino.



Un destino señalado desde hacía tantas vidas, tantos años, tantos siglos, pero revelado por Amina en aquellas sesiones largas que fueron calmando sus pesadillas. Cuando Alia, en su nombre, explicó a Amina lo de sus sueños, estas pesadillas que él no recordaba, esos sueños recurrentes, angustiantes, aplastantes, que lo

mantenían con sensaciones de miedo y agobio, ella había contestado, como si fuera lo más natural, que entonces tendría que presenciar sus sueños.

- ¿Presenciar mis sueños?

Y lo citó para el otro día. No era fácil de entender.

Temprano en la mañana, llegaron Alia y Youseff a la carpa de Amina. Había dormido bien, relajado, sin sueños de ninguna especie, sin sudores fríos ni despertares violentos, sin gritos. Todo tranquilo.

- Ahora soñarás junto a mí, dijo Amina.

Miró a Alia.

- Vamos a soñar tú y yo. Nos quedaremos solos, pues no es bueno que Alia entre en tus sueños.

Alia miró con sorpresa.

- Sé cuanto lo quieres, Alia, no lo dudo, pero es mejor que Youseff esté solo conmigo.

Ella estaba asustada: se sentía responsable de Youseff y de haberlo traído.

- Nada pasará, querida Alia, estará conmigo, habrá muchas sesiones y tú sabrás todo lo que sea necesario para ayudarlo. El estará bien. Y te amará cada vez más.

Entonces, Alia quedó sentada en el recibidor de la carpa de Amina. Entendía, supo que debía ser así, confiaba en ella. Por algo había resuelto venir donde esta mujer, una maga maravillosa, que le daba plena confianza. Youseff y Amina pasaron hacia una sala interior. La mirada de Youseff a su madrastra fue la de

un escolar asustado que llega por primera vez a la escuela. Pero Alia estaba convencida que él ya había dado el paso necesario, estaba ante el umbral, el arco de los arcos, el atrio del tiempo y de la vida. Sabía que los temores no lo habrían de paralizar, pues él confiaba en Alia y ella en Amina.

Su mirada no era una llamada de auxilio, sino simplemente la verdad del temor, la disposición de ánimo para avanzar aunque no se conocieran ni el camino ni la meta, en cierto modo una despedida, como si él ya intuyera que luego de estas sesiones tendría que decidir partir, irse de la tierra.

Entraron a un espacio un poco más oscuro, con un cierto olor a incienso, suave, ambiente tranquilo, que invitaba a la relajación. Ella se sentó en una silla alta e indicó a Youseff que debía tenderse en una estera cómoda.

- Ten confianza en mí. Vamos a entrar a la antesala del sueño. Yo te guiaré suavemente, sin que te duermas verdaderamente, pero será lo suficiente para que puedas soñar. Será como entrar en ti, en lo más profundo, parecerá que duermes, pero podrás hablar, me relatarás todo.

Le explicó que él mismo sería capaz de ir seleccionando los sueños más importantes, los símbolos precisos, llegaría a las profundidades de su alma.

- Las pesadillas, hermoso Youseff, son los gritos desesperados del alma, que te quiere comunicar sus mensajes. Para eso te hace soñar, te manda mensajes, pero si tú no le haces caso, si rehuyes las verdades que te quiere contar, el alma se desespera y te grita, te

remece, te envía imágenes horribles. Justamente para que hagas esto: para que vengas donde esta vieja amiga que te ayudará.

La energía de Amina era tan intensa que él sintió sus manos puestas sobre la frente, pero ella estaba sentada, con los ojos cerrados, las palmas en su plexo solar.

- Vas a soñar con tus sueños de siempre, vas a abrir tu alma y tu mente, vas a caminar conmigo de las manos, unidas estrechamente. Yo te acompañaré mientras tú te conectas con tu propia alma, mientras diriges, junto a ella, tu sueño. Y yo te orientaré, querido niño mío, yo te conduciré hasta ese interior tuyo que está reclamando.

El miedo de Youseff se va disipando. Se entrega, su cuerpo se aliviana.

- Allá, en el fondo de tu cabeza, hay una gruta hacia la cual caminaremos. En la gruta hay una serpiente, mírala Youseff, mírala que ella es la sabiduría, tiene rostro de pez y está humeda, sus ojos miran con fuerza, te espera para hablarte, para enseñarte a caminar en la oscuridad. Ella misma te dará la luz que necesitas.

Y Youseff, con los ojos cerrados, ve la serpiente, camina lentamente hacia el fondo de la gruta, se acerca a ella y ya no sabe si la que habla es Amina o la serpiente, pero la voz es dulce, musical, y siente el viento suave que se levanta, la arena agitada en lontananza, el sol se deja ver a lo lejos por un horizonte múltiple, son cuatro soles hermosos, cuatro soles que se alzan al mismo tiempo, traen calor, ternura, luz delicada, y la serpiente sonrío, sigue hablando.

- Toma mi mano, Youseff, caminemos hacia tus sueños.

Tienen las claves necesarias para comprender todo lo que tienes que saber.

Se hizo un largo silencio. La serpiente con rostro de pez llevaba de la mano a Yousseff hacia la luz.

- Ahora, Yousseff querido, debes comenzar a hablarme, y juntos veremos lo que tú ves. Deberás decirme todo lo que pasa, necesito saberlo todo para poder ayudarte, no puedes dejar de hablarme.

Cuando los cuatro soles estaban altos en el cielo, Yousseff habló y lo hizo con lentitud, casi como si estuviera durmiendo, largo, con detalles, contestaba las preguntas de Amina, se refería al paisaje, a las gentes, pero este sueño era completamente nuevo, era un sueño que nunca había soñado, era un sueño hermoso, de palmeras, de desiertos, de aguas azules en la lejanía, de ojos amistosos que miraban, de lunas y soles, de carpas, castillos, un pelo rubio, un pelo rubio y largo, una melena ondeante, ojos celestes, una mano suave de dedos delicados, manos de princesa, todo tan hermoso como si fuera un cuento de ésos que se inventan para hacer dormir a los niños, todo de juguete.

Amina saltó de su silla, salió bruscamente de su trance, cuando Yousseff interrumpió la placidez de su sueño con un grito, agudo, terrible, desgarrador.

Mientras se desarrollaba el sueño en la sala interior, Alia esperaba en el espacio principal de la carpa de Amina, orando y comiendo pepas de zapallo, tostadas y saladas. Tomó agua de menta fría que le trajeron las sirvientas de Amina para resistir el calor y el nerviosismo. No se movía, no se iba ni a descansar ni a ocuparse de las tareas de su casa, pues sentía que su

deber era estar cerca de Youseff, este hijastro predilecto, este niño en crecimiento, este muchacho que Dios, el Grande, el Imbatible, el Conocedor de Todas las Cosas, el Misericordioso, le había puesto en su camino. Entonces oraba inmóvil, concentrando todas sus energías en el muchacho.

El ruido acompasado del mar facilitaba la espera, y aun cuando no fueron más de dos horas, Alia dormitó unos minutos. Fue justamente el instante en que perdió la continuidad de la vigilia cuando se produjo el grito.

Asustada, corrió hacia la puerta que unía a las dos habitaciones y desde allí vio a Youseff sentado en la litera y a Amina que lo tenía abrazado. Miró impresionada por la magia que admiraba sin comprender,

- Avanzamos hoy. Mañana seguiremos.

Más instrucciones sobre tisanas para no soñar esa noche y la invitación para la mañana siguiente.

- Te espero. Hoy hemos avanzado mucho. Cuéntale a Alia. Su energía nos ayudará.

Y Youseff camina como si estuviera despertando de un sueño profundo, tiene hambre y sed, se abraza de su madrastra.

El sol estaba en el cenit: poderoso y rugiente, un león desatado en el desierto y el mar. El Monte Carmelo despedía sus brisas tibias a esta hora y Youseff lo vio brillar como nunca antes. Ya iba hacia la respuesta.

En la ruta precisa, como sentiría después del tercer o cuarto viaje desde Chillán a Angol, al revivir

algunas de las sensaciones que tuvo cuando salió de la carpa de Amina la primera vez.

Empezaba el camino que debía conducirlo a la plenitud, hacia la vida sólida y con sentido finalista que estaba ansiando. No sólo para agotar esta vida, sino para cerrar los capítulos pendientes.

Y por ello se sentía feliz.

DIECISEIS

En el Tarot, el Arcano Mayor XVI representa a La Torre: los terremotos parecen destruirlo todo, pero en realidad sacuden las profundidades para permitir que salga a flote lo mejor de nosotros, desprendiéndonos de las imposiciones externas que a veces le atribuimos la calidad de verdades.



Cuando ya llevaba un año de viajes desde Chillán hacia Angol y sus alrededores, don José sabía que la situación no debía prolongarse por mucho tiempo. Convencido de que todas las cosas tienen su ritmo de maduración, las coincidencias no existen, hay sentido interno en el universo, se dio cuenta de que la realidad se comunicaba con él de modo evidente.

- ¿ No ha pensado en casarse?

Don José tomaba su último café antes de partir a la Estación de Trenes de Angol. Regresaba a Chillán. En la mesa, a su lado, la señora Anne Marie se había dado tiempo para despedirlo y hacer la pregunta.

El Hotel Savoy de Angol tenía cada vez mayor actividad ante un despertar sorprendente de las actividades comerciales y sociales de la ciudad. Pese a ello, la señora Anne Marie le seguía dando el mismo trato excepcional.

Esta pregunta excedía los marcos habituales

de la relación, pero a don José no le molestó que la mujer se atreviera.

Salió del Hotel y llevó la pregunta dando vueltas por su cabeza, aceptando como evidente a los ojos de todos que la situación hubiera madurado ya hasta el punto en que todo se hacía claro y manifiesto.

Jorge, su amigo y anfitrión chillanejo, rodeado del aroma suave del café y el aguardiente con apio, esa noche hizo la misma pregunta, en medio de una partida de ajedrez:

- ¿Y no ha pensado en casarse?

Cuando escuchó la voz de Jorge, movió el caballo, levantó la mirada del tablero de ajedrez y se limitó a decir:

- Jaque.

Y bajó la cabeza.

El estaba en la situación del rey amenazado: pocas alternativas de movimiento. No tenía sentido rehuir ahora el impulso inicial y motivo central de su viaje.

∞

- Ya es hora de que lo piense, don José.

La voz de la señora Anne Marie sonaba entre maternal y seductora.

- ¿No sabe que la Biblia dice que no es bueno que el hombre esté solo?

Y se le sonreían los ojos claros, buscando los grises ocultos tras el humo del cigarrillo.

- Pero se me olvidaba: Ud. no es católico.
- Pero conozco la Biblia. Y la leo y la respeto.

La voz y la mirada de don José denotaban cierta alarma, ante lo cual la señora Anne Marie, alejando fantasmas, estimó conveniente agregar:

- Usted debe tener hijos. No puede ser que un hombre tan interesante no tenga a quien entregar todo su saber.

Don José recordaba la voz de la señora Anne Marie, al tiempo que miraba a Jorge mover su Rey de Negras, perseguido por los dos alfiles y un caballo. El cambio de piezas los había llevado a quedar sin dama ni torres, él con un caballo menos y Jorge con el alfil de negras perdido. Cuatro peones cada uno.

- Puede ser-, dijo como meditando, mientras acercaba la mano hacia un peón.

Porque si todo tenía su momento, él sabía que ya estaba cerca, no debía apurarse ni demorarse, sino desenvolverse con la máxima prudencia. Ya todo estaba casi listo para cumplir los designios anticipados por Amina.

- Tienes que hacerlo-, había dicho.

Y él lo estaba haciendo, superando miedos, pasando barreras, atravesando el mundo desde el Monte Carmelo hasta estas tierras, en busca de una señal que le dijera: «ésta es».

Esta es.

La que debía nacer.



La señal llegaría. Así lo había dicho Amina, invocando a Dios, el Unico, el Fuerte, el Sapientísimo, el Invencible, el Santo. El sólo tendría que esperar, una vez que hubiera llegado al lugar indicado. Y había llegado. No sabía si más pronto o más tarde, tal vez en el momento oportuno.

Como esa segunda mañana, cuando llegó a la hora justa, acompañado de Alia, para la sesión con Amina.

- ¿Cuánto tiempo durará?

Alia quería saber algo.

Amina respondió con la voz firme:

- Nunca se sabe con certeza, Alia, pero será según su resistencia. Si aún hay muchas corazas, haremos una sesión de no más de dos horas, para no cansarlo excesivamente. Pero si todo camina bien, si avanzamos en forma suave y limpia, seguiré hasta terminar.

Youseff miraba a Amina como si estuviera hipnotizado.

- Mejor te vas y yo te mando a buscar en cuanto haya terminado.

Y entraron nuevamente a la habitación.

Alia se sacudía en contradicciones, pues quería presenciar lo que sucedería, quería participar, introducirse un poco más en los secretos de la misteriosa matrona. Pero sabía que debía ser capaz de hacerse a un lado.

Quedaron ellos dos solos, Amina y Youseff, en la habitación. El, tendido en la litera; ella concentrada: tal como la primera vez, lo fue guiando hasta el sueño, para volver a traspasar el umbral de la verdad luminosa, ésa que hay que conocer, pero a la que luego no se puede renunciar.

A la distancia, nuevamente el mar y el viento, aislados balidos de corderos, tal vez voces que Youseff no sabía si venían desde el exterior o desde su sueño que comenzaba a abrirse paso.

- Y ahora nos esforcaremos por acercarnos al dolor y los miedos.

Youseff se agita.

- Vamos a avanzar sin resistencia, para conocer el miedo, compartir con él, sin despertar, gritaremos todo lo que sea preciso, pero siempre durmiendo, lloraremos juntos, pero no nos despertaremos, no abriremos los ojos, para dejar que fluyan los mensajes hasta la luz.

Y Youseff entraba en una cueva, una gruta de relieves ásperos, caminaba con dolor, vislumbraba el sol a lo lejos y en su caminata cayó. Dolor en las rodillas, rasmilladuras en las piernas.

El trabajo fue difícil para Amina, pues esta vez Youseff había vencido todas las resistencias, se abría su mente para recibir todos los mensajes, las palabras y las imágenes, los miedos, los dolores, las angustias pendientes desde hacía cientos de años, en sueños obvios, en símbolos evidentes, claros, precisos, pero múltiples.

Youseff se revolcaba en la litera, gritó, lloró,

sudó y Amina seguía implacable su avance, viendo las mismas imágenes que el muchacho, oyendo sus voces, compartiendo el sufrimiento de un alma atormentada por las misiones que debe asumir y no sabe cómo. Ella abría paso entre las nieblas que genera el deseo de eludir las tareas, punzada por la urgencia de la verdad implacable, por la misión ineludible, las vidas desperdiciadas en huidas sin destino o en localizaciones erradas.

Amina va descorriendo los velos, incurSIONANDO por terrenos hasta ahora vedados y consigue ver las cadenas que atan a Youseff a sus pesadillas.

El sol ya se ponía, cuando Alia vio que se abría la puerta de la carpa. Amina estaba de pie frente a ella, vestida de blanco, con el rostro agotado, los ojos iluminados, más notorios en esa naciente oscuridad. Su espalda se estremeció. Pensó que podía ser el frío que comienza a levantarse siempre en las laderas del Carmelo a la hora que el sol se esconde, una especie de protesta de ese montecillo instalado junto al mar que no quiere quedar solo con tantos dioses y profetas que circulan por las tierras palestinas.

Alia miró a la maga y ella le estiró los brazos para acogerla. La joven madrastra estaba asustada, su corazón palpitaba enloquecido, sin control ni ritmo.

- ¿Qué ha pasado?

- Todo bien, querida Alia, todo bien.

Entraron juntas.

En la penumbra vio a Youseff, sentado sobre sus piernas, cansado, pero tranquilo. Se miraron,

fijamente y Youseff sonrió suavemente, con la liviandad de quien ha descargado su alma de los pesos dolorosos que la han afligido. Los ojos se cruzaron con dulzura y ella sintió que las lágrimas fluían, sintió un amor arrasador por este hijo de su hombre, que ahora era también suyo.

Alia se dejó caer a su lado y tomó las manos tibias y suaves del muchacho. Se acariciaron un rato en silencio, toda la ternura desbordada, los dedos de la nueva madre de Youseff recorrían su cabeza, desenredando el pelo largo y crespo, que caía suave en ondas cadenciosas.

Amina observaba la escena, necesaria gratificación para ese muchacho que necesitaba tanto amor y para esa madre tan joven, que sabía dar cariño. Amina cerró los ojos y comenzó a descansar, con fuertes inspiraciones y expiraciones lentas y suaves, controladas, por la boca, entregando medido el aire que ingería en grandes cantidades.

- Hemos terminado, dijo la maga.

Alia miró con cara de interrogación.

- Youseff no está enfermo. Sus pesadillas, que terminarán ahora, no son de enfermedad alguna.

Alia sintió que desaparecía su ansiedad por saber todo lo que estaba sucediendo, por comprender, por resolver las penas de Youseff. Supo que el adolescente había alcanzado un punto crucial de la vida, estaba iniciando una nueva tarea, un nuevo camino, muy largo, de trascendencia.

Alia miraba con sus hermosos ojos, abiertos, sorprendidos, ávidos.

- Youseff ha encontrado las respuestas que necesita, lo sabe todo, pero no lo entiende completamente. Es decir, entiende todavía muy poco. Deberá orar.

Los camellos gritaban sus saludos a las primeras estrellas y el viento dominaba los paisajes del mar y el desierto.

- La oración es importante, Alia, Youseff lo entiende.

Amina cerró los ojos.

- Deberá seguir viniendo, no ya para sesiones como ésta sino para prepararse. Debe asumir sus tareas y yo lo prepararé, le enseñaré todo lo que sea posible. Sus padecimientos de la noche tienen que ver con su pasado, con toda su historia, con sus vidas y en esta oportunidad él tiene la posibilidad de reparar.

Youseff estaba relajado. Los servidores de Amina entraron trayendo un brasero enrojecido, sobre el que derramaron incienso. Nuevos aromas se apoderaron del ambiente, trajeron agua de rosas para beber y luego seguir en lo que estaban: Amina hablando, Alia escuchando, Youseff respirando los nuevos aires de la libertad interior.

- Alia, tú deberás ayudarlo. Debe estar solo y orar, orar mucho, para que Dios, el Único, el Grande, el Que Todo lo Sabe y lo Comprende, el Vengador, el Reparador, pueda darle las fuerzas para cumplir con la misión que le corresponde. Ayúdalo a evitarle tareas mundanas cuando deba orar, pero enséñale todas las obligaciones para la administración de una casa, que lo necesitará para cuando esté solo: la cocina, la limpieza, el orden. Ya llegará el momento en que él se ocupe de eso. Por

ahora debe escuchar su interior, orar, venir a aprender de mí. Y también de su padre.

Alia se sobresaltó.

- No te inquietes, mujer, yo llamaré a Fadleddín y le explicaré.

Alia seguía inquieta.

- El es un hombre sabio que entenderá todo. Youseff debe cumplir su tarea, que es un doble viaje: primero viajará hacia sí mismo, conocerá sus profundidades, avanzará por rutas que han sido diseñadas sólo para él, que nadie puede transitar sin ir de su mano, y luego, cuando esté listo, saldrá a recorrer un camino de la tierra que le ha sido trazado, irá hacia otras regiones en busca de cumplir con lo que debe cumplir.

Como la noche ya parecía demasiado larga y Alia estaba inquieta, Amina abrevió:

- No preguntes más, Alia, ya sabrás lo que debes saber, no preguntes nada a Youseff, que nadie pregunte, que nadie le hable de estas cosas. Sólo su padre hablará con él y tú dale lo que tienes, compañía y amor. Youseff orará y aprenderá y cuando Dios, el Altísimo, el Que Todo lo Oye y lo Sabe de antemano, escuche sus oraciones, le dará lo que debe darle. Entonces tú sabrás toda la verdad, porque yo te la explicaré con detalles.

Y supo Alia que el sueño de Youseff ya tenía respuesta, él ya no soñaría estas pesadillas. Y ella sería muy importante en su lucha por conseguir la felicidad. Las penas terminaban y Alia se sentía agitada, emocionada, contenta.

La noche había caído completamente sobre el

pueblo y el desierto y Youseff comenzaba a sentir hambre. Todo estaba oscuro en esas laderas del Monte Carmelo, era una noche sin luna, en la que sólo las estrellas entregaban su brillo al mar.

En esa zona de Palestina, que es el gran corredor por el que transitan civilizaciones y se juntan los hombres de todas partes del mundo, el mar ronroneaba satisfecho y Amina, en su carpa, sonreía iluminada por el carbón y sus esperanzas, reflejando su silueta para los caminantes. Alia y Youseff avanzaban abrazados hasta el poblado.

Los ojos de Amina brillaban como las estrellas.

Los de Alia lloraban de alegría.

Amina estaba contenta. Era maga en plenitud.

Si alguien la hubiera visto en ese instante, por las manos, por el brillo de los ojos, por la sonrisa, podría haber sentido miedo. Amina vivía en un límite difícil para las personas corrientes y esta noche lo había recorrido completo.

Las pesadillas de Youseff terminaban. Esa noche Alia durmió a su lado. La pieza perfumada, las mantas bien colocadas, las ventanas entreabiertas.

Youseff tuvo fiebre y sudó: pero Alia sabía que soltaban los últimos frenos, secó su humedad con pañuelos de algodón y le dio de beber infusiones de yerbas.

Youseff también se hallaba en el límite.

En la mañana siguiente, ya no estaba asustado. Tranquilo, relajado, los ojos serios, marcados

por la decisión y una nueva profundidad. La picardía vendría con los años. Los ojos grises y verdes como el mar de Palestina, la presencia más resuelta, el cuerpo más erguido.

∞

Ya estaba decidido a tomar las medidas pertinentes cuando Jorge, frente al tablero, planteaba las mismas preocupaciones de la señora Anne Marie.

Claro, debía casarse, debía encontrar a la mujer apropiada.

La mujer que lo estaba esperando.

- Jaque, Jorge-, dijo.

Jorge lo miró, sonriente. Y un segundo después agregó:

- No puedes sacar esa pieza, quedas al descubierto.

Don José, con los ojos pícaros, comprendió que se había cazado en la propia trampa.

- Y será mate, inevitablemente-, reconoció.

DIECISIETE

En el Tarot, el Arcano mayor XVII representa a La Estrella: De lo alto nos vienen las oportunidades. Las luminarias de la noche nos ofrecen la verdad más simple, desnuda, desvalida. Hay tierras y personas que están preparadas para recibir los mensajes.



Don José se sentía bien, armónico, equilibrado, satisfecho. Ya estaba en la línea correcta.

Tenía una empatía fundamental con el paisaje. Gozaba del aroma de la lluvia y el color de los árboles; gozaba con las llanuras y las colinas; los maquis, las zarzamoras y los bosques; el ruido de los ríos, el sabor de las manzanas y las carnes, la textura de los digüenes.

Este era un tema de conversación recurrente con sus amigos suizos y alemanes, pues ellos venían de lugares donde el clima, más áspero y duro, se parecía al de esta región del mundo en muchos aspectos. En cambio, su ambiente originario era muy distinto.

El coronel Reyes, comandante del Regimiento «Húsares de la Muerte» de Angol, le dijo que hubiera sido más natural que él se acomodara en el norte, donde hay desierto y playas, mar y sequedad, ambientes salinos y arenosos. Pero está aquí instalado, incorpora-

do, gozando el calor de las salamandras de hierro, los aromas de las leñas, el sabor de los pepinos que crecen en los huertos y por él escogidos para las ensaladas.

Era difícil explicar su opción por estas tierras. Más aún, su adaptación tan fácil. Venía de una tierra muy distinta. Desértica, con árboles de otro tipo -salvo las palmeras que, cualquiera fuere el lugar del mundo donde crecen, son siempre iguales en sus infinitas variedades-, casi sin lluvias, calores diferentes, otra humedad, otra temperatura, colores y olores que no guardaban relación con este mundo del sur de América y sus valles intermedios tendidos entre la cordillera de los Andes y la Cordillera de la Costa; las zonas selváticas, recién pobladas, llenas de bosques nativos nunca antes explotados, con árboles grandiosos de decenas de metros de altura y cientos de años de crecimiento.

Todo era muy diferente, sin embargo don José se sentía contento cada día cuando todos sus sentidos se volcaban hacia la naturaleza.

Como si fuera su clima de siempre.



Era lo que decía su padre, Fadleddín, hombre árabe por excelencia, mágico, sensual, serio, sin cansarse de repetir que su familia venía de tan lejos, que no todos los árabes han vivido siempre en el mismo lugar y ellos fueron llamados por el Profeta.

- ¿Tu crees en la magia, Fadleddín?

Amina preguntaba a su amigo con cierta solemnidad, como si acaso no se hubieran pasado tardes completas hablando de lo humano y lo divino. Ella

había prometido a Youseff conversar con su padre, para que se sumara a los esfuerzos por conseguir las posibilidades de realización del muchacho. No debía dejar pasar mucho tiempo, así es que en la primera ocasión, hizo la pregunta.

Fadleddín miró a la maga, sin comprender el fundamento de una pregunta tan extraña, que tenía respuesta conocida. Supo de inmediato que ella quería introducir algún tema y no le era fácil. No respondió, sólo se quedó mirándola fijamente.

- Conocí a tu hijo Youseff.

Derecho al grano. La noche había comenzado en las laderas del Carmelo, minutos antes que en el resto del poblado. Los habitantes miraban el sol que se ponía en el mar, desde las alturas interiores o en las laderas ponientes del Monte Carmelo. En la carpa de Amina siempre oscurecía un poco antes.

Cuidando que todo saliera del modo más natural, para no despertar ni miedos ni iras ni celos ni resquemores, fue relatando lo que había sucedido, desde los temores y las pesadillas, la delgadez extrema, los ojos tristes, hasta estos días de encuentros y soluciones. O antesala de soluciones.

Mientras ella hablaba, él escuchaba con respeto, llenaba su boca con trozos de pollos sazonados con especias traídas de la India y almendras saladas, saciaba la sed con aguas de frutas y café amargo.

- ¿Y cuál es la explicación?

Amina se puso de pie y caminó hasta el extremo de su carpa. Había una ventana y ella levantó

la cortina. Apareció el Monte Carmelo, pequeño, robusto, espléndido, erguido, ribeteado por la última luz del sol. Allí habían estado los cruzados, los turcos y tantos otros de estos transeúntes de la Palestina. Ahora estaba ella.



- Allí, Fadleddín-, dijo señalando la ladera oriental-, al lado de las cuevas, existía un pequeño castillo, donde vivía una familia de sabios venidos de Europa. Habían salido desde las grandes islas que quedan más allá del Mediterráneo, un lugar llamado Avalon. Caminaron a través de toda Europa hasta llegar a este punto en el cual sabían que serían respetados, porque ésta es una tierra bendita por Dios, apta para el nacimiento de profetas, sacerdotes y religiosos, donde la sabiduría es bienvenida. La llegada de los romanos y otros pueblos también romanizados, fue apagando las llamas de la sabiduría en aquella zona. Los gobernantes eran cada vez más vulgares, intolerantes, afanados por la guerra y la violencia, sin ningún interés por el arte ni por el desarrollo del espíritu ni otras formas de evolución interior. Por eso ellos salieron de su tierra.

«Tres o cuatro generaciones antes, en Arabia, había muerto nuestro Profeta de Dios, con él sea la Gloria en el Señor. Los recién llegados eran gente pacífica, hermosa, seguidores de un Dios único, sin ritos, sólo con amor. Rubios y suaves, todos hermosos, no hacían daño a nadie, pues pasaban el día en oración y contemplación o cultivando sus chacras sencillas. Hombres y mujeres, algunos niños, jóvenes y viejos.

«Pidieron permiso a los musulmanes, que les dieron un terreno. Construyeron un pequeño castillo;

con el correr de los años, fue creciendo en habitaciones, se aprovecharon las dimensiones del espacio concedido, sus accidentes, sus cuevas. La familia también crecía.

«Deben haber transcurrido cien años desde la instalación de esa familia, cuando comenzaron a llegar a la zona otros grupos de hombres venidos desde el norte de Asia, con afanes violentos e intenciones poco agradables para los habitantes. Las autoridades musulmanas estaban ocupadas en la expansión y no repararon a tiempo en los actos de bandidaje que desarrollaban estos extranjeros.

«Entonces, el más importante de esta familia de seres rubios y sabios, un anciano de aspecto atrayente y bello, llamó a algunos hombres jóvenes, del pueblo, árabes, la mayoría de tu familia y les encomendó el cuidado del castillo.

Armados con los mejores cuchillos y las más espléndidas espadas, los imponentes guardias disuadían por su sola presencia a los posibles asaltantes.

Uno de los hombres traídos para cuidar a la familia, de nombre Omaru, que significa el constructor, y a quien apodaban «El Dib», es decir, «el lobo del desierto», por su astucia y su habilidad para el combate a cuchillo, fue llamado por el anciano.

«- Omaru El Dib, le dijo, quiero encomendarte una tarea especial. Mientras todos los tuyos hacen guardia para defendernos de los ataques, yo quiero que tú concentres todas tus energías en cuidar de mi pequeña hija Garden.

«Garden era una niña de seis años, ojos vivaces, una hermosa melena rubia. Tenía ese nombre, porque la

familia quería acercar fonéticamente a la niña al Monte Carmelo, en cuya ladera se alzaba la propiedad, pues ambas palabras significan lo mismo en distintos idiomas: jardín. Era la más inteligente de los descendientes de esa familia y se suponía que estaba destinada a ser una princesa que refundaría ciertas tradiciones. No entró en detalles.

«- Debes cuidarla. Todos pueden morir a su alrededor, incluido yo mismo, pero a ella debes protegerla con el riesgo de tu propia vida.

«Y Omaru el Dib aceptó el encargo de proteger hasta su muerte a la niña. No se separaba de ella ni de día ni de noche y, muy culto él y muy inteligente ella, se apoyaron mutuamente con conocimiento y reflexiones, durante todo un año.

«Cuando ya faltaba poco para que Garden cumpliera los seis años, sobrevino el ataque. Una banda de asaltantes que circulaba por allí, atacó el castillo. Eran más de cien hombres armados que saltaron sobre muros y panderetas. Fue una embestida feroz, los guardias árabes intentaron repelerla, pero el mayor número y la ferocidad de los atacantes, los hicieron fracasar.

“En cuanto comenzó el ataque, Omaru el Dib tomó a Garden y se fue con ella a la torre más alta, parecía inexpugnable, armado con su cuchillo y una espada. Desde allí presenció la matanza feroz, donde los familiares de Garden y sus compañeros iban siendo exterminados en una verdadera orgía de sangre, en medio de gritos y amenazas. Diez hombres llegaron hasta la torre alta. Se lanzaron sobre la puerta y lograron que cediera. Omaru el Dib, combatiente experto

y salvaje, los enfrentó, con el cuchillo en la mano izquierda y la espada en la derecha, teniendo a la niña tras sí. La habitación era pequeña, así es que sólo accedieron tres invasores. Bastaron pocos movimientos para que cortara dos cuellos y enterrara en medio de los ojos el puñal al tercero, entraron otros y así, con la misma ferocidad y presteza, dio cuenta de los diez. Justo cuando caía el décimo, logró ver que desde una terraza frente a la torre, lanzaban una flecha en llamas. Saltó hacia un costado y las llamas llenaron la habitación.

«Garden quedó a un lado y él, al otro.

«Entonces, Omaru el Dib, sufrió una desesperada reacción de pánico y ordenó a la niña salir por su ventana, tratando él de hacer lo mismo. Pensó cruzar las llamas, pero tuvo miedo y dio a la niña una instrucción imposible. El salió y cuando intentó la vuelta a la torre, vio a Garden, la pequeña princesa a su cuidado, la que protegería hasta con su vida si fuere necesario, caer por un precipicio, rodando, en un reguero de sangre, hasta estallar en los roqueríos de la sima.



- ¿Y qué tiene que ver esto con Youseff?, preguntó Faddledin, con cierto tono de molestia.

- Tu hijo Youseff es Omaru el Dib.

Hay historias mágicas, novedosas, extrañas, entretenidas, sorprendentes. Fadledín no sabía qué calificativo poner a lo dicho por Amina. Si quien le hablaba hubiera sido otra persona cualquiera, se habría puesto de pie y salido de la carpa para no regresar jamás. Pero era su amiga Amina, mujer a la que apreciaba y respetaba.

- Fadleddín, hombre grande y sabio, has escuchado una historia que te sorprende, porque te digo que se trata de tu hijo. Aún no he terminado.

Escanció más infusión de rosas, trajo frutas y dátiles, puso el café al fuego.

Fadleddín, sentado en los cojines, se resintió del cansancio de sus piernas forzadas a esa posición. Se levantó con dificultad.

El tiempo no pasaba en vano: tanto camino recorrido, tantos años, tantos hijos, tantas mujeres. Suspiró. Ya no era el mismo de antes y no sabía qué sería de su vida, cuánto más viviría, qué podría hacer. A nadie había revelado sus secretos ni sus conocimientos. Hombre sensible y profundo, fue visto por los que lo rodeaban como un productor eficiente y un comerciante hábil, pero, salvo las entretenidas historias que le escuchaban relatar en torno al fuego o la mesa familiar, ni sus hijos ni sus mujeres ni sus amigos sabían de sus pensamientos sobre la vida y la muerte, de su fe en Dios, sus relaciones con el pensamiento mágico, sus estudios de las estrellas, de los números, de las líneas de las manos.

El calla muchas cosas, como los detalles de esas historias de su familia que le llegaron por distintas vías, cuanto supo de las tierras lejanas, de las historias del pasado, de los hombres que viajaban por los aires, de los animales gigantescos, de los seres que venían de lejos, tan lejos, que nadie podría recordar con exactitud.

Escucha sin entender bien: su hijo es un hombre llamado Omaru el Dib. Vivió hace tiempo y le han sucedido cosas tales y cuales. No entiende bien,

pero presiente que todo esto tiene dos caras: por un lado hay algo malo, algo pendiente, algo no grato; por otro, está conociendo cosas nuevas y tal vez este hijo suyo tenga alguna misión importante en relación con él. Quizás en Youseff pueda confiar más que en los otros hijos.

Vinieron a su memoria las historias de tantos patriarcas de estas tierras, de Jacob el fundador del pueblo judío, de Abd-al Muttalib el abuelo del Profeta, de tantos otros. Tenían con sus hijos menores una relación mágica. Estos, en una cierta debilidad física escondían la fortaleza del espíritu que habrían de revelar en los años de la madurez.



Omaru el Dib, Omaru el Dib, Omaru el Dib, repetía en voz muy baja Fadleddín.

- El ataque de los bandidos terminó con una matanza general. No sobrevivió ninguno de los habitantes del castillo, todo fue saqueado y se llevaron hasta las vestimentas de los recién muertos. La mayor parte de los guardias también murió y dos o tres quedaron gravemente heridos.

«Omaru salvó con vida. Estaba desesperado, pues no había cumplido con su palabra y su actitud había permitido que la niña muriera. Ella estaba a su cargo y él la dejó morir. Destrozado, adolorido en lo más profundo, aunque nadie le formuló ningún reproche, él no podía dormir por las noches, repitiendo al momento de conciliar el sueño o incluso cuando ya se había dormido, los últimos hechos de los sucesos del castillo.

«Se fue al desierto, donde conoció a un ermitaño que vivía en una cueva. El hombre lo escuchó en su dolor y sólo dijo:

- Tu tormento deriva de que todos murieron y nadie ejercerá en contra de ti la venganza, nadie te recriminará salvo tu conciencia, nadie te señalará con el dedo, salvo tu recuerdo.

«Y así fue. Entonces regresó a las costas de Palestina, un poco al sur de este pueblo, donde la familia no pudiera encontrarlo, y se sentó a la orilla del mar, mirando el agua y las aves, sumido en el dolor, que llegó hasta el punto de la locura y el olvido de toda su historia. Cuando pasó el tiempo y le preguntaban por qué vivía solo en la arena junto al mar o cuál había sido su familia o su oficio, Omaru no sabía qué contestar. Pasaron muchos, pero muchos años y un día, cuando el sol aparecía por los cerros del desierto, un pariente suyo que por allí pasaba lo encontró: viejo, flaco, débil, con la mirada extraviada. Sólo la fuerza de la sangre le permitió reconocerlo. Lo trajo hasta San Juan de Acre. A poco de llegar, una o dos semanas después, Omaru murió sin recobrar la memoria.»



Las noches en el hemisferio norte muestran millares de estrellas. La zona de Arabia, desde las llanuras de Cattal Huyuk en Asia Menor hasta el Golfo Pérsico y la península de Arabia, es un imán para los meteoritos o trozos de metales y piedras que viajan por el espacio. Hecho aparentemente inexplicable, pero real, puebla a esas tierras secas, que uno cree estériles,

sin minerales ni mayores riquezas, por hombres que miran al cielo.

La gran piedra negra de la Meca, Kaaba, es una de las manifestaciones mayores de la presencia estelar en Arabia que los hombres han sido capaces de asumir. La otra presencia es la de los poetas, los profetas y los magos. Desde Asia Menor hasta el Golfo, desde Babilonia hasta las orillas de Egipto, todo transcurre por Palestina, es una tierra llena de magia, de estrellas, de energías distintas, de palabras creadoras y poderosas. La palabra lo transforma todo y por eso los profetas pueden alzarse ante el pueblo, sabiendo que sus voces consiguen modificar la historia. Y el evangelista cristiano dirá: lo primero fue la Palabra, pues para los habitantes de esta tierra nada hay más importante.

Por ello, las palabras de Amina, mujer mágica, sacerdotisa de cultos desconocidos, adoradora del Dios Grande y Único, profetisa de tiempos actuales, golpean con mucha fuerza a Fadleddín.

He aquí una historia que se une a la por él conocida.

Las palabras de Amina abren en su vida un forado, por donde habrán de pasar corrientes de energía que lo transformarán, lo arrastrarán más allá del tiempo.

Las palabras fuertes e impresionantes de Amina se unen a las suyas propias, a esos cuentos de las noches bajo las estrellas, a esas historias de antepasados venidos de otras tierras, a esas oraciones recitadas en voz muy alta en medio del desierto, observando las estrellas, a la espera tal vez de que lleguen mensajes.

Y los mensajes están llegando.

¿Quién eres Youseff?, piensa Fadleddín.

¿Qué puedo hacer por ti?, repite en silencio,
mientras Amina ha cerrado los ojos.

Y una estrella fugaz cae en el Mar
Mediterráneo.

DIECIOCHO

En el Tarot, el Arcano Mayor XVIII representa a La Luna: Ahí está la mujer, con todos sus misterios, oculta, a veces lejana, pero vinculada a las intuiciones subconscientes, antesala de la verdad, guardiana del pórtico de los cambios.



No se puede encontrar si no se busca.

No se puede buscar, si no se sabe qué se quiere encontrar.

Pero, aun si se sabe todo y aunque se quiera buscar, no siempre es posible. La voluntad se paraliza, se frenan la razón y el entendimiento justo cuando se está en el umbral. Ha recorrido todo, ha llegado hasta los confines del mundo, pero don José siente temor, se frena, da vueltas y vueltas sobre el mismo punto.

Nadie sabe, ni Winter ni Nawrath ni Jorge ni Corina ni siquiera la joven y hermosa Martita Barlet ni la hija del viejo Méndez, sus reales objetivos. El sí. Pero debe guardar silencio, pues si él, en noche de conversaciones serias o en medio de una juerga, da lo mismo, se detuviera a contar su historia, la mitad pensaría que estaba simplemente borracho y la otra mitad lo hallaría loco.

Y don José comprendería esa actitud, pero no la aceptaría. No puede arriesgar.

Casi ha llegado a la meta. Entonces debe moverse con cuidado, no dar ningún paso en falso, para descubrir las señales que Amina le ha anticipado, se harán evidentes.

- Tu sabrás quién es. No te cabrá duda alguna.

Las palabras de Amina, dichas al adolescente Youseff en la carpa a orillas del Monte Carmelo, adquirirían dimensiones inesperadas al recordarlas tantos años después y en la antesala del final. Porque sabe que está llegando al final de su búsqueda, pero todavía no sabe cómo resolver el enigma.

Estaba convencido. El lugar evocaría el Carmelo: serían cerros, o que se parecería al paisaje, o tendría olor a mar o se llamaría igual. Y el único lugar que encontró bajo el nombre de El Carmen era demasiado diferente y estaba ubicado en un paisaje imposible de vincular con las descripciones geográficas de su padre.

Ahora había dado con el paisaje, pero... ¿y ella?

- La reconocerás.

Amina había sido categórica.

- ¿Cómo?, preguntaba Youseff al borde de la desesperación.

∞

Es verdad que Youseff ya había traspasado los márgenes de la estupefacción al iniciar su trabajo

con Amina y después de ello podría suceder cualquier cosa y él la aceptaría como válida. Pero, de todos modos, cuando ella tradujo sus sueños al lenguaje contemporáneo y le contó, como si fuera un cuento, su propia historia, sólo sintió deseos de llorar.

No podía creerlo, las lágrimas inundaban los ojos y los gritos querían escapar de su garganta. Consiguió derramar su angustia sobre el cariño y la acogida de Amina y luego de llorar muchas horas, Youseff aceptó que él podía ser ese joven llamado Omaru el Dib.

- ¿Y ahora qué?

- Ahora, Youseff, debes conocer el resto de la historia.

Amina modulaba voz solemne. Con los ojos cerrados, inspiró con fuerza los aromas de las especias del brasero. Su voz profunda se materializaba en imágenes ante los ojos de Youseff.

- Tu tarea principal en esa vida era cuidar de la princesita Garden, pues ella debía cumplir sus propias finalidades, pero tu conducta no se lo permitió. No sólo no la cuidaste, sino que fuiste cobarde. O torpe. Entonces, una forma de reparar era conseguir que alguien la vengara. Pero eso no habría sido el camino correcto y Dios, el Único, el Invencible, el Eterno, que Todo lo Sabe, es Bueno y Poderoso, resolvió darte más oportunidades. Garden volvió a nacer muchas veces, tomando formas humanas. Resolvía, con la ayuda de sus ángeles y de Dios mismo, encarnarse en los lugares donde tú estabas o donde tú debías nacer, para buscarte y darte la oportunidad de reparar. Alguna vez coincidieron, pero tú no la reconociste y ella, al reen-

carnarse, perdía conciencia de lo sucedido antes. Ninguno de los dos sabía lo que debía hacer. Y entonces, transcurrían sus vidas, nacían y morían en esta tierra de Palestina, sin que fueran capaces de resolver el problema, acumulando tú la desesperación por no ser capaz de cumplir con tu tarea. Todo ello sin saberlo.

Los ojos de Youseff, cuando escuchaba este relato, tan difícil de entender, parecían escapar de las cuencas. No emitía un sonido, casi no respiraba.

- Finalmente, querido muchacho, la princesa resolvió buscarte en otros lados y nacer en la tierra de tus antepasados, en la tierra de los padres de los padres de Omaru el Dib. Allá te buscará. Te dará la oportunidad de cumplir tu tarea, de reparar, de dar un paso más adelante en tu evolución.

Youseff no entendía.

- Si en esta vida tú no logras reparar, sufrirás un retroceso. Todos estos años, aun cuando no lo hayas hecho, has cumplido otras tareas y avanzado. Pero esta vida te ofrece la última oportunidad en esa misión pendiente. Si no la cumples, se te relevará de ella, pero habrás retrocedido. Perderás cuanto has avanzado, que no es poco. Por eso, la desesperación se expresa en tus pesadillas, en esos sueños terribles. Debes encontrar a esa mujer.

- ¿Dónde?

- Ella no ha nacido.

La cabeza de Youseff daba vueltas, todo era confuso para su mente simple y dramático para sus emociones adolescentes.

- Amina, ¿ qué tengo que hacer?

- Ella va a nacer en la tierra de tus antepasados. Debes viajar hasta allá y encontrarla.

Y poniendo una voz más dulce, Amina había explicado que tendría informaciones suficientes para encontrar el lugar y ella misma, la propia Garden, se daría a conocer de alguna manera, aunque no tuviera conciencia de sí misma.

- Tal vez sea su nombre, tal vez su rostro, tal vez las dos cosas. Tal vez el nombre de su pueblo. O el de su madre.

- ¿Qué debo hacer?

Y rompió a llorar. Amina lo acarició mientras el muchacho vaciaba su alma de las angustias de cientos de años. Mandó a buscar a Alia. En breves palabras le explicó lo mismo. Alia escuchaba seria.

- En resumen, declaró Amina, Youseff debe buscar la tierra de sus antepasados, llegar allá y encontrar a la mujer, que será pequeña, pues aún no ha nacido. Ahí Youseff sabrá qué hacer: su edad, su situación, sus acciones, le indicarán de qué modo reparará.

La mujer, poniendo la voz más suave y oscura que de costumbre, terminó:

- Alia, el único que puede explicarle a Youseff cómo encontrar el lugar de sus antepasados, es su padre Fadleddín. Debes encargarte que hablen. No hay tiempo que perder.



No había tiempo que perder. Esta era su última oportunidad.

Ahora, en Angol, don José sabe que tiene que encontrarla, aunque le cueste cualquier precio. Ha recorrido medio mundo para llegar a estas tierras, ha hecho todos los esfuerzos y, por fin, ha dado con el paisaje que corresponde y sabe exactamente el lugar. Está seguro de haber llegado al fin del camino.

Está en Angol, comiendo y tomando con amigos nuevos, vendiendo sus mercaderías como un buhonero de miles de años, por caseríos y campos, conociendo pueblos y gentes a quienes les habla como un encantador oriental.

Su vista está atenta. Como un lobo en el desierto, al acecho de su presa.

Todos sus sentidos alertas: olfato, vista, oído, sextos y séptimos sentidos

Don José sabe que es el momento culminante, todo está en condiciones. Está a punto de encontrarla.

Un viaje tras otro, ha pasado todo un año en el cual se ha ido convirtiendo en un personaje importante de la zona, el esperado vendedor de cosas bellas y finas, el portador de alegrías, el relator de historias maravillosas e increíbles de las que muchos lo creen protagonista, el gran jugador y el amigo para las juergas y las diversiones.

Ha ganado mucho dinero, tiene ahorros. No es rico, pero sabe que, a este paso, lo será en poco tiempo.

En sus correrías ha pasado por Coihue, Renaico, Los Sauces, Purén, Pastene, Lumaco, Traiguén, Quechereguas, Pailahueque, Ercilla, Nahuelve, Trintre y hasta el final, allí en selva y cordillera, Pichipellahué, siempre mirando atentamente por calles, caminos, paisajes, rutas, arboledas, lagos, trigales, plazas, mercados.

Antes de cada salida, de cada caminata por estos caminos rurales, de cada partida a la venta con la carreta tirada por bueyes o con los mulos tras sí al semitrote, evoca esa conversación final:

- ¿Cómo sabré que es ella?
- Sabrás.
- Pero, dime cómo es.
- Lo sabrás.
- ¿Cómo reconocerla? ¿Es rubia, es alta?
- La reconocerás.
- Pero, ¿cómo?
- Lo sabrás.

Así, definitivo. Y el olor a mar se le metió por todas partes al cruzar los grandes océanos, en la más grande aventura que él pudiera haber soñado.

Creyendo, seguro de que era verdad todo lo que se le había dicho.

Seguro de que la reconocería de inmediato.

Y porque estaba tan seguro, sabía que no la había hallado aún, que ella no estaba por ninguna parte, que no había salido a su ruta.

Había mirado a todas las mujeres: las recién nacidas, las mayores, las adolescentes, las mapuches, las hijas de los terratenientes, las campesinas mestizas, las hijas de franceses, suizos o alemanes que venían llegando, las mujeres de los italianos, de pechos grandes y morenos como la bella Rossana de su juventud.

En algún momento, con cierta desesperación por las demoras, llegó a dudar de sus mapas, de sus cálculos, de las clases del profesor. Pensó, incluso, una noche consumido por la fiebre de una bronconeumonía y la desesperación de la soledad, en que tal vez no debió haber viajado hacia América, sino al África.

Pero,...la verdad, estaba convencido de haber sacado bien las cuentas y no haber errado en las descripciones.



El sabía la explicación: la había dado su padre. Y lo había hecho con precisión y parsimonia, usando palabras hermosas y entonaciones que trasportaban al interlocutor a estados plácidos.

Youseff, hombre de gran imaginación, era capaz de ver todo lo que su padre hablaba.

Fadleddín escuchó a Alia:

- Mi señor Fadleddín, esposo sabio, prudente y afectuoso, debes hablar con Youseff.

Fadleddín escuchó con atención. Dicho por Amina, bien estaría. Entrecerró los ojos, con la extraña sensación de que esa adivina lo conocía mejor de lo que

él pensaba. Si se lo hubiera dicho ella directamente, quizás no habría respondido al requerimiento. Al pedírselo Alia y saber que Youseff estaba informado, no le quedaba otra alternativa que hablar con su hijo.

Muchas veces Fadleddín salía con sus hijos a dar paseos por el pueblo y sus alrededores. Era un ejercicio que ayudaba al bien vivir. Uno o varios de los muchachos lo acompañaban. Youseff era un compañero ideal en muchos sentidos. Paciente para caminar, resistente y animoso, observaba todo lo que estaba delante suyo, miraba con ansiedad.

Siempre tenía alguna pregunta y muchos deseos de escuchar las largas y completas respuestas que daba el padre, quien se explayaba y, a ratos, hablaba como si estuviera relatando a miles de personas, las historias que poblaban su cerebro, con la vista perdida en el horizonte, con voz de nostalgia, un eco cansado e invitante, una especie de trueno susurrante, devastador y tierno a la vez.

Cumpliendo el encargo formulado por Amina, lo invitó una de las tardes siguientes. Solos los dos. No dijo que Amina le había hablado y, aunque probablemente el joven supiera, tampoco que Alia le había pedido algo en relación con él. Ya era otoño, no hacía mucho calor. Avanzaron hacia la parte norte del Carmelo, desde donde se dominaba el puerto y unos acantilados, poco comunes en estas regiones, en que las durezas del territorio árabe se suavizan en líneas sinuosas como cuerpo de mujer.

- Nosotros no somos de acá.

- ¿Cómo, padre?

Fadleddin detuvo un instante la marcha. Apoyado en el bastón lo miró con los ojos fijos en los del muchacho.

- Muchas veces has escuchado historias fantásticas y también que nosotros, los de nuestra familia, no somos originarios de este lugar. Nuestros antepasados vienen de muy lejos. Viajaron desde una tierra hermosa y fértil, en la cual crecían árboles enormes que daban ricos frutos.

- ¿Tú has estado allá?

- No.

El tono de la voz del padre adquiere más sonoridad evocativa. Mira a su hijo adolescente, tostado por el sol, de piel aceitunada, los ojos luminosos, la nariz hermosa, ansioso de saber.

- ¿No?

- No, jamás he viajado tan lejos. Hay que cruzar todos los mares y navegar por mucho tiempo hacia el lugar desde donde nace el sol. Hay que cruzar mucha distancia, miles de islas y países, más allá de la India, más allá de la China, mucho más allá de todo. Ahí, tan lejos, hay un lugar en el que vivieron nuestros antepasados.

- Padre, ¿hace muchos años que se vinieron? ¿Fue tu abuelo?

No había sido el abuelo ni el bisabuelo, sino muchos años antes, muchos siglos, más de lo que pueda haber memoria de una persona.

- Fue en tiempos del Profeta.

La historia es parte de la familia: la han

contado los padres a los hijos por muchas generaciones. También está por escrito, registrada en documentos muy secretos, que sólo el padre de Youseff tiene guardados y que no se atreve a darlos a la luz. Nadie los conoce, sólo uno por generación en cada familia. Fadleddín teme que ni Amina lo creería, nadie lo entendería. Pero él tiene esa historia escrita, que es igual a la tradición oral que a él le ha sido contada. Sus hermanos la han escuchado, pero él tiene el documento. En el papel hay un dibujo que muestra cómo es esa tierra distante y misteriosa: un dibujo hecho desde arriba, desde el cielo, con muchas indicaciones y descripciones detalladas.

Y Fadleddín se extiende en referencias minuciosas sobre esos lugares maravillosos, tan distantes, a tantos días hacia el oriente, mientras Youseff pregunta y pregunta, sin cesar.

Antes de esa tarde de confesiones, Youseff acostumbraba a interrogar al padre sobre las tierras lejanas de las que él hablaba. Un día, Fadleddín preguntó:

- Hijo querido, dijo con la voz reseca, ¿por qué te interesa tanto la historia de esa tierra?

Y Youseff no contestó, porque no sabía qué contestar. Y Fadleddín esperaba recibir alguna señal en él, pues estaba seguro que las informaciones que él poseía no las entregaría a ninguno de los hijos mayores.

Tal vez, había pensado, éste hijo menor, como los hijos menores de tantos patriarcas del desierto, sería el encargado de recibir los dibujos y los documentos, que tenía en su poder. Y así estaba siendo, cuando

Amina habló con él y luego Alia le encargó contar al muchacho todo lo que sabía sobre esas tierras de los antepasados.

Era imposible agotarlo todo en una sola conversación. Fadleddín se lo tomó en serio y comenzó a traspasar toda su historia a este hijo que parecía tan interesado.

- Padre, ¿dónde dijiste que quedaba esa tierra tan hermosa?

- Lejos, lejos, adonde no alcanzaríamos a llegar.

- ¿Y cómo se vinieron los antepasados?

¿Qué le diría a su hijo?

¿Cómo explicar lo que ni él entendía? ¿Cómo decirle esa verdad, de la que él estaba seguro, pero de la cual sólo tenía antecedentes que no alcanzaban a ser pruebas, salvo mediando una profunda fe?

¿Cómo responder sin dejar la impresión de que se estaba volviendo loco.

- Volando, hijo.

El sol se ponía. Brillaba Venus, se vislumbraba Mercurio.

- Volando desde el oriente.

DIECINUEVE

En el Tarot, el Arcano Mayor XIX representa a El Sol: Hay una sola cosa cierta: que el sol sale todos los días, aunque no seamos capaces de verlo o lo olvidemos en medio de las penas. Hubo quienes salieron en busca del lugar en el que nace el sol y allí estaba la tierra esperada.



Youseff estaba confuso.

Aprendía en muy pocos días demasiadas cosas: lo que le enseñaba Amina, lo que ahora le contaba su padre, lo que veía con sus ojos y cerebro recién abierto, las palabras nuevas llenas de afecto maternal que Alia pronunciaba día a día. Trataba de registrar, de no olvidar, de retenerlo todo en su cabeza y eso lo angustiaba.

- No es posible, pequeño Youseff, recordarlo todo, le había dicho Amina. No es bueno recordarlo todo, porque así irás labrando tu destino de verdad y no te verás influido por las cosas que tu cabeza aprende. Pero no olvides, querido Youseff, que todo lo que te estamos enseñando va quedando registrado y algún día, cuando lo necesites, saldrá a flote.

Por eso volvía a preguntar:

- ¿Y cómo se vinieron los antepasados?
- Volando.

Así de simple, pues él sabía que era por el aire, pero no imaginaba cómo. Había oído hablar de los dirigibles, pero esto pasó muchos años antes que se inventaran esos globos usados en Europa. Sabía que había sido por el aire, porque eso estaba registrado en los papeles que había encontrado.

La historia se fue construyendo en muchas caminatas por el pueblo, paseos para hacer las compras, cacerías, inspecciones a los rebaños, recorridos por las tierras vecinas, viajes a visitar a la familia dispersa por el desierto, una ascensión al Monte Carmelo, un paseo por la playa, un recorrido por las viñas, un viaje algo más largo hasta el Monte Nebo, cerca de Mádaba.

- ¿Vinieron en barco?

- No. O sí. Los primeros vinieron volando. Hubo otros que vinieron en barco y llegaron muchos años después.

- Cuéntame de esa tierra.

Es hermosa, llena de selvas, habitada por animales pacíficos, leones que comen animalitos pequeños y hierbas, monos que juegan en los árboles, enormes y hermosas serpientes que no atacan si no son perseguidas, pequeños ciervos, aves muy grandes que vuelan por las cumbres de montañas que siempre están nevadas. Cerca del mar y de los cerros, todo enteramente cubierto de verde, arbustos, plantas enormes con hojas de muchos metros de largo. La humedad es constante y los bosques lo cubren todo.

- Padre, ¿podríamos viajar?

El padre suspira, él sabe que no puede ir. No está en edad y las condiciones políticas lo dificultan.

Tendría que abandonarlo todo o arriesgar demasiado sin certeza de lo que va a encontrar ni de poder regresar.

- No.

Pero con el correr de los días, las informaciones que entrega van tomando cuerpo y Youseff está cada día más cerca de la verdad. Sabe que este hijo necesita más información y ha decidido contarle todo. Deberá partir algún día en busca de sus propias respuestas y lo que puede aprender del padre le servirá más que nada en el mundo. Para eso están los padres, por lo demás.

- Cuando llegue ese día, que será muy pronto, yo quiero que estés enterado de algunas cosas que sólo tú sabrás. Nadie más.

Estaba cansado. Tal vez viejo.

Fadleddín sabía que ya estaba caminando hacia la ancianidad. Sus hijos mayores tenían sus propios hijos y, aun cuando él fuera capaz de engendrar en Alia y sus impulsos sexuales estuvieran vivos, sabía que la vida podía irse en cualquier instante.

- Sígueme.

Youseff lo siguió. Caminaron hasta la Mezquita cerca del zoco. Ese día había llegado a San Juan de Acre un destacamento militar turco y se sentía la agitación de estas visitas poco gratas. Junto a la puerta principal, adherido al muro exterior, estaba construido un edificio, en el cual se alzaba una de los negocios de Fadleddín. Entraron, recorrieron las habitaciones y los pasillos. Saludando a vendedores y empleados, cruzaron todo el espacio hasta llegar a una habitación oscura, adornada hermosamente, fría pero cómoda.

El muchacho se sentó expectante. Fadleddín sacó de un estante varios rollos de papel, forrados en cueros, atados con gruesas cuerdas de colores. Desató cuidadosamente los envoltorios y los documentos. Entregó uno a su hijo.

- Tú eres el menor de mis hijos que yo veré entrar a la vida adulta. Moriré antes que tus hermanos menores alcancen tu edad.

Youseff se asustó.

- A ninguno de tus hermanos les he mostrado nada de esto, pero Amina me dijo que tú podías saberlo.

Lo miró fijamente.

- Que tú debías saberlo, se corrigió.

La voz entera del padre, se quebró.

- Tú eres mi hijo, tú y tus hermanos son mis hijos, pero entre todos ustedes, tú eres el único que verá estos papeles y no puedes hablar de ello a nadie.

- ¿Por qué es un secreto, padre?

- Porque los que te escuchen pensaran que estás loco. La humanidad no está preparada para escuchar de estas cosas. Ni tus hermanos ni tus amigos ni muchos de los que encontrarás en tu vida están abiertos a aceptar realidades que sus ideas no les permiten manejar. Llevamos cientos de años bajo el imperio de lo razonable y lo tangible, dejando de lado lo espiritual, las claves de la verdad más profunda, la conexión con lo mágico, con lo divino.

Las palabras de Fadleddín sonaban conocidas

a Youseff. Tal vez tenía que ver con lo que le había dicho Amina.

- Hay muchos hombres, repartidos por el mundo, que son poseedores de secretos, pero no ha llegado la hora de revelarlos. Muchos de ellos tampoco tienen certeza sobre lo que significan esas noticias que tienen y los hay que se atormentan tratando de entender lo que no les es posible. Son depositarios, nada más. Como yo, como tú, como otros de acá. No somos como fue el Profeta, que él sabía la voluntad de Dios.

Cuando, muchos años después, don José recuerde estas palabras de su padre dichas en la solemnidad del lugar más recóndito de la tienda, sentirá el mismo escalofrío, que le sacude entre la esperanza y el miedo.

- Llegará un momento, hijo, en que las mayorías aceptarán ciertas cosas que los hombres hoy día no quieren creer. Confían sólo en lo que la razón explica y no saben que esa razón suya es tan limitada, que no puede explicar sino una mínima parte de los hechos que suceden en el universo. No son capaces ni siquiera de conocer, mucho menos de explicar, lo que tienen delante de sus ojos.

Tomó el rollo de documentos y lo abrió.

Ante los admirados ojos de Youseff se extendió un hermoso mapa que mostraba muy destacadamente las tierras de Palestina y de Arabia; Africa completa más abajo y a la izquierda; la parte de las costas del sur de Europa hasta el Atlántico; avanzando hacia la derecha, el oriente, la India y la China, sus contornos y

sus mares; en el centro un gran mar lleno de islas, muchas islas, pequeñas y grandes, muy cerca todas entre ellas, como un gran continente que llenaba todo el mar. Al extremo oriente del mapa, una tierra parecida al Africa, pero más puntiaguda al final, pintada de verde. Justamente allí, una marca roja hecha a mano.

- Esa es América.

El muchacho estaba extasiado. Había visto muchos mapas, pero éste era distinto.

- Este mapa lo hicieron nuestros antepasados cuando vinieron y ha sido conservado todos estos años. No hay ni siquiera copia. Ellos dijeron que todo debía ser secreto y así ha sido para siempre.

El documento era muy hermoso, Youseff apreció la antigüedad del dibujo y decidió guardar silencio. No entendía muy bien lo que estaba pasando, no sabía si su padre estaba alterado, si el documento era de verdad si acaso era real lo que escuchaba. Supo que era un mapa del mundo, de la mitad sur del mundo a partir del Mediterráneo, reconoció su tierra, su mar, Africa, Oceanía y el Océano Pacífico, Australia y, por supuesto, también identificó América del Sur.

El Océano Pacífico estaba casi completamente cubierto de islas, que en los mapas actuales no aparecen.

- ¿Lo conocías, hijo?

- No padre, no. Jamás un mapa así.

Sentado junto a la mesa, Fadledín extendió otro de los documentos, lleno de dibujos, letras, colores, puntos, diagramas y comenzó a contar una historia

mágica, nunca antes escuchada, tal vez nunca relatada en voz alta, que estaba inscrita en signos y símbolos.

Para Youseff, lo que vino fue un hermoso acto de magia. Llegaban los olores de los perfumes que se vendían en los puestos del zoco y de las comidas que se preparaban en las casas vecinas, como una presencia de lo cotidiano en medio de la sorpresa y la maravilla. Sentía lejanas las voces de los dependientes que comerciaban con los clientes, los rumores de las aguas de la Mezquita y cada cierto tiempo el canto del muecín, orando a Dios en voz alta y melodiosa.

Las oraciones a Dios, el Unico, el Fuerte, el Temible, el Que Todo lo Sabe y lo Comprende, llenaban los sentidos de las multitudes que caminaban hacia sus rituales diarios. Pero su mente, su corazón, sus esperanzas, sus oídos y sus ojos no eran ni para el sacerdote ni el cantor, ni las oraciones ni los gritos de los vendedores: su atención estaba concentrándose crecientemente en las palabras de Fadleddín, este viejo patriarca de San Juan de Acre, el sabio hombre del Carmelo, el amigo de Amina la maga, su padre, padre de tantos hijos, pero que lo privilegiaba con el relato de esta historia misteriosa.

- Hace miles de años, dijo Fadleddín mostrando el centro del mapa con su largo índice de la mano derecha, hubo hombres de nuestras tierras, de la Fenicia, del Africa, de Egipto y las tierras que bordean el Nilo del sur, que viajaron por todos estos mares, recorrían las islas conociendo y comerciando, incluso instalando factorías o trabajos mayores como las minas de oro de Australia. Así, llegaron hasta las costas de América,

afirmaba, mostrando la parte central de Sud América y las tierras australes. Mientras la mayoría de estos viajeros permanecía cerca de las costas, tal como sucedía en el Africa occidental o en las tierras de la China, algunos grupos más audaces se internaron hacia los cerros, donde tomaron contacto con pueblos que vivían allí desde hacía muchísimo tiempo. Eran grupos humanos más primitivos, sin gran desarrollo intelectual ni técnico, que tenían el alimento al alcance de su mano y no se esforzaban ni por el trabajo físico ni por el espíritu. Trabaron amistad y los habitantes aborígenes reconocieron cierta superioridad en estos hombres que venían desde tan lejos y que presentaban un aspecto diferente. Los recién llegados no se contentaron con vivir en chozas, sino que construyeron ciudades, templos, levantaron obras públicas, canales de regadío cerca de los campos y acueductos en las ciudades, bodegas de almacenamiento, zonas de frío, molinos, estanques; cultivaron la tierra con criterios más ordenados para almacenar grano y elegir lo que podían comer.

«Se quedaron a vivir en estas tierras. Durante muchos años mantuvieron sus costumbres y su religión, pero con el correr del tiempo y las generaciones, fueron olvidando, modificando, dejándose llevar por las anteriores tradiciones locales o por las costumbres de otros pueblos que llegaban desde las selvas de más al interior o desde el norte, dando origen a nuevas formas religiosas, nuevos ritos, nuevas costumbres.

Fadleddín explicaba al muchacho que, luego de muchos años de la llegada de esos hombres, las estrellas cambiaron y se dio comienzo a una nueva Era: en el cielo dominaba la constelación de Piscis. El mundo

estaba muy agitado en casi todas partes, especialmente en Asia, en Europa y en la tierra palestina.

- Como siempre pasa, hijo querido, los hombres encontraron buenos argumentos y salieron de conquista. Los romanos desde Europa, los asirios y otros desde el oriente, tribus y clanes guerreros que atacaban las ciudades pacíficas. Guerras crueles, conflictos en todas partes, olvido de los valores. Entonces Dios, el Grande, el Poderoso, quien se sirve de los ángeles del cielo que están en todas partes y son sus mensajeros, sus espías, sus conexiones, resolvió enviar a algunos de los suyos a la tierra. Llegaron a distintos lugares para preparar grupos que fueran capaces de hacer que los hombres rectificaran sus caminos. Llegaron los enviados desde el cielo, pero en aquellos lugares, como las tierras de alrededor del Mediterráneo, donde sólo aceptaban lo que la razón les permitía comprender, no les creyeron. Entonces, fue preciso que uno de ellos, que era energía divina pura, se encarnara, para ser un hombre, hijo de mujer y desde esa posición intervenir en la historia. Eligió la Palestina para nacer.

«En otras latitudes, tomaron distintas formas, humanas la mayor parte de las veces, animales otras, mágicas también, diferentes según la realidad a la que llegaran. Querían ser acogidos e intervenir positivamente en la vida de los hombres.

No era cosa de obligar, sino de explicar, conquistar, seducir, convencer. Justamente era lo contrario de imponer por la fuerza: no más conflictos ni violencia, sino una conversión profunda.

- En las islas más allá del Mediterráneo, las de las

tierras de niebla y magia de dónde era originaria Garden, decía Fadleddín mostrando hacia el Atlántico, fueron mujeres. Ellas, con cultos mágicos, eran las depositarias del mensaje. Cerca de la India, se presentaron como peces que salían del mar. En América, aparecieron con aspecto de serpientes. Ellos enseñaron, formaron comunidades de trabajo, grupos que oraban, líderes y organizadores de nuevas formas de convivencia social, mensajes y gestos de amor y fraternidad.

«Pero todos los mensajeros corrieron suertes distintas. Los más exitosos, en Palestina, fundaron el cristianismo. Pero, tiempo después, tal vez cansados por las dificultades, los mismos cristianos, se aliaron con los racionalistas griegos y con los romanos, atacaron a los de las Islas y los habitantes de otras regiones en Europa que vivían tranquilos intentando formar comunidades como querían los mensajeros del cielo, y fueron imponiendo esquemas políticos y militares que contradecían las palabras de amor y de fraternidad. No reconocieron a los suyos. No se dieron cuenta que eran de los mismos. La soberbia hizo presa de los dirigentes que pensaron que su camino era la única verdad. Mantenían las palabras, pero su corazón era duro y falso.

«Los de América lograron fortalecer algunas comunidades, pero mayoritariamente no hubo acogida en los pueblos aborígenes.

«Los seres con forma de serpiente trataban de explicar sus mensajes, pero las grandes mayorías no podían entender.

«Ellos decían que esta tierra estaba especialmente

bendita por Dios, el Grande, el Fuerte, el Eternamente Bendito, para que aquí crecieran nuevas energías y mensajes que cambiaran la vida de todos los habitantes del planeta.

«Pero como sucedió en tantas partes, ellos vinieron, pero los suyos, los escogidos, no les conocieron. Los pequeños grupos de personas que habían viajado desde nuestro mundo por miles de años y que se habían internado en las selvas, fueron los únicos que recibieron cabalmente los mensajeros y el mensaje, porque ellos creían en el Dios Unico, Grande y Poderoso y estaban preparados para recibir a los enviados. Se habían ido a vivir al interior, a las altas montañas o a las quebradas marcadas por ríos maravillosos y vegetación exuberante, a las selvas y allí construían sus templos y casas. Las grandes masas sólo recibieron la parte superficial del mensaje, tomaron los símbolos, algunos aspectos de sus creencias, pero no fueron capaces de entender lo fundamental.

«Pasaron los siglos.

«La gran oportunidad que podía significar este tiempo de Piscis, marcado por el nacimiento de hombres que podían recibir los mensajes de amor, se estaba perdiendo. Los cristianos habían instalado su poder en toda Europa y se extendían. Las tierras de los árabes mantenían ciertas comunidades cristianas o judías, pero todos ellos habían huido de los desiertos en busca de territorios más ricos.

«En Arabia valían la palabra y la persona, el agua y los animales, el silencio y el canto, pero no había riquezas ni se conseguían las cosas con facilidad. Judíos y

cristianos se creían dueños de la verdad y sólo las tribus de los árabes, los beduinos, estaban abiertos a recibir el mensaje.

«Los enviados que estaban instalados en América se sentían completamente fracasados en su gestión, pues salvo estas pequeñas comunidades, el resto del pueblo no alcanzaba a salir de sus primitivas concepciones.

«América no sería la tierra escogida, por lo menos por ahora, tal vez hasta el próximo cambio, hasta la nueva era, hasta que no ya Piscis, sino Acuario gobernara en el cielo. Decidieron salir de estos territorios y exploraron, guiados por Dios, hasta la península de Arabia.

«Encabezados por Amaru, el principal profeta, cuyo nombre significa «serpiente», en la lengua americana y «constructor» en la de los árabes, abandonaron América, dejando perdidos en medio de los cerros y las selvas a esas pocas comunidades que habían acogido el mensaje. Volveremos, había dicho Amaru, mantened el culto y la esperanza. Los enviados entendieron que la actitud de los beduinos, que buscaban al Dios Único en un mundo hostil, era una esperanza. A pesar de que conocían a los cristianos y a los judíos, los beduinos no aceptaban sus palabras: las veían llenas de soberbia y autosuficiencia. Escogieron una familia religiosa y prudente, dirigida por un sabio anciano. Recién nació un niño. El fue elegido para recibir el mensaje y encabezar la tarea. Cuando el niño había crecido y estaba en edad adulta, Amaru, ángel de Dios, revestido de un modo que el joven pudiera aceptar, le hizo saber de su elección y, por encargo de Dios, el Único, el Grande, el Invencible, el Eterno, lo ungió su Profeta.

Se había oscurecido, pero los ojos de Youseff aún registraban las figuras, la silueta iluminada de su padre y los reflejos de las palabras en los mapas y en los documentos. Fadleddín encendió una lámpara y quemó incienso. Aunque se hiciera tarde, no podía dejar la historia inconclusa. De una sola vez se cuenta, pues nadie sabe qué le tiene preparado el Señor para el día siguiente.

- En las primeras conversaciones del enviado con el Profeta elegido, éste planteó la necesidad de tener algunas personas más convencidas para intervenir en ciertas zonas. Partir de un solo hombre podía ser demasiado difícil.

«Amaru accedió.

«Trajeron por los aires a unos pocos hombres y mujeres, quienes fueron instalados en la Palestina. Ellos comenzaron su labor, pero pidieron, tanto al Profeta ungido de entre los árabes como a Amaru, Dios los tenga en su Reino, que trajeran al resto de sus comunidades que habían quedado entre los cerros y selvas de América. No era justo abandonarlos si habían sido fieles.

«Amaru los llamó y ellos descendieron de los cerros y se hicieron a la mar, dejando abandonadas las ciudades y los templos, los cultivos, las bibliotecas, las obras públicas, las inscripciones religiosas. Ahí quedaron los otros habitantes de esas regiones, sorprendidos de ver que de un día para otro esos hombres casi mágicos abandonaban la tierra.

- El Dios llora, el Dios que vino del cielo, llora, repetían. Y se va.

«Y cuando ellos partieron, el pueblo quedó consternado. Reuniendo toda la energía que tenían y la sabiduría que habían logrado asimilar, escribieron parte de la historia en símbolos y dibujaron en las tierras y en las rocas enormes mensajes crípticos que sólo podrían ser vistos desde los aires por si acaso Amaru regresaba algún día.

«Y los escogidos por Amaru, dejaron las tierras de América y partieron de regreso a las tierras desde donde habían emprendido el primer viaje sus antepasados. Era el eterno retorno, una especie de circuito cósmico. Atravesaron el mar y las islas, todas esas tierras que luego se hundieron, y llegaron hasta este desierto que se extiende desde los mares de la India hasta nuestro pequeño Monte Carmelo.»

- Fue así como nuestra familia, dijo Fadleddín, llegó a estas tierras.

VEINTE

En el Tarot, el Arcano Mayor XX representa a El Juicio: Es la antesala de la verdad, el instante previo a la decisión del Señor. Algunos podrán ver renacer el mundo. Más allá de la montaña ya ha nacido el sol, por las sombras lo sabemos. Cuando desaparezca nuestra sombra, será la hora que esperamos.



Youseff, que había aprendido todo lo que le enseñaban, que recordaba cuanto le era posible, se preparaba mentalmente para la aventura que debía vivir. Tenía muy claro: si no aprovechaba toda la información reunida, si no sacaba partido de eso y lograba en esta vida reparar sus tareas pendientes desde el pasado, entonces ya no tendría remedio, retrocedería y estaría cada vez más lejos de su realización.

- Todos llegaremos a Dios. Es lo que nos enseñan todas las religiones.

- ¿Cómo sabes tanto, Amina?

Y ella seguía hablando sin responder la pregunta del muchacho.

- Cada vez que cerramos un capítulo, que damos por cumplida una tarea, avanzamos en el camino hacia la perfección. Cuentan los chinos, querido Youseff, que Buda tuvo veinticinco mil encarnaciones.

Aprendía de las religiones, conocía historias, aprendía el italiano, aprendía de la vida. Con la avidez propia de un muchacho que recién vive la adolescencia, quería saberlo todo, comprenderlo todo.

También aprendía de Fadledín.

- Padre, se atrevió a preguntar una tarde cuando volvían de las oraciones, ¿De dónde eran nuestros antepasados?

- De Sudamérica, te dije.

- Sí, padre, pero Sudamérica es muy grande.

- La familia nuestra se instaló en el sur. Más al sur de las más altas montañas, más al sur de los desiertos, más al sur de todo lo que había sido habitado. Ellos encontraron un hermoso jardín instalado entre los cerros. Hay una cadena de montañas que atraviesa como columna vertebral toda América. Hacia el poniente está el mar, las costas a las que ellos llegaron, de aguas frías y azules.

Cuando llegaron los barcos, los viajeros gozaron con el paisaje de bosques enormes que llegaban hasta el mismo mar. Y se internaron por desfiladeros amables, llenos de loros de colores y pequeños animalitos que corrían entre plantas multicolores. El sol estaba alto, pero hacía frío. A pocos kilómetros de la orilla, comenzaron a levantarse cerros cubiertos por helechos, enredaderas de flores rojas y blancas, un paisaje sobrecogedor. Era una cadena de montañas, tras la cual se caía en un valle inimaginable, pues era más hermoso y verde que las márgenes del Nilo en período de fertilidad.

Al final de ese valle, lograban vislumbrar los

ojos sorprendidos de los aventureros las grandes montañas nevadas. Entre esas dos cadenas de montañas, las nevadas y las selváticas, estaba ese valle digno de ser recordado por generaciones, donde se podía vivir sin necesidad de esforzarse y el solo placer del paisaje era suficiente para incitar a la oración perpetua.

Allí permanecieron.

Y hasta allí avanzó don José en busca de la mujer que habría de nacer, aquella que por siglos y siglos estaba esperando su reparación, la princesa mágica de la familia de los sabios extranjeros.

Muchas veces temió haberse equivocado, pero ahora que miraba los campos de Angol y sus alrededores, desde las riberas del Malleco al sur, sabía que estaba en la meta.

No se había equivocado. Aquí estaba don José, el muchacho Youseff convertido en hombre. Y porque ahí estaba ella, en algún lugar, con un nombre escondido, con un rostro que él no recordaba con el correr de los siglos, pero que reconocería. Era la promesa de Amina:

- La vas a reconocer. Sabrás que es ella.

¿Y el nombre? ¿Y el color de su pelo? Y tantas y tantas preguntas que giraban en su cabeza. Sin tener respuestas.

En realidad, al revés de lo que sucede en las historias de fantasía, no la encontró al último día antes de morir, ni cuando ya se iba huyendo desencantado por haber perdido el viaje, ni en el momento de partir en un tren que nadie detendría.

Don José se había fijado un plazo: pronto cumpliría 38 años y si eso se producía, entonces ya sería hora de regresar y dejarse llevar por aventuras, hasta otra vida, otra encarnación, otra tarea pendiente. El plazo había sido fijado porque se tenía confianza. Alguna debía ser la clave para descubrirla. Aún le quedaba casi un año.

Y en un momento que a ojos corrientes pudo ser cualquiera, la encontró. Pero, era un momento de magia.

Un instante especial, un día mágico, en un año también mágico, porque era bisiesto, porque era 16, número que siempre le resultaba clave en sus proyectos y actividades, según lo había vaticinado Alia, quien cuando él partió en su aventura, ya algo sabía del trabajo con los números.

Fue un domingo. Hacía mucho tiempo que no le tocaba pasar un domingo en Angol.

Sólo el azar determinaba donde pasaba sus días, porque él se organizaba, pero no con rigidez. Sabía que no podía controlarlo todo y no sólo las lluvias, las inundaciones, los puentes cortados, podían cambiar el ritmo, la velocidad o la ruta de su proyecto de viaje; también aceptaba invitaciones inesperadas, cambiaba las rutas para conocer lugares o personajes, prolongaba estadias cuando había gente entretenida o aceleraba regresos cuando no era capaz de pronosticar con cierta certeza los malos vientos. Mucho dependía de las condiciones de los caminos, del clima, las lluvias, sobre todo de las lluvias y los vientos, del ánimo de los compradores, de los amigos que encontrara, de los que

resultaran más o menos simpáticos, de que se le terminaran las mercaderías y debiera aceleradamente partir hacia Chillán en busca de más y más fardos para seguir comerciando.

Esta vez, los sucesos se dieron de tal manera que regresó a Angol justo el sábado por la tarde, gran ocasión para participar en la celebración de algunas fiestas importantes para los lugareños.

Ese sábado, 15, era el día de San Enrique y de Santa Julia. Los católicos celebran cada día a un santo y las personas que llevan ese nombre hacen una fiestas muy entusiastas, reciben los saludos de sus amigos, regalos, abrazos y manifestaciones.

Al día siguiente, el 16, domingo, se celebraba una fiesta importante: el día de la Virgen del Carmen. Don José ya sabía de qué se trataba.

Ese sábado los «Enriques» preparaban sus celebraciones con el mismo entusiasmo que tendrían si ellos fueran el santo en persona, aun cuando la comilona que se preparaba y los bailes y tomatinas consiguientes, no eran la mejor muestra ni de santidad, ni de prudencia ni de templanza.

Varios Enrique importantes había en el pueblo. Se organizó una sola gran fiesta en el Club Social. Las mujeres de nombre Julia eran menos, aunque la coincidencia infaltable ponía en el primer lugar de las celebraciones al matrimonio de don Enrique Sttapung con doña Julia Terrazas, hija de un antiguo agricultor de la zona, prima de un joven médico angolino, recién recibido en la Universidad de Chile y que se había ido a instalar a Traiguén, don Julio Terrazas.

Don Julio, el Doctor Terrazas, viajaba hasta Angol para las celebraciones, acompañado de su esposa de entonces, doña Mariana, mujer hermosa, de pechos enormes, altaneros, elegantes, de baja estatura, que mantendría su dignidad en la postura y las relaciones sociales aunque después don Julio la sustituyera por una secretaria de menor situación social, más alta, de pechos aun más enormes como le gustaba al Doctor Terrazas según se comentaba, más organizada y útil en la oficina, más dominante, más avasallante en lo sexual.

Don Julio sería uno de los tres médicos que consultaría don José en sus años posteriores. Era el que más confianza le daba, especialmente por su facilidad para el diagnóstico certero. Menos propenso a los remedios envasados, que ya se ponían de moda, tenía su propio laboratorio para analizar la sangre y la orina de los pacientes, lo que nunca consiguió el Doctor Gidi, a pesar de sus intentos de ahorrar. Cuando se juntaban en el club de Traiguén, Gidi no reconocía sus deseos de tener laboratorio propio, sino que por el contrario se mostraba partidario del laboratorio del Hospital Público y de mandar las muestras a Temuco, para la mayor confiabilidad. La mujer de don José, ya con hijos grandes, comenzó a desarrollar una creciente distancia con el Doctor Terrazas, pues ella se mantenía amiga de doña Mariana y no podía soportar a la nueva señora, que de vulgar encargada de las consultas o del lavado de las jeringas, se había convertido en la esposa del médico más encumbrado de la zona.

- Mujer, mujer, no seas injusta, le decía don José.

-Lo que pasa es que a ti también te gusta, por pechugona, respondía ella.

- Nada tienes que envidiarle, tú las tienes más grandes.

Lo que era estrictamente cierto. No sólo más grandes, sino más generosas en leche, como para amamantar a sus seis hijos y a varios otros de la zona, hijos de mujeres humildes o poderosas, que no tenían leche suficiente. Así ella se fue convirtiendo en un personaje importante en la ciudad, pues además de ser la señora de don José, era la que había amamantado a muchos niños que de otro modo hubieran muerto o crecido desnutridos. No poca cosa le debía Traiguén.

Tampoco resultaba ser tan amiga de Gidi. Le molestaba que él siempre fuera a ver a su marido justo a las horas en que don José podía estar con los niños, ya más crecidos. A las siete de la tarde, cerrado el comercio y antes de la cena, el Doctor Gidi, hijo de árabes llegados al país un poco antes que don José, iba dos o tres veces a la semana a instalarse con él, so pretexto de jugar ajedrez, pero con la clara intención de que este viejo árabe, venido de tan lejos, le contara historias de esa tierra misteriosa, de la cual sus padres nunca habían dicho nada. Huérfano en la adolescencia, pudo acceder a la profesión médica por la gentileza de uno de los dos o tres benefactores que tenía la colectividad de árabes llegados a Santiago. Nunca pudo saber mucho de sus orígenes y sentía ansiedad por establecer nexos con la madre patria.

El tercer médico era pediatra. Hijo de italianos llegados a Capitán Pastene, el Doctor Stagnaro era el más elegante y rico de los médicos de la zona. Varias veces Director del Hospital, se casó con otra italiana, que siempre tuvo aires de grandeza y consideraba poco todo lo que tuviera en el pueblo. Construyó la casa más

hermosa de Traiguén, que era envidiada por algunos de los ricos agricultores, que como tenían muchas deudas con los bancos y créditos de producción pendientes, no podían invertir en una casa de pueblo tan importante como la del Doctor. La resistencia de la mujer de don José no era con el Doctor, a quien consideraba buen mozo, tolerante con los niños, agradable, inteligente, atento, sacrificado, sino con su esposa, con la que jamás pudo trabar amistad.

- Qué se cree ésta, decía con cierto despecho, no sabe que ella tiene dineros, pero que yo soy más noble que todos sus antepasados muertos de hambre.

- ¿Por qué noble, mamá?, preguntaba Omar, el segundo de sus hijos hombres.

- Porque yo fui una princesa, decía sin saber lo que estaba diciendo, aunque fuese verdad.

Y Omar, como Youseff el mayor y las tres niñas menores, escuchaban a su madre extasiados, darse estos aires de nobleza. El menor de los niños, Kamel, sin entender reía y ambos, madre e hijo, agitaban sus hermosas cabelleras rubias, con rizos naturales largos y hermosos. La mujer, orgullosa, sacudía sus pechos de madonna italiana del medioevo, mientras sus seis hijos observaban los gestos finos de sus manos y realmente creían que ella había sido princesa. Más lo creían cuando don José decía:

- Atiendan a su madre, que ella es una princesa y ustedes sus pajes.

- ¿Y tú eres el príncipe?

- Yo soy sólo un servidor de la princesa.

Todos reían, jugando a príncipes y princesas, pero la mujer de don José sospechaba algo más y se molestaba de tanta broma. Porque en el fondo, ella siempre supo que era más, mucho más que todos los suyos, que sus hermanos, que su madre, que sus vecinos. - ¿ De dónde se cree que vino esta niñita?, decía la madre, cuando la veía mirarse horas en el espejo y jugar a que ella era la reina y sus hermanos los pajes, los servidores, los esclavos, los juglares que recitaban poemas a su belleza y a su sabiduría.

Pero pese a las distancias que la mujer de don José tenía con cada uno de los médicos y a las propias rivalidades y celos entre ellos, tanto el Doctor Terrazas, como Stagnaro y Gidi, acompañaron a don José aquella tarde en la que inevitablemente habría de morir, rodeado de sus seis hijas e hijos y de los mayores de sus nietos.

En los días previos, ninguno precisaba la enfermedad que lo llevaba a la muerte, pero don Julio, que era el más viejo de los tres, aunque menor que don José en todo caso, proclamó:

- Lo que pasa es que se le cansó el cuerpo y ya no tiene nada más que hacer en esta vida.

Stagnaro y Gidi se dieron cuenta que eso no se podía poner en ningún certificado y desde ese instante hasta las nueve de la noche, hora en que murió clínicamente don José, estuvieron, junto con los médicos más jóvenes, buscando términos médicos para traducir en causa de muerte lo que no era sino un estado de ánimo.

Cuando el Doctor Terrazas expresó esa

sentencia, don José lo miró con sus ojos brillantes de la despedida. Esa era la verdad y sólo este hombre ya mayor, podía comprenderlo. Recordó una vez más, faltando tan poco para su muerte, la compañía que le brindó esa noche de fiestas en el Club Social de Angol, cuando se celebraban las Julias y los Julios y los Enriques. Y cuando a partir de las doce de la noche hubo también abrazos para las Cármenes, pues al día siguiente, ese domingo 16, se celebraba la fiesta de la Virgen del Carmen.

La fiesta ese año prometía y don José, que por primera vez la pasaría en Angol, se sentía entusiasmado. No era sólo la propaganda de que habría dos orquestas o los preparativos de comidas que pudo apreciar cuando vio entrar al club los chanchos recién faenados, los corderos trozados llegados desde el sur, kilos de repollos y manzanas, papas de variados tamaños, salchichones, gallinas gordas y prometedoras, canastos con mariscos traídos desde Arauco y desde Puerto Saavedra. A don José le interesaba la fiesta, pues le parecía que todo era una coincidencia maravillosa: que él estuviera allí, que ya fuera a llegar al límite que se había fijado, que estaba en buena edad para casarse y tener hijos, que ya era un personaje en el pueblo, que sin duda ésta era la zona de la cual habían salido sus antepasados, que había ganado algo de dinero como para instalarse. Y que sería la fiesta de la Virgen del Carmen.

La primera vez que escucharía hablar de la fiesta de la Virgen del Carmen sería en un invierno anterior a su salida de Palestina.¹ En el Monte Carmelo,

¹ Es la fiesta de la Madre de Cristo, la virgen María que llevó en su seno al hijo de Dios, bajo la denominación de *Virgen del Monte Carmelo*.

frente a la gruta del profeta Elías se alza una imagen de la madre de Cristo, sostenida por una columna y sobre un blanco pedestal en el cual dice: “*Virgen del Carmen, Reina de Chile, salva a tu pueblo que clama a ti — Ave Maria Gratia Plena — Da a los chilenos que te veneran amor de patria y amor de Dios*”. Fue Youssef Mahmoud quien mostró al joven Yousseff aquella imagen venerada por los cristianos, cuando le dijo: “Para esa tierra parto” y le contó que esa estatua habían sido hecha con el metal fundido de los cañones de una guerra reciente². Desde esa vez supo y para siempre lo importante que era el nombre Carmen para los chilenos.

El Monte Carmelo, la virgen del Carmelo, de su Carmelo, de su cerro, del cerro que protege su pueblo, el pequeño San Juan de Acre. El Carmelo, el mismo cerro de sus tardes y de sus paseos.

El mismo Monte Carmelo donde vivió su princesita, Garden, esa niña hermosa y rubia, de la familia de lo sabios venidos desde lejos, aquella que, en otra vida, él no supo cuidar como había prometido.

Estaría en la tierra de sus orígenes, aquella en la que habría de nacer de nuevo la princesita, justo en la noche en que los habitantes de estas zonas del mundo celebraban a la Virgen de su Monte Carmelo. Era, entonces, la noche indicada.

Invitó a la señora Anne Marie para ir juntos a la fiesta.

Y fueron, comieron, se divirtieron, bailaron.

² La Guerra del Pacífico.

Esa noche estaban todos los que debían estar. Incluso algunos que parecían no poder pagar su entrada. Había que hacer el esfuerzo.

Cuando dieron las doce de la noche, en medio de los jolgorios de abrazos a los que celebraban y música para seguir bailando, don José la vio: ahí, al otro extremo del salón, hermosa, sencilla, el pelo rubio muy claro, los ojos limpios, cuerpo de mujer, rostro de niña.

Ella, sin duda ella. Ahí estaba, en la noche de la Virgen del Carmen.

La señora Anne Marie miró a don José, se dio cuenta que algo le sucedía, pensó en unas copas de más o algo así, pero él la abrazó con más fuerza y bailó, bailó hasta el agotamiento.

Allí estaba.

VEINTIUNO

En el Tarot, el Arcano Mayor XXI representa a El Mundo: es coronación del mundo interior, la totalidad, la meta, el logro de las esperanzas. Todas las respuestas están al alcance de la mano.

∞

Don José camina, portador de toda su elegancia, por las calles de Angol.

Paso firme, sin apuro, con una dignidad propia de quien sabe a lo que va.

Aunque avance bajo el sol abrasador, envolvente.

Meticuloso, como había aprendido a ser, antes de abandonar la pieza del hotel Savoy para enfrentarse a la calle, revisó frente al espejo sus ropas: la línea de los pantalones (sacó una pelusilla de las inevitables), el brillo de los zapatos, los botones del chaleco y su estiramiento perfecto, el planchado y la postura de la chaqueta, la armonía de la corbata, la cadena del reloj de plata.

En un gesto aprendido pero ya habitual, pasó la mano por el sombrero, blanco según mandaba el clima y salió con toda la solemnidad propia de un día como ése.

Con mayor seriedad que la acostumbrada y dedicando mucho tiempo y atención, don José había peinado su bigote y perfumado delicadamente el rostro y la ropa, con esencias traídas desde Europa. La camisa francesa, la corbata italiana, un prendedor de plata fina.

Otra mirada al espejo: sus ojos claros, grises, profundos, entornados en ojeras ancestrales, brillaban.

Dios, el Grande, el Unico, el Eterno, el Misericordioso, lo había permitido.

Un viaje largo desde el otro lado del mundo, una búsqueda intensa pero paciente. Paso a paso, don José ha recorrido los siglos y las distancias, para llegar a este instante crucial.

Camina por las polvorientas calles de Angol. Es un día caluroso de un Febrero caluroso.

Aunque a estas horas, pasadas las cuatro y media de la tarde, el sopor disminuye la intensidad de las fragancias, es posible percibir los aromas de manzanos, perales y rosales que engalanan las casas, sus huertas y las calles. El entorno -un paisaje de pinos, eucaliptus, robles, álamos, peumos, colgando desde los cerros- crea un marco que alivia los miedos y abre las esperanzas.

Las frutas y las flores siempre han llamado la atención de don José, por belleza de colores y de aromas, pero por sobre todo las de este poblado enclavado en un valle fértil, entre los dos cerros, cerca del mar y de las nieves, que es un verdadero vergel en el que crecen las variedades frutales más exquisitas.

El terno gris de don José puede ser visto desde lejos por los pocos transeúntes de las cuatro de la tarde en este pueblo. Avanza sin temor al calor pesado, pues otros temores llenan su espíritu.

¿Y si se hubiera equivocado?

Ya la brisa despierta, tímidamente se levanta por segundos, anticipando el frescor que vendrá al atardecer y que permite equilibrar días y noches, soportando las extremas temperaturas tan pronunciadas. Todo parece hermoso. Se escuchan el ruido del campo y las voces lejanas de los muchachos cerca del río.

No está mal el día para ser Febrero, calor fuerte pero soportable en este clima tan especial, que armoniza aridez con verde, en medio de los cerros y las cordilleras, a medio camino entre el mar y las más altas y frías cumbres nevadas eternamente.

Enfila por la plaza en diagonal, con el paso firme, relajado, atlético tal vez, se desplaza elegantemente hacia el barrio de la Estación.

El mismo recorrido lo ha hecho muchas veces, pero hoy don José siente una nueva solemnidad desconocida, que los que lo ven pasar también perciben. Es una diferente actitud, más seguro, más decidido, menos condescendiente, tal vez algo más rígido. No es conveniente cruzarse en el camino de un hombre tan decidido y esos pocos paseantes prefieren mirarlo a la distancia, una venia por si él ha visto, pero nada de saludos más efusivos.

Es domingo.

(Un vecino, que lo ve avanzar desde la plaza

en dirección diagonal hacia la Estación, comenta a su compadre que el paso de don José se parece a lo de aquella vez cuando el gringo Winter, ese suizo alto, fornido, buen mozo, cruzó el pueblo entero hasta la Escuela, en busca del Director don Ramón Valdés amante de su mujer y, echando abajo la puerta le despachó seis balazos sin siquiera saludar. Cuando el gringo caminaba esa vez, todos en el pueblo sabían a lo que iba.)

Hoy ven a don José, con los ojos más brillantes, el terno tan planchado, el paso enérgico y no saben qué se avecina, pero suponen que es algo grande. Más de alguno teme una tragedia y hace correr voces de precaución.

¿Será necesario avisar al comisario de la policía?

Pero don José va contento y su seriedad se debe a la verdadera solemnidad del momento y a sus últimos miedos. ¿Será todo esto de verdad? ¿O se habrá equivocado?

Porque desde aquella noche, ha investigado, preguntado por detalles e informaciones, buscando pistas que lo lleven a confirmar con más precisión de que por fin ha llegado al objetivo.

El único que sabe de sus intenciones es el gringo Nawrath, amigo de don José desde que llegó a Angol la primera vez y ante cuya casa se detiene para golpear la puerta.

El gringo lo está esperando y siguen el camino hacia el barrio que está inmediatamente detrás de la Estación de trenes.

A Teodoro Nawrath lo conoció el día de su primera llegada a este pueblo y en todos sus siguientes viajes se vieron, conversaron, trabaron una amistad propia de dos inmigrantes que saben vivir con intensidad, imposible de imaginar si acaso uno sabe lo distintos que pueden ser un suizo y un palestino.

(La amistad se fue haciendo intensa, aun cuando el trato era siempre respetuoso: don José y don Teodoro. Sin duda Teodoro Nawrath y Winter eran los que más esperaban las visitas del palestino al pueblo, pues con él se rompían las rutinas y lograban entretenerse de las mil maneras que es posible suponer. Comilonas, fiestas, paseos campestres, conversaciones sesudas, profundas, jocosas, llenas de anécdotas, repitiendo las que lo habían hecho conocido en Chillán, pero enriquecidas por el aporte de sus amigos de esa zona, por las informaciones del profesor don Eduardo Paiva, por las aventuras que contaba Méndez, viejo borrachín y simpático, los conocimientos adquiridos en tantos recorridos. Se relacionaban fácilmente y pasaban de un tema a otro o del póker a los paseos o del juego de dados al ajedrez sin titubear. Múltiples intereses, muchos comunes y otros aprendidos o tolerados para enriquecer la amistad.)

(Se fue creando aquel grupo muy pintoresco en torno a don José y don Teodoro, en el que participaban Winter, el francés Chiffelle, los italianos Venturelli y Saffirio, algunos lugareños, como Soto y Cortez. En los asados, los paseos y las conversaciones, se incorporaba frecuentemente Fray José María, el sacerdote franciscano, gran conversador, culto y aficionado a la comida

y la bebida, lo que hacía de la santidad un proyecto inconcluso.)

Caminan a paso firme, sin hablar, ambos muy elegantes y serios. Don Teodoro viste un traje azul, corbata de lazo granate, con sombrero negro. Si bien don José no es bajo, no tiene la altura del suizo y se ven pintorescos marchando rítmicamente uno al lado del otro.

Al girar la curva de la estación, apareció a su vista el barrio en que vivía la señora Adela.

Allí, en una casita pobre, en medio de otras casitas pobres, vivía esta viuda joven. Madre de cinco hijos e hijas, esforzada mujer que se ganaba la vida en el comercio de productos naturales durables, es decir, no fácilmente perecibles: papas, castañas, piñones, maíz, trigo seco, cebollas, lentejas, garbanzos y porotos de guarda.

La señora Adela era una mujer pobre, pero que tenía un gran sentido de su misión de madre y su posición de viuda. Mantenía a sus hijos en excelentes condiciones. Trató de enseñarles la dignidad de la pobreza, el aprecio por el trabajo honrado y sus frutos y el valor de la modestia, la austeridad, la honradez y la urbanidad. Todos ellos, sobre todo los hombres, parecían tener condiciones intelectuales y se esmeró en darles una educación cuidadosa.

Vestida siempre de negro, sea para el trabajo, sea para la misa dominical y de fiestas de guardar, sea para recibir visitas, ella mantenía la seriedad y decencia propia de una viuda, dejando la impresión de que recordaba con cariño a su marido. La estricta verdad es

que, pese al correr de los años, aún no terminaba de perdonarlo por haberse muerto tan de sorpresa y cuando ella estaba embarazada de la menor de sus hijas.

En rigor, él se murió por sus propios errores reiterados, que esta vez se tradujeron en beber excesivamente y, luego de una gigantesca comilona en las riberas del río, ir a nadar. Muy borracho, medio acalambrado, pesado por la comida, el río se lo llevó y su cuerpo apareció muchos kilómetros más lejos.

Tenía casi cinco años de rigurosa viudez cuando la conoció don José. Ahora, con camino al octavo, se podía reconocer que el tiempo le había marcado una mirada excesivamente severa, endureciendo sus rasgos faciales. Bajita, fuerte, sin ser hermosa, tampoco era fea, mucho más joven de lo que parecía a primera vista. Su gran preocupación era casar bien a las niñas y que estos chiquillos que tenían tanta capacidad para leer y para escribir, no salieran borrachos y vividores como su padre.

Esta tarde de verano, en el caluroso Febrero angolino, doña Adela se ha arreglado especialmente. Con una solemne falda negra, está usando una blusa blanca con encajes y se ha puesto en el pecho un prendedor fino que alguna vez le regaló su marido. Está nerviosa.

Don José le ha pedido una entrevista formal y entonces se ha preparado, como cualquier mujer joven, tiene sólo treinta y cinco años, ante la perspectiva que eso significa: él es un hombre interesante, atractivo, soltero, que confiesa treinta y siete, caballero, muy inteligente, con situación formada.

Se han ido conociendo en el tiempo. La primera vez fue una tarde de invierno, cuando sorpresivamente él se acercó a su negocio no a vender, sino a comprar. Quería llevar castañas y piñones para uno de sus viajes en los alrededores y le habían dicho que ella vendía los mejores de la zona. No pidió rebaja ni regateó, pero revisó cuidadosamente la mercadería que compraba. Luego de elegirlos casi de a uno, los pagó y llevó de regalo a la señora Anne Marie, que quedó tan sorprendida como la señora Adela.

Fue repitiendo las visitas para comprar papas para los asados, maíz para las gallinas que tenían sus amigos con los que vivía en Chillán, porotos para regalar a unos mapuches de Los Sauces, lentejas para preparar un guiso árabe en una comida en el Club -a la que por cierto la invitó, pero ella no se atrevió a ir-, cebollitas pequeñas para enseñar a la señora Anne Marie a preparar los escabeches al estilo de oriente, una ristra de ajíes colorados para llevar a Venturelli.

Ella lo atendía cada vez con más simpatía y se ponía nerviosa si se enteraba que él había llegado al pueblo y pasaban uno o dos días sin que fuera a verla. Alguna vez lo hizo pasar, cuando venía acompañado, para tomar once de sorpresa, con mate, café de higos y esos pastelitos deliciosos que ella preparaba con bizcocho y batido de huevo. El, caballerosamente, traía de pronto algún regalo, una pulserita para ella, unos pinches para el pelo pensando en las muchachas, un lapicero alemán para Carlos que quería ser escritor, guantes de cuero para Panchito que siempre era tan elegante.

Pocos días antes de esta tarde de Febrero, don Teodoro la visitó:

- Señora Adela, vengo por encargo de mi amigo don José. Ella lo miró con sorpresa.

∞

En medio de una partida de ajedrez, escenario predilecto para este tema, don José habló a don Teodoro.

- Mi querido don Teodoro, no es bueno seguir solo. ¿No cree usted que ya es hora de casarme?

Don Teodoro asintió.

Don José tomó un trago de enguindado, tosió, movió el alfil negro.

-Jaque, don Teodoro.

No era justo para don Teodoro que le amenazaran su rey junto con hacerle la pregunta.

- Sí, claro, es oportuno.

- ¿Me haría usted el favor de concertarme una cita con doña Adela para mi próximo viaje?

Don Teodoro miró el tablero y luego a su amigo:

- No me distraiga, dijo en un tono serio y enojado.

- Sí, don Teodoro. Disculpe.

Don Teodoro, muy amigo, pero muy discreto, no había preguntado detalles. No podía sino repetir lo que don José le había solicitado.

- Señora Adela, don José llegará el sábado y me encarga que le pida una entrevista para el domingo.

- ¿Y de cuando acá tan anunciado?

- Es que quiere venir, pues tiene que hablarle de algo importante. Yo lo acompañaría, si Ud. accede a recibirlo.

∞

Doña Adela, mujer inteligente, lo quedó mirando fijo, tratando de hacer vacilar a don Teodoro. Pero él no soltó prenda.

- Vénganse a tomar unas oncecitas, pues.

Y pactaron para el domingo a las cinco de la tarde.

Doña Adela preparó la casa para ese día. Sus dos hijas mayores, Berta y Delfina, limpiaron la salita con esmero y pusieron flores. Los muchachos, Carlos y Pancho, asearon el patio y la entrada. Lalita, la menor la ayudó a cepillarse el pelo y a preparar la masa de los pastelitos. Almorzaron temprano y los muchachos partieron todos al río.

Doña Adela durmió una siesta corta, se lavó y vistió con esmero. Estaba hermosa y elegante, con su moño alto y frondoso y su blusa fina de encajes. Mientras esperaba hizo sus oraciones de domingo con el misal romano, porque esa mañana no había podido ir a la misa.

Su corazón palpitaba fuerte, a la espera de un instante en el que ponía todas sus ilusiones, toda su esperanza.

Tal vez las cosas cambiarían, ella podría dejar de estar sola, sus hijos vivirían en mejores condiciones, tal vez podría dejar de trabajar en esto que era tan pesado o, por lo menos, hacerlo con más ayuda, un empleado, por ejemplo.

Doña Adela era una persona práctica y no quería dejarse llevar por los sueños, pero era una mujer sola que ansiaba tener nuevamente compañía. Y se sentía joven.

Y en eso estaba cuando llegaron sus anunciadas visitas.

Discretos golpes a la puerta e hizo pasar a don José y don Teodoro a la salita. Don José la saludó con una venia, un beso en la mano y sin emitir sonido alguno. Estaba aparentemente nervioso. Ella lo sintió. Vio en sus ojos una mezcla pintoresca de picardía y temor.

Por cierto, nadie sabía como podría reaccionar ella ante lo que escucharía. Porque don José sabía lo que tenía qué decir, pero ella no sabía lo que se le iba a proponer en esta solemne ocasión, teniendo como testigo calificado a Teodoro Nawrath, suizo de nacimiento y avecindado en estas tierras angolinas.

Y allí, sentados en la salita llena de flores puestas por las hijas mayores de doña Adela, de dieciséis y catorce, Delfina y Berta, estaban estos dos varones y la dueña de casa comentando sobre el calor, el clima, las condiciones del viaje desde Chillán hasta Angol. Ella trajo un poquito de enguindado preparado por sus manos, panecillos dulces con merengue, un poco de jugo de manzanas.

En eso estaban: ella, temerosa, nerviosa, eludiendo las miradas penetrantes de don José, tratando de no dejar traslucir la ansiedad que la dominaba. Don José mirándola fijamente, como un lobo, piensa él, como

un puma piensa ella, que mide la distancia y el tiempo antes de lanzarse sobre la presa, para no darle tiempo de reaccionar o de huir.

Los minutos pasan y antes de que la conversación comience a arrastrarse, don Teodoro, tras la tos de rigor, dice:

- Distinguida señora, mi buen amigo don José, a quien usted ya conoce, me ha pedido que lo acompañe hasta su casa esta tarde.

Pausa.

- Pues, quiere, con la mayor delicadeza y respeto, decir a Ud. algo importante.

Pausa. Trago de enguindado. Voces lejanas de niños que juegan.

Voces del desierto de Arabia llegan tras las distancias y los años. El viento es el mismo en todas partes y habla un idioma universal que todos pueden entender. ¿Quiénes juegan?

Don Teodoro oye a los niños de los Alpes. Don José, las voces de los pastores árabes que juegan a la hora del reposo. Y la voz del cantor que ora en la mezquita.

Pero son las voces provenientes del río: los niños de Angol pasan el calor con sus amigos en el río. Los hijos de doña Adela.

- Don José me ha pedido que, en aras de la solemnidad del momento, sea su testigo y, de cierta manera, su respaldo. Las costumbres, de un pueblo a otro son distintas y Ud. es de esta zona del mundo, yo soy de Suiza y él viene de Arabia. No es fácil saber cómo se

hacen las cosas en cada lugar y no quisiéramos ofenderla.

Pausa. Otro carraspeo, otro traguito para tomar ánimo.

- Don José quiere hablar y no seré yo el portador de sus proposiciones.

Pausa mayor. El pase está hecho. Don José sonríe.

La salita está en una semipenumbra, tan cómoda para un día de febrero, cuando en el exterior hace calor, pese a que ya a esta hora comienza a levantarse la brisa.

El se siente contento, aunque asustado. Luego de tantos años de viajar por el mundo, daría el paso más importante de toda su existencia. Es decir, la culminación de sus aspiraciones, el punto de término de la primera parte de su vida. Ha llegado al umbral que le permitirá acceder a la gran reparación.

Por un instante, su recuerdo viaja hasta las tierras palestinas, hasta esa noche en que Alia lo abrazó mientras él lloraba en medio de sus pesadillas.

Su mirada cariñosa, amable y sonriente se fija sobre la de doña Adela, quien con modestia y prudencia, baja los ojos. Ambos están emocionados.

Ella no quiere ser demostrativa. No le parece correcto.

- Doña Adela, me atrevo a hablarle, luego de haber estado en esta casa tantas veces y haber conseguido, espero, su sincera amistad.

A lo lejos el bullicio que proclama alegrías, fiestas, vacaciones.

- Como usted sabe, yo he llegado hace algunos años a este país y he resuelto quedarme. Aquí tengo trabajo, amigos y me gustan mucho el paisaje, el clima, las comidas, la gente. Me va bien, no soy rico, pero tengo un buen pasar. Sin embargo...

Don Teodoro se iba poniendo crecientemente nervioso, trató de servir otro trago y derramó gotas de enguindado en el pañito blanco que estaba sobre la mesa.

Doña Adela no protestó y ni siquiera hizo ademán de limpiar, sino que sonrió tiernamente al suizo y luego se dispuso a seguir escuchando.

- ... no basta con tener éxito en el negocio, pues si un hombre vive solo no podrá jamás proyectarse ni cumplir con sus objetivos. Yo quiero tener una familia, quiero tener una mujer e hijos.

Parecía todo claro. Doña Adela estaba por saltar sobre don José, aunque sabía que luego de que escuchara la petición de matrimonio, debería sonreír discretamente y no mostrar el entusiasmo que de verdad la dominaba.

- No es bueno que siga solo y he pensado casarme, instalar casa y no seguir vagando por el mundo.

Don José inhaló, estiró el cuello, profundizó su mirada:

- Respetada y querida señora Adela, yo quiero casarme.

Pausa.

- ... y con ese objeto le pido formalmente la mano de su hija mayor, la hermosa Delfina.

Don Teodoro apuró su enguindado.

Don José, aun quiso confirmar:

- Se llama Delfina del Carmen. ¿No?

Don Teodoro se sirvió otro trago y le pareció oportuno alcanzar un vaso a la señora Adela, quien se había quedado con la vista fija en el infinito, la respiración contenida y la sonrisa helada en el rostro.

Y don José sonreía aliviado.

Mirando fijamente a su amigo, sin desmerecer un segundo la sonrisa de su rostro, dijo:

- ¿Sabe usted, don Teodoro? Carmen significa «jardín», igual que *garden* en inglés.

Está feliz. Finalmente había encontrado a la mujer del Carmelo.

Y doña Adela rompió a llorar.



PUBLICACIONES DEL AUTOR

Literatura de gente joven

Autoeditado,
prosa y poesía,
1965

Encuentros

Editorial Aconcagua,
poesía,
1982

Palmeras y otros recuerdos

Autoeditado,
prosa y poesía,
1984

Los caminos de Chile

Instituto Para el Nuevo Chile y
Editorial EMISION,
ensayo,
1986

De Cúpulas y amores

Ediciones Casa Doce,
poesía,
1987

Para ti, compañera

Ediciones Casa Doce,
poesía,
1988

Cautiverio

(el libro de los nombres)

Editoriales Documentas y Casa Doce,
poesía,
1989

Baila Hermosa Soledad

Ediciones Casa Doce,
novela,
1991

Te amaré hasta la muerte

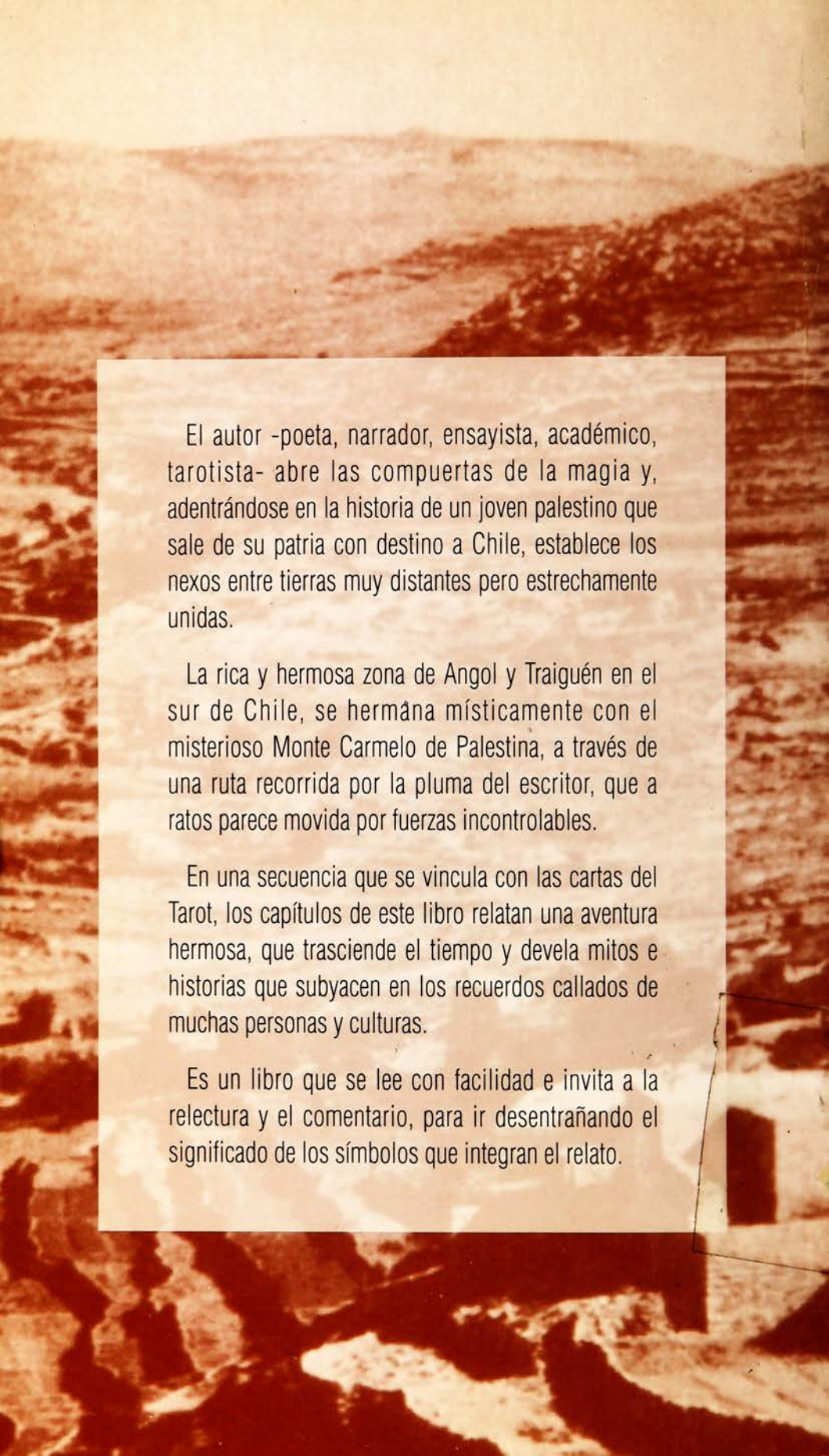
Ediciones Casa Doce,
novela,
1992

Dulce Mía

Ediciones Casa Doce,
poesía,
1993

Picaros y atrevidas

Ediciones Casa Ocho,
Cuentos, varios autores,
1994



El autor -poeta, narrador, ensayista, académico, tarotista- abre las compuertas de la magia y, adentrándose en la historia de un joven palestino que sale de su patria con destino a Chile, establece los nexos entre tierras muy distantes pero estrechamente unidas.

La rica y hermosa zona de Angol y Traiguén en el sur de Chile, se hermana místicamente con el misterioso Monte Carmelo de Palestina, a través de una ruta recorrida por la pluma del escritor, que a ratos parece movida por fuerzas incontrolables.

En una secuencia que se vincula con las cartas del Tarot, los capítulos de este libro relatan una aventura hermosa, que trasciende el tiempo y devela mitos e historias que subyacen en los recuerdos callados de muchas personas y culturas.

Es un libro que se lee con facilidad e invita a la relectura y el comentario, para ir desentrañando el significado de los símbolos que integran el relato.